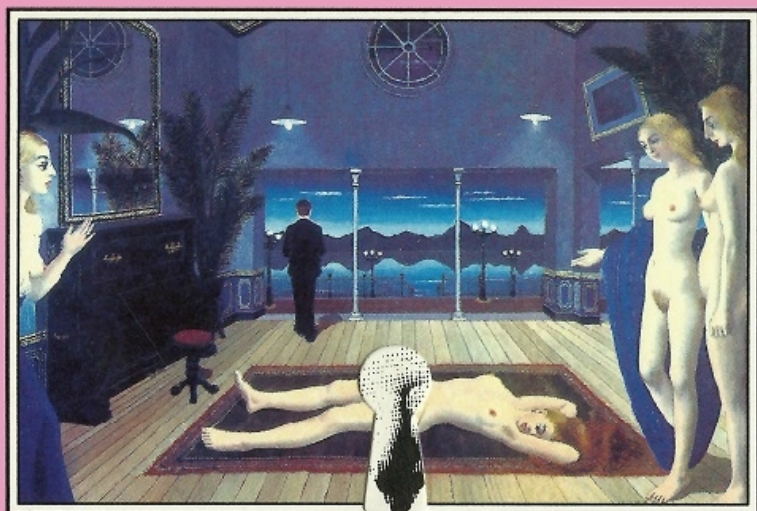


Abel Pohlenitz

La cinta de Escher



La Jorisa vertical



Un gigoló, un atractivo joven que cambia sexo por dinero en las calles de Barcelona, siente de pronto que su cinismo empieza a resquebrajarse. La inerte entrega de una clienta, Carelia M., que lo contrata cada domingo, va excitándole más allá de lo que le exige su trabajo de prostituto. Pero la atracción se convertirá en extrañeza y más tarde en terror cuando, la mañana en que arde el Liceo de Barcelona, los periódicos comunican la muerte de Carelia, con quien estuvo la noche anterior.



Abel Pohulanik

La cinta de Escher

La sonrisa vertical 103

ePub r1.1

ugesan64 06.12.14

Título original: *La cinta de Escher*
Abel Pohulanik, 1997

Editor digital: ugesan64
Corrección de erratas: lalbasaso
ePub base r1.2



ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



se

ePubLibre.org

Para Vicent, por supuesto.
A Jorge y Martine, porque estaban seguros.
Para Mercedes, de parte de Emilio.

NOTICIA PRELIMINAR

«Barcelona. La chispa de un soplete acabó ayer, 31 de enero de 1994, con ciento cincuenta años de la historia de Barcelona. Siniestro total. El Gran Teatre del Liceu quedó convertido en cenizas a causa de un pavoroso incendio que se inició a las 10.45 horas en el escenario, cuando los operarios realizaban una reparación menor».

La Vanguardia, martes 1 de febrero de 1994

**Primer giro:
Barcelona–Madrid**



Siempre dijeron que los extremos se tocan, y que además son peligrosos. Si lo primero parece una aseveración, lo segundo tiene el carácter de una advertencia. Jamás pensé, hasta ahora, que estas palabras eran en realidad una amenaza. Pero es sabido que los cínicos como yo, además de hipócritas, somos autosuficientes por tradición... y el que no lo crea que lea a Diógenes. Yo no lo he leído, aunque sé que fue un filósofo de la escuela cínica y vivió en un barril. Yo soy un cínico a secas, por lo que jamás leí filosofía ni creí eso de que los extremos, además de peligrosos, se tocan.

Así, por ejemplo, debí pensar que lo de Carelia fue una advertencia, pero seguí adelante con una obstinación y una soberbia que algunos tildarían de suicidio, aunque para mí fue simple instinto de supervivencia.

Ella era tan obstinada e intensa que podía llegar al insulto con un simple silencio. Llegué a desearla justamente por esos momentos de alterada mudez, y por ello la fui cercando, o encerrando, en episodios en los que su pasividad se acentuaba a medida que crecía mi excitación y mi rabia. Quise hablarlo, pero Carelia miró hacia otro lado y me dijo que para hacer el amor a ella le bastaba con cerrar los ojos y apretar los labios, puesto que el resto corría por mi cuenta. Y que si esas condiciones me daban placer, tanto mejor, no encontrando razón alguna para cambiarlas.

Fue entonces cuando le propuse aquello y creí que lo aceptaba, puesto que fijamos el encuentro, como era habitual, para la semana siguiente. El sobre con el dinero estaba en el lugar de siempre, en una esquina de la repisa de la entrada. No supe jamás en qué momento lo dejaba, pero aparecía, puntualmente, cuando me disponía a salir.

Nunca antes. «Recoge eso...», me dijo la primera vez, señalándolo con el mentón. No tuvo que repetir su gesto de desprecio: el dinero siempre estaba allí, en su diminuto sobre blanco, y casi diría que era el único sitio claro en aquel pasillo en sombras.

Uno no sabe, o se niega a entender, en qué momento las cosas comienzan a dar señales de que algo anda mal. Así que no di mucha importancia a los pequeños desórdenes de esa semana y los achaqué simplemente a una mala racha. Las citas canceladas a última hora, las llamadas falsas, los equívocos y mi poca efectividad supuse que podían solucionarse con un aumento en la dosis de vitaminas y un par de flexiones más en el gimnasio. Aún me negaba a reconocer que deseaba enormemente que llegase de una vez el próximo domingo.

Cuando por fin estuve allí, subiendo en el ascensor rumbo a su piso, tuve que confesarme ante el espejo que, por primera vez y en mucho tiempo, estaba realmente excitado. Como tentando a mi propia imagen me apreté un par de veces la entrepierna, en un gesto que no había vuelto a hacer desde mis años de chaperó, cuando lo repetía una y otra vez, como un autómatas, ante cualquier coche que pasara frente a mi parada. No me había duchado adrede, de manera que mi piel rezumaba un insultante olor a tabaco, sudor y mala noche. Empujé la puerta y avancé en la oscuridad habitual hacia el dormitorio, orientado por el debilísimo resplandor de la luz de su mesilla. Cuando pensé en todo esto, mucho tiempo después, tuve que reconocer la habilidad con la que Carelia había ido simplificándolo todo. Domingo a domingo, a medida que mejor conocía el itinerario hasta su cama, las luces de los pasillos habían ido desapareciendo una a una. Al final, había logrado que yo pudiese hacer aquel trayecto casi con los ojos cerrados. Ella me esperaba a la misma hora, reclinada en sus cojines negros, con todo preparado para que yo cumpliera mi trabajo. Así lo hicimos una y otra vez, cada domingo más compenetrados y al mismo tiempo más concisos y

callados. Sus débiles quejidos eran la única evaluación de mi faena, y el hecho de saber que mi efectividad se basaba en su quietud se debió más a su inteligencia que a mi intuición.

Cuando aquella tarde me planté frente a su lecho ni siquiera abrió los ojos. Inmóvil y distante, me ofreció por primera vez en tanto tiempo su cuerpo absolutamente despojado y laxo, con las piernas ligeramente abiertas y una distensión casi de sonrisa en la comisura de los labios. Para un hombre como yo aquello no era una entrega sino una provocación: una mujer como Carelia no espera desnuda a un tipo como yo por simple obediencia o por desprecio a los prolegómenos. El acto de quitarles la ropa, de liberarlas poco a poco de su apretada lencería, es parte del juego que nos da tiempo para ponemos a punto. Pero ella había decidido despreciar mis necesidades para que me abocase a satisfacer las suyas, reiterando de ese modo que lo mío era un simple acto de servicio.

Nunca lo habíamos iniciado de ese modo, al contrario, siempre fue la última en desprenderse de la ropa. A diferencia de otros clientes, tampoco pidió que me desnudase ante ella, acción que yo realizaba con orgullo y complacencia. Así, nuestras uniones acabaron pareciéndose a las de dos amantes, aunque carentes de todo atisbo de cariño.

Acepté aquel cambio desafiante y me desnudé aprisa. Hubiese querido que contemplase mi sexo triunfalmente erecto cuando me acerqué a ella. Lo deslicé lentamente sobre su muslo pero no emitió la menor señal, sólo su vientre pareció detenerse unos segundos, antes de continuar hinchándose suavemente al ritmo de su respiración. «Eres maravillosa», murmuré estúpidamente, antes de ponerme a horcajadas sobre su rostro, sobre el que volví a deslizar el pene, y también sobre sus ojos cerrados, sobre la palidez de sus pómulos, y hasta por el borde nervioso de su cuello, debajo del cual alcancé a sentir el tenue latido de sus venas, mucho menos tumultuosas que las mías. Estaba tan inusualmente

excitado que del mismo modo, con el sexo apretado en una mano, lo hubiese frotado entre sus cabellos negros, en la concavidad ligeramente agria de sus axilas, sobre el vello de sus brazos, y hubiese seguido así, resbalando entre sus cojines de raso, entre sus sábanas de antiguo lino, impávido al dolor, restregándolo contra sus frascos, collares y cepillos, contra el óvalo señorial de sus espejos, y otra vez, y muchas veces, contra la terca cerradura de sus labios. Nos besábamos poco, y aquella vez menos. Pero así, montado sobre su rostro, dejé que respirase hasta el ahogo el efluvio soez de mis testículos, que resbalaron rabiosos desde la levísima humedad de su frente hasta el orgulloso desdén de su barbilla. Aquella vez tampoco los lamería, pero mi triunfo estaba en su propia negativa, en saber que se limitaría a respirar mi humor en celo no sé si asqueada o anhelante, definitivamente incapaz de emitir el menor gesto de deseo o de repulsa. Yo tampoco usaría mi boca más que para lo indispensable, quizás para lubricar la vulva que me esperaba más abajo, pero mis besos y mi lengua estuvieron por un tiempo en el extremo de mi sexo, que siguió bajando empujado por mis manos hasta el asombroso valle entre los senos, sobre el doble estremecimiento de las mamas, hasta lograr que la circunferencia de sus pezones estuviese tan dura y tensa como el haz de músculos y venas que se hincaba, se frotaba y reptaba desde la cúspide rosácea hasta el vientre, rozaba el inicio turbulento de su pubis y subía otra vez a las cumbres que esperaban, fieles y sumisas, la repetida caricia de mi polla.

Apretada entre mis piernas, Carelia me ofrecía a la vez su belleza y su pasividad. Hermética y deseable, como todo lo prohibido, sentí que jamás había deseado tanto poseerla y humillarla al mismo tiempo. Quería castigarla con algo más que la turgencia de mi sexo, la ofensa de mis sudores sobre su piel inerte, mis jadeos taladrando su silencio... pero el trato estaba hecho. Desde allí arriba, asomado a la imagen de su cuerpo bajo el mío, claro y

quieto entre la oscuridad y el vello de mis piernas, acaricié con orgullo mi pecho sofocado e hice lo que nunca había hecho: junté saliva y la dejé caer en un largo hilo sobre sus pezones. Esperé unos segundos su reacción y volví a escupir al otro lado. Luego, enardecido por su inercia, deslicé otra vez el pene sobre aquellas puntas lubricadas, mientras me esforzaba por pensar en otra cosa: la hubiese regado allí mismo con mi esperma. Era lo que siempre quise: Carelia cumplía a la perfección con mi exigencia y me hacía sentir, por fin, el amo absoluto de su carne. Yo era consciente de mi exceso y también de su deseo, pero no se puede amar y aborrecer al mismo tiempo, porque eso es jugar con los extremos. Le separé las piernas de un manotazo y repetí los gestos entre la turbulencia de su vello, palpé la oscura gruta y volví a ensalivar el glande para comprobar hasta qué imposible límite ella y yo esperábamos lo mismo. Hizo un imperceptible movimiento y creí que intentaría un gesto que destrozaría la magia, así que me eché sobre su vientre y deslicé mis brazos bajo su cintura. Apenas suspiró cuando apreté mi sexo sobre la vellosidad del suyo, deseando que se asqueara bajo la humedad viscosa que me cubría por completo. La estreché con más fuerza y, sin penetrarla, comencé a agitarme sobre su vientre, a moverme sin control alguno, empujándome contra ella con una furia que me desconocía puesto que pocas veces había follado por deseo. No se quejó, pero su cuerpo pareció responder a mis vaivenes y creo que intentó abrazarme. «¡No te muevas!», le grité, antes que la bofetada y mi grito final sonasen a la vez. Sin aviso previo, como si desde la primera vez que apoyé mi sexo sobre sus muslos hubiera comenzado un largo orgasmo, eyaculé sobre su vientre aceitado, sobre su ombligo de niña, sobre su sexo que por primera vez me esperó en vano.

Me levanté y la miré. Iba a intentar una disculpa pero me chocó, como siempre, aquel silencio obstinado, la misma distensión de su boca, casi al límite de una sonrisa.

El lento deslizarse del semen desde su vientre hacia la cintura era lo único que se movía en ella. Podía limpiárselo con una toalla, pero hasta eso me pareció un gesto de cariño ajeno al trato, por lo que me sequé con el borde de la sábana, me vestí y salí. Desde la puerta me volví y cometí el último error, cuando murmuré hacia la cama:

—Me ha gustado, pero la próxima vez te quiero más pasiva. ¡Más aún!

Ya en el pasillo, o quizás antes, se me ocurrió que aún podría quedarme un resquicio de orgullo. El sobre blanco estaba allí, tan acusador y silencioso como Carelia, aunque esta vez me asombró que estuviese adornado por un extraño dibujo, una especie de triple nudo cuyo entrelazamiento era infinito, puesto que no mostraba el inicio ni el final. Nunca supe por qué me atrajo. Dejé por primera y única vez el dinero en la repisa y me fui, con el sobre vacío en el bolsillo.

A diferencia de la anterior, la semana siguiente fue un verdadero alud de ofertas de trabajo. Mis clientes, hombres y mujeres, parecían confabulados en no dejarme un momento para pensar en Carelia. Pero era obvio que no podía hacerlo, al contrario, porque la idea de no haberla complacido por primera vez me incitó a cometer auténticas tropelías, más que sexo de alquiler. Hice el amor como nunca con ancianas decadentes y pijillos retorcidos, tanto daba: en mi aparente desafuero, tras la furia y el fingido orgasmo, ellos pagaban satisfechos un servicio y yo me anestesiaba la memoria.

En largos años de macho de alquiler, había creído llegar a ese punto en el que las putas de lujo y los gigolós mejor pagados saben de sobra de qué manera contentar a cualquier cliente, con qué tretas ensayadas en mil camas el otro puede llegar hasta el borde del orgasmo mucho antes del verdadero coito, de tal manera que a veces, tras un par de movimientos bien llevados, la faena se culmina

en el menor tiempo posible.

Pero con Carelia me había fallado casi todo. Me había dado su tarjeta «la Petete», un travestí a quien yo mismo había iniciado en el oficio. Era tan marisabidilla que entre nosotros la bautizamos así, puesto que era gorda y sabia, como el Libro de Petete.

«Una tía me dio esto y se fue», me dijo. «Te espera en su casa el domingo a las ocho. Ha de tener pasta porque me dio un talego por el encargo. Si quiere un trío acuérdate de mí, cariño».

«Dalo por hecho», le contesté.

Pero con Carelia, repito, las previsiones eran inútiles. Desde aquellas oscuras salas y pasillos interminables hasta el desdén con el que me trató desde el primer domingo, nada me permitió presagiar de qué manera acabaría todo.

La penumbra era su ambiente natural. Como un ávido murciélago me hizo extremar todas las argucias, mientras crecía entre ambos una suerte de violencia contenida, hecha de estudiados desprecios y fingida indiferencia, episodios de una sorda batalla de dos sexos que jamás podrían, que no debían, quedar satisfechos. Por más profesional que fuese, hasta un puto como yo siente el orgullo de dejar complacida a una mujer como ella. Con Carelia jamás lo supe, salvo que, por razones inimaginables, siempre quedábamos citados para el domingo siguiente. Aunque solía mentir diciendo que era mi único día de descanso, la verdad es que lo dedicaba exclusivamente a estar a punto para ella. Eso también formaba parte del desafío. Y además, pagaba bien.

La Petete me preguntó un par de veces por la mujer de la tarjeta y después pareció olvidarla. Desde la primera cita consideré a Carelia tan especial que evité todo comentario sobre nuestros encuentros.

No recuerdo bien si fue un jueves o un viernes, lo cierto es que después de una de aquellas faenas desaforadas volví a casa con un par de ginebras de más, y aquel sobre introducido bajo mi puerta tuvo el efecto de

una bofetada. Llevaba impreso el mismo nudo de tres vueltas y contenía el dinero que había dejado en la repisa. Y además, una llave.

Caí como un saco de patatas en la cama, pero no pude dormir. Había creído que la historia con Carelia había llegado a su fin, que tras la humillación, la bofetada y el desprecio de su dinero estaba todo dicho. Pero esa suerte de invitación me sumió en un vendaval de conjeturas. ¿Acaso le había gustado aquella sucesión de salvajadas? ¿Era posible que hubiese aceptado, por fin, mi oscuro deseo de sumisión completa? ¿O acaso sólo me esperaba su venganza? Y también estaba aquella extraña figura en la que comprobé que, efectivamente, el recorrido de mi dedo sobre el nudo entrelazado en el espacio no tenía fin.

El sábado traté de hacerlo del mismo modo con la mujer de un abogado. Era una cliente habitual, algo acostumbrada a mis fantasías aunque, por supuesto, lo único que le interesaba era aquella descarga semanal de sus hormonas, acumuladas a base de hipertensiones conyugales.

—Abre las piernas y calla —le ordené—. Cierra los ojos y mantente lo más quieta que puedas. Es un juego que te agradará, lo juro.

Intentó hacerlo, mientras yo repetía lo que había ensayado con Carelia. Mas el deseo y la tensión volvieron imposible el experimento.

—¡Es que no puedo! —chillaba entre risas y jadeos, abrazándome entre sus piernas—. Necesito tocarte, quiero besarte...

—Está bien... —murmuré, y comencé a follarla a su manera, no muy original, por cierto.

Aquella reacción me hizo pensar. Podía entender mi capricho de obligar a Carelia a dejarse follar como una especie de muñeca de goma: pudiera tratarse de una parte poco frecuentada de mi retorcido morbo. ¿Pero era posible, en realidad, que una mujer llegase a un grado de pasividad semejante? ¿Acaso coincidían la perversidad de sus deseos y la nueva vertiente de los míos? La idea

simplista de la violación no me pareció digna de ella, aunque fuese una fantasía remanida entre los que piden servicios de este tipo.

Pero ahí estaba el maldito sobre, el dinero y la llave, insinuando que no sólo aquello le había gustado sino que podía repetirlo. Y tras permanecer agazapada entre las sombras de aquellos con quienes consumí esos días unos momentos de sexo de alquiler, la imagen inerte de Carelia reapareció de forma violenta y perentoria. Había intentado ignorar que lo ocurrido me produjo una excitación tremenda, siempre con la idea de que es el otro el que debe quedar satisfecho, motivo por el cual le había devuelto su dinero. «No olvides jamás que la puta eres tú», me dijo seriamente una vez, y ahora lo confirmaba.

—¡Put a tú! —grité en la oscuridad, pero mi sexo ya era un objeto tieso que respondía con furia a mis caricias. Me escupí las manos y me masturbé allí mismo, incapaz de apartar de otro modo el recuerdo de sus tetas ensalivadas, de su rostro impávido bajo el rozar de mis testículos, del inquietante olor que despedía su vagina, unos segundos antes de que me corriese sobre su ombligo.

No recuerdo de qué modo transcurrieron las horas que me separaban del domingo, sólo sé que estaba furioso, incapaz de reconocer que en aquella suerte de contienda era Carelia quien lo controlaba todo. Lejos de reconocerme en el sitio que me tocaba, algo en mí se había sublevado: durante mucho tiempo mi cuerpo había sido de otros, ahora quería poseer el suyo. A mi manera.

Abrí su puerta impulsado por una rebelión desconocida. Y como si quisiera comenzar desde allí mismo la violación de todo trato, recorrí a tientas las paredes buscando los interruptores de la luz, encendí una y luego otra, me interné en las salas adyacentes e hice lo mismo. Pero al volver al pasillo que me conducía hacia su cuarto me quedé atónito ante el primero de los enormes cuadros que colgaban de las paredes: era una variación de

aquel nudo infinito que adornaba el sobre, pero esta vez formado por una especie de cinta atravesada longitudinalmente por otra, creando en el espacio el triple recorrido que en realidad era uno solo. Frente a él había otro gran dibujo, aparentemente inconcluso, en el que dos manos salían de un papel adherido al fondo con chinchetas y se dibujaban una a la otra: la de arriba estaba dibujando el puño de la camisa de la de abajo, que a su vez dibujaba el puño de la de arriba. Los restantes fueron una auténtica revelación: todos eran dibujos a lápiz, y en ellos, abrazada a extraños objetos, entre peces voladores, pájaros extraños y perspectivas vertiginosas, aparecía Carelia desnuda, con el mismo rictus entre irónico y amargo con el que me recibió tantos domingos. Pero había algo más: en todos, contemplándola desde alguno de los ángulos, asomada a ventanas que flotaban en el aire, otra mujer, siempre la misma, la miraba con dulzura. Era muy parecida a ella, aunque con un aire infinitamente más suave, con un resplandor de serenidad y amor que jamás había visto en Carelia.

Fue entonces cuando mi rabia entró en la peligrosa vertiente de los celos. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué la miraba así? «Es su amante, su verdadera amante», pensé, en el colmo de la estupidez, antes de precipitarme a la habitación de Carelia para hacer lo que nunca debí haber hecho.

Cuando salí otra vez al pasillo iluminado sabía que, definitivamente, jamás volvería a verla. Por eso, con el resto de furia que aún no había saciado, cometí un par de torpezas más: rompí el cristal de un cuadro y arranqué uno de los retratos de Carelia. Me largué con el dinero de la repisa, tiré la llave en una alcantarilla del Barrio Chino y después fui a implorar a la Petete que no me llevase a dormir a su casa hasta que no estuviese absolutamente borracho.

Me desperté con las sirenas de los bomberos: era la mañana del 31 de enero y el Liceo de Barcelona ardía desde las butacas hasta el cielo.

Me acerqué a la ventana, donde la Petete lloraba mirando el humo.

—Vale, nena, no llores —le dije—. En tu puta vida has pisado el Liceo.

—Es por eso —murmuró entre hipidos—. Ahora sé que nunca lo haré.

—Venga. Bajemos a tomar un café —le dije, apartándola del espectáculo—, invito yo. Prometo llevarte hecha una princesa cuando vuelvan a abrirlo. No será para tanto.

—Ya estaré hecha una pasa... —protestó.

—Vale, te llevaré hecha una reina madre, como la inglesa. O búscate otro teatro que no esté quemado, coño. No sabía que te gustaba la ópera.

—Antes de ser travestí fui marica, no lo olvides.

—Y culta... —le dije, poniéndome la camisa que olía a mil demonios. En el pantalón palpé el sobre y se lo di—. Toma, te lo regalo, para que vayas comprándote las joyas.

Le brillaron los ojos y lo abrió.

—Joder, tío. Está lleno de billetes de mil duros. A ver... ¡Hay seis!

—Entonces lo partimos. ¿Conoces el dibujo del sobre?

Lo giró e hizo una mueca irónica.

—Escher...

—¿Qué? ¿La conoces?

—Lo conozco —subrayó—. Es un dibujo de Escher. Un grabador, creo que holandés o búlgaro. Ya murió. Si te interesa, por ahí tengo un libro sobre él, te lo daré después. Vamos a desayunar, estoy *vraiment désolé*.

Todo el barrio estaba en las Ramblas, así que en el bar fuimos casi los únicos. La Petete se puso a leer un diario y yo a tratar de ordenar entre dos cafés americanos lo sucedido con Carelia. No pude hacerlo mucho tiempo porque de pronto el travestí dio un grito y me miró espantado, con el rostro repentinamente pálido.

—¿Pero qué has hecho? —me dijo teatralmente, con un resto de ensaimada en la boca.

—¿Con qué? —pregunté fastidiado.

No contestó pero me alargó el periódico. En un recuadro negro, debajo del mismo dibujo que acababa de mostrarle, una necrológica poco habitual anunciaba la muerte de Carelia M. de la Encina, e invitaba al funeral que se celebraría un par de días después. «No puede ser. No fui yo...», comencé a repetir como un autómata mientras, ahora sí, trataba de reconstruir angustiosamente todos mis pasos de la noche anterior.

—Vamos a casa, tenemos que hablar —dijo la Petete, que seguía como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

Me arrastró otra vez hasta su piso, donde después de vomitar el desayuno me obligó a contarle, paso a paso, lo que había hecho el domingo con Carelia.

—Usarías condón, supongo.

—Cuando la follaba, siempre —contesté—. Salvo ayer...

—¡Mierda! —protestó la Petete—. Tenemos que saber algo más... Bajo a comprar otro periódico.

—Trae cigarrillos. ¿Tienes dinero?

—Tengo el de... de tu amiga de anoche —contestó, precipitándose a la puerta.

Hasta que volvió sólo atiné a revisar su biblioteca, como si los libros sobre el autor del dibujo pudiesen aclararme algo. Cuando por fin encontré uno, en las primeras páginas descubrí aquel nudo maldito, y un poco más allá el otro, el de las manos que se dibujaban una a la otra, que resultó ser una litografía titulada, obviamente, *Manos dibujando*. Me estaba preguntando dónde diablos había dejado la lámina que arranqué del marco cuando la Petete reapareció, absolutamente radiante.

—¡Estamos a salvo! —gritó desde la puerta.

En una corta noticia de otro periódico se hablaba de la «lamentable desaparición» de la coleccionista de arte tal y cual, «cuyo tránsito se produjo mientras dormía en su domicilio de la calle Mallorca», aparentemente debido a una parada cardiorrespiratoria. El resto de la nota se limitaba a dar cuenta de las virtudes de Carelia y del

«enorme vacío» que seguramente dejaría en el círculo de artistas a quienes protegía y alentaba.

Lo primero que se nos ocurrió fue que, efectivamente, Carelia se había pasado con las pastillas relajantes, cosa que me hizo sentir horriblemente culpable, puesto que había sido yo quien se las propuso para lograr aquella pasividad que me volvía loco.

—Quién sabe si no se las tomó después —insistió la Petete.

—Imposible, ya estaba como dormida cuando llegué, pero respiraba. No... no pensé que fueran tantas.

—Eso es lo que crees. En una de esas follaste con una muerta. Eso se llama necrofilia, cariño —gorjeó la Petete, recobrando su habitual humor negro.

Tuve ganas de pegarle, pero en ese momento sonó el teléfono y ambos dimos un salto. Oí que hablaba unos minutos con alguien antes de reaparecer para preguntarme:

—¿Estás libre mañana por la noche?

—No tengo ganas de tríos ni de nada, Petete, por lo que más quieras.

—Es una clienta un poco rara, mi amor. Hazlo por mí, es que le apetece un semental. No dejes que la pierda, por favor...

—Vale... —suspíré.

—Te gustará, paga bien y te ayudará a olvidar. Me debes la comisión.

Pero yo no tenía ganas de olvidar. Cuando regresó le pregunté por la lámina y dijo que no tenía la menor idea, por lo que deduje que la había perdido en alguno de los bares de la noche anterior.

Me llevé un par de libros del tal Escher y al día siguiente, a la hora de la cita, aún estaba sumergido en aquellos misteriosos dibujos que tanto me recordaban a los del piso de Carelia. Para acceder a su vedado mundo, ahora irremediabilmente perdido, tuve la intuición de que en ellos se escondía alguna clave.

La señora Erica resultó ser una alemana algo grotesca pero con un cuerpo y un apetito desbordantes. No necesitaba un semental, como dijo la Petete, sino dos, o tres, y confieso que me tuve que emplear a fondo para seguir el juego de aquella tierna y lúbrica vaquillona que, tiempo después, descubrí que hubiese sido la modelo perfecta de Botero.

Me empujó sin preámbulos hasta una enorme cama y me dijo que no me quitase la ropa. En dos segundos estuvo desnuda y montada sobre mi bragueta.

—Adoro el roce de los tejanos. Deja que lo haga yo, relájate —me ordenó, y la verdad es que poco podía hacer debajo de aquella montaña de carne blanca y, tengo que decirlo, firme y tremendamente suave al tacto. «La Petete me las pagará», pensé, tratando de olvidar a Carelia y concentrarme en la gorda, que había iniciado la faena por su cuenta.

Tenía un sexo pequeñito y el pubis depilado casi por completo, y a pesar de su gordura sus movimientos eran ágiles y exactos, como los de una atleta en decadencia. Una vez más los tejanos ajustados fueron mi salvación: Erica se masturbó sobre ellos haciendo mil cabriolas y hasta me obligó a que le friccionase la vulva con mis rodillas. Me abrió la camisa y me mordió furiosamente las tetillas, me lamió hasta el ombligo y después siguió restregándose sobre mis piernas. Tal como me lo pidió, entré en su juego de forma lenta y relajada. Cuando creo que puedo fallar suelo concentrarme en algún aspecto que me excite, a veces lo logro gracias a la curva abrupta de unas caderas; otras, por las pecas salpicadas en un hombro, o por una línea como de musgo oscuro que baja desde un pequeño ombligo. Pero Erica acabó por excitarme por su totalidad, por aquel cuerpazo noble y duro, en el que las torsiones dibujaban fugaces pliegues en la carne, que recobraba de inmediato una textura de goma maciza, invitando a darle masajes imperiosos, a estrujarla y amasarla a manos llenas, a morderla con la boca entera.

«¡Quieto!...», me decía entre suspiros, apartándome las manos de sus piernas, «no me toques aún». Y seguía dándose caricias en el cuello rollizo y enojado, en las tetas diminutas, en el vientre rotundo, empujando su sexo adolescente contra la tela ordinaria de mis jeans.

En un impulso fetichista me quitó el cinturón, le dio un par de lametazos y también lo deslizó entre sus piernas, que comenzaron a ponerse de un delicioso color rosado. Creí que me castigaría con él, o me pediría que lo hiciese sobre sus nalgas, pero lo arrojó a un lado y me aprisionó la cabeza entre sus muslos. No me dijo lo que esperaba pero fue obvio: comencé a lamer y morder lo que podía, ya que era el único modo de no ahogarme entre sus piernas. Pero Erica, hasta en ese lugar, olía a no sé qué mezcla deliciosa de sudores juveniles y aceite mentolado. Cerré los ojos y pensé en Carelia, tan distante en su provocadora inercia, me abrí la bragueta y comencé a masturbarme. Tenía todo el rostro lubricado, la barbilla y la boca se deslizaron con facilidad por todos los rincones y oquedades de Erica, cuyos distantes suspiros me llegaban amortiguados entre la densidad de sus carnes. De pronto, se echó a un lado y me alargó un enorme vibrador que había aparecido milagrosamente entre sus manos.

—Hazlo con esto —me ordenó, sensiblemente agitada.

Lo puse en marcha y ella abrió las piernas. Iba a decirle que era muy grande, incluso que me gustaría follarla, pero me sujetó la mano y con terca autoridad se lo introdujo limpiamente en la vagina sin una mueca de dolor. «Sigue...», volvió a ordenar. Temiendo hacerle daño, comencé a moverlo con suavidad en aquel sitio diminuto hasta que estuvo perfectamente dilatado y elástico, y los movimientos de Erica comenzaron a adaptarse a los vaivenes de mi mano. Ella me tomó delicadamente de los cabellos y me empujó hacia sus tetas, en un gesto más de madre que de amante. Desde allí, apoyado en la tibia firmeza de su pecho, asistí a uno de los orgasmos más bellos y portentosos de los que tengo

memoria. El falo de plástico entraba y salía, siguiendo un ritmo en el que mi mano y sus caderas parecían intuirse una a la otra, mientras el enorme cuerpazo se tensaba y distendía sin otra señal que la leve y repetida flexión de las piernas, acompañada por un súbito endurecimiento de las carnes que volvían a relajarse otra vez, hasta el siguiente orgasmo. Siempre envidié esa capacidad femenina de gozar por etapas cada vez más intensas antes del verdadero clímax, cuando a nosotros sólo nos cabe uno, el final. Mas en Erica esas etapas eran como fulminantes descargas que le recorrían el cuerpo y se transmitían al mío, entregado a la sola tarea de sorberle los pezones y moverle el vibrador en la vagina.

Seguimos un buen rato del mismo modo, hasta que Erica se apoyó en los talones y se elevó unos segundos en el aire, mientras de su pecho comenzaban a brotar unos bramidos largos y profundos. Realicé un par de movimientos perentorios, empujé la polla hasta el borde mientras ella me apretaba vigorosamente contra sus tetas, llegando por fin a un estupendo epílogo que la mantuvo levitando unos instantes, antes de caer con suavidad de pájaro sobre las sábanas mojadas.

Iba a liberarme de su abrazo cuando allá a lo lejos, enmarcado entre las piernas de Erica, el espejo de una sala contigua me devolvió el reflejo de un cuadro decididamente inquietante: Carelia, desnuda, se asomaba a una ventana suspendida en el aire, desde la que contemplaba un enjambre de peces voladores.

Tendría que preguntar a Erica sobre su origen, pero otro hecho atrajo mi atención: sumergido en el fragor de mi adorable gorda, olvidado de mi propia polla, yo también me había corrido como un jovencito sobre las sábanas.

Poco más tarde, espléndidamente recompensado, por cierto, pedí que me mostrase el cuadro. Era un dibujo a lápiz, y sin duda tan bello y extraño como los que había visto en el piso de Carelia. Eran sus rasgos y su cuerpo, pero por el gesto ensimismado y distante con el que

miraba sin ver los peces voladores se parecía más bien a la otra, aquella que despertó mis celos en la noche del domingo. En una de sus nalgas, el inequívoco signo del nudo infinito aparentaba ser un tatuaje que yo no había tenido ocasión de ver en Carelia.

La mujer hizo un gesto de tristeza.

—Pobrecilla... —musitó.

—¿La conocía? —pregunté.

—No tanto como a su... —dudó antes de continuar—
... a la autora del cuadro. Creo que era una chica fascinante, una pena que se haya ido así. Se murmura que no fue un suicidio.

—Y la artista... ¿quién es? No lleva firma —insistí, tratando de aparentar una tranquilidad inexistente.

—Su firma es esta —dijo Erica, señalándome el pequeño tatuaje—. Aparece en todos sus cuadros. Se llama Araceli Mesquita. Hace años que sus dibujos son versiones de los grabados de...

—Escher. Maurits Cornelis Escher —dije sin titubear.

El rostro de Erica se iluminó:

—¡Bravo! ¿Lo conoces?

—Un poco, gracias a la Petete —dije con fingida indiferencia—. Pero me gustan este tipo de dibujos. ¿Sabe dónde podría adquirir uno?

—En realidad no. Además de ser su modelo preferida, era Carelia quien los vendía. Probablemente pueda saber algo durante sus funerales. Si quieres, te lo haré saber. ¿Quién es la Petete?

Tuve un presentimiento.

—Una colega, un travestí. Nos concertó esta cita.

Erica lanzó una carcajada que sacudió la ristra de cadenas que le rodeaba la papada:

—¡Imposible! Es la primera vez que alquilo a alguien. Además, para que lo sepas, raramente lo hago con... hombres. Esto ha sido un simple capricho. Eso sí, podría intentarlo gustosamente con un travestí.

Después, sin dejar de reírse me acompañó hasta la puerta y me dio un fraternal apretón de manos.

—Creo que de todos modos volveremos a vernos —me dijo, pero supe que mentía.

Ya en la calle, la muerte de Carelia volvió a golpear en mi cerebro. Su turbadora imagen, envuelta en el silencio y la distensión de los somníferos, se me presentaba ahora de un modo tan macabro como insoportablemente hermoso. No podía creer que aquella pasividad que había desatado mis impulsos más salvajes era simplemente un descenso hacia la muerte.

Llegué a mi casa envuelto en conjeturas, deseando echarme un lingotazo de ginebra y olvidar, pero el contestador titilaba en las sombras, anunciándome un mensaje que acabaría por trastornar mi vida de modo irrevocable. Una y otra vez escuché aquella voz nasal y ronca, tan típica entre fumadoras y noctámbulas: «Tengo la lámina que me robaste. Has dejado las huellas de tus hábiles deditos en ella y en toda la casa. Pero no temas, no haré nada... aún. Todo depende de ti. Ahora serás tú quien deba obedecer. No trates de rebelarte y recuerda bien, hijo de puta, que ahora soy yo quien te quiere *muy* pasivo».

Tenía una llave de su piso, y en medio de mi furia rogué que no estuviese con un cliente. Pero estaba trabajando y no me importó. Entré como una tromba en su habitación, un hombrecillo bajito y calvo se la estaba chupando con la cara manchada de pintalabios. Lo aparté de un empujón y le di a ella tal bofetón que se estrelló contra una mesilla repleta de potingues.

—¡Putas! ¡Putas baratas! —le grité, dándole una patada en las costillas—. ¿Cuánto te pagó esa maniática para que me enviases allí? ¿Eh? ¡Hija de puta! ¡Me has vendido!

La Petete comenzó a chillar como una loca, mientras el hombrecillo salía huyendo a medio vestir.

—¿Estás loco? ¡No me pegues! ¡No he dicho nada! Te lo juro. ¡No me pegues más!

Quería seguir dándole golpes pero me contuve. La

levanté de los pelos y la arrojé sobre la cama.

—La tal Erica ni te conoce y además es lesbiana, así que no me mientas o te rompo los piños. ¿Quién me mandó allí? ¿Eh? ¿Cómo sabían mi teléfono?

La Petete lloraba y hacía gestos de auténtico terror. Estaba realmente patética, con la cara hecha un pringue de pinturas corridas y sangre de la nariz.

—Te lo juro —hipaba—. Sólo me pidieron que te enviase allí. Después me dieron dos talegos. Nada más, te lo juro.

—Hasta por uno venderías a tu puta madre. ¿Quién te los dio?

—Los encontré ahora mismo, cuando entré con ese. Estaba debajo de la puerta. Míralo.

No tuve que mirar. Sabía en qué tipo de sobre estaría el dinero.

—¿Y la lámina? Anoche yo llevaba una lámina grande y arrugada. ¿Qué has hecho con ella?

—Ya te lo dije esta mañana, cariño. Te juro que no sé de qué lámina me hablas. Cuando vinimos aquí estabas borracho y no llevabas nada. Créeme.

—Vale... ¿Y la cita de hoy?

—Me llamó una mujer...

—¿De voz muy ronca? —la interrumpí.

—S... sí. Me dijo que era una clienta tuya y había perdido tu teléfono. Se lo di, pero después no me contuve y le dije que estabas aquí... y... y...

—¡Sigue!

—Sólo me pidió que te mintiera con eso de que era clienta mía. Me dijo que era una sorpresa. ¡No quería hacerte daño, cariño, debes creerme! Sabes que te quiero.

La Petete siguió llorando, creo que de verdad. Le traje una toalla mojada y un poco de hielo.

—Límpiate. Estás hecha un asco.

Salí a la calle porque si me quedaba volvería a pegarle. Los argumentos de la Petete no me cuadraban demasiado, pero al fin y al cabo era muy probable que la hubiesen engañado tanto o más que a mí, con la

diferenciare que yo me sentía, además de culpable, verdaderamente amenazado.

Todos los detalles me bailaban en la cabeza. ¿La cita con la gorda había sido una treta para alejarme de casa o simplemente para que yo me topase con *ese* cuadro y supiese que el rumor de asesinato ya estaba circulando? ¡Y además para hacerlo con una lesbiana!... Bueno, aparentemente no lo pasó nada mal, y además me pagó con exceso. ¿No era esa la técnica de Carelia, la de pagar siempre de más? Pero también estaba la reacción de la Petete cuando leyó el periódico: ¿cómo dedujo que yo había estado con Carelia el día anterior a su muerte? ¿Por qué recordaba con tanta exactitud su nombre, escrito en aquella tarjeta que me entregó como al descuido tanto tiempo atrás?

La idea de estar metido en las maquinaciones de la loca de voz ronca era inevitable. No podía ser otra que la tal Araceli Mesquita. ¿De qué otro modo hubiese dicho que recuperó «su» dibujo? En todo caso se lo robé a Carelia. Y además debía contar con su amenaza de que a partir de entonces era yo quien debía mantenerme «pasivo». Eso podía significar dos cosas: en primer lugar que conocía mis citas con Carelia, y después que nos espiaba en su alcoba, hecho que siempre sospeché en muchos de mis clientes aunque, la verdad, era un detalle que me excitaba. Ambas posibilidades eran probables y no se descartaban la una a la otra. Además, si todo debía girar alrededor de aquel maldito dibujo, era muy fácil deducir que en el triple nudo interveníamos las dos mujeres y yo. Quizás mi error fundamental había consistido en inducir a una al suicidio, mientras la otra me extorsionaría con su asesinato.

¿Y si fuese Araceli la culpable? Cualquiera entendería, entonces, el ahínco con el que me entregué a buscarla por todas partes. Y para ello debía, ante todo, hacerme perdonar por la Petete, aunque tuviese que hacerle el amor como hace años.

Nos conocimos cuando yo hacía la calle en los alrededores de la Rambla de Cataluña y él aún se llamaba José Luis. Había algo demasiado tierno en aquel jovenzuelo espigadísimo y por eso me lo traje al piso por el precio de una mamada. Se desnudó con timidez pero acabó dejándose follar de tal manera que hasta tuve ganas de ser yo quien le pagase el servicio. No digo que me enamoré de él, pero sería muy cretino de mi parte si no dijese que su cuerpo llegó a excitarme más que el de muchas mujeres. Y quien diga que un macho hecho y derecho jamás se acostará con otro hombre es porque jamás pudo acariciar la cintura o el culo de un jovencito como José Luis, ni correrse con una mamada de quien aprendió conmigo a ganarse la vida como la Petete.

Acepté que me pagase, siempre, y para siempre las cuestiones de dinero fueron algo sagrado entre nosotros. Al menos hasta ese momento. Lo cierto es que lo convertí en una suerte de cliente-amante fijo, y confieso que los días que teníamos que vernos yo apuraba de mal modo mis tareas con la sola intención de descargarme larga y concienzudamente con él. Me gustaba cómo hablaba y el modo amanerado pero decididamente culto con el que me contaba sus historias. Y sobre todo me volvía loco con su piel, con la textura sedosa y agitanada de su cuerpo, prieto y ágil bajo aquella suavidad tan femenina. Era lampiño, y se quitaba con rabia el poco vello que le brotaba de las axilas, aunque sus espaldas anchas y la estrechez de las caderas eran irrevocablemente masculinas. Y qué decir de su enorme polla, absolutamente disonante en aquellas formas de doncel... con su culito redondo y respingón... y sus tetillas, santo cielo, antes de meterse silicona hasta en el culo José Luis tenía los pezones más bellos y rosados que vi en mi vida. Creo que por eso jamás se los lamí a otro hombre. «¿Cómo puedes tener unas tetillas tan rosadas con una piel oscura?», solía preguntarle, sólo para que me dijese lo de siempre: «Es que son tetas de reina, cariño». Por la misma causa, y después de hacer el amor, corría a

evacuar al lavabo diciendo: «Voy a abortar, cariño, conmigo se acaba el linaje».

Su familia pertenecía a la rica burguesía de Valencia, y para escapar definitivamente de ella comenzó a madurar la idea de prostituirse. Traté de convencerlo de todos los modos posibles pero fue inútil, juró que no sabía hacer otra cosa y que lo haría sólo por seguir a mi lado. No le creí: está claro que soy incapaz de querer a alguien, pero creo saber lo que es amar. Lo de él era simple puterío y lo mejor que pude hacer fue evitar que le hicieran daño. Lo introduje en el oficio y cuando tuvo bastante pasta comenzó con la mierda de la silicona hasta convertirse en un mamarracho al que no reconocería ni su propia madre, a quien, por cierto, jamás volvió a ver.

«Soy un travestí con tetas o un transexual con picha, así que no soy nada», solía decir. «Pero incremento la oferta: sirvo para todo».

«Con tanta química en el cuerpo lo que lograrás es convertirte en un androide», insistía yo, «te derretirás como un helado y saldrás en *Expediente X*».

Pero la cordura y la cultura de José Luis se habían ido a la porra hacía tiempo para dar paso a la triunfal Dorina, nombre de guerra que le duró un suspiro desde que comenzamos a llamarla la Petete.

Aún seguía con hielo en la cara y en las costillas cuando entré. Tuvo otro acceso de llanto y me dio trabajo calmarla a base de mimos, promesas y caricias. «Debes ayudarme, Petete», le dije una y otra vez, «cometí un error pero aún sigo en peligro». Le hice el amor con bastante asco y mucho esfuerzo, tras lo cual le arranqué alguna promesa.

—Lo primero es averiguar algo entre la gente de las galerías de arte. Seguramente la conocen —me aconsejó.

—¿Y si voy al funeral de Carelia?

—¡Ni se te ocurra! —saltó—. Si realmente estás metido en un lío de bolleras es mejor que te cuides. No

sabes lo solidarias que son.

—No tengo nada contra las lesbianas, lo sabes.

—Pero ellas sí tienen algo contra ti, no lo olvides. ¿Acaso sabes lo que ellas *creen* saber de ti? Te arrancarán los ojos como te reconozcan.

—Puedo ir disfrazado.

—No te veo de tacón, cariño.

Así que comencé con un discreto e infructuoso deambular por exposiciones y galerías. La Petete me consiguió citas con un par de *marchands* pero resultaron ser unos maricones extravagantes que sólo apartaron los ojos de mi paquete cuando les pregunté por algún dibujo de Araceli Mesquita. Por lo demás, una semana después de los funerales de Carelia, recibí un sobre con un billete de ida y vuelta para el puente aéreo. Con él venía un folleto sobre la exposición «El mundo de M. C. Escher», que se realizaba en la Fundación Príncipe de Amberes, de Madrid.

No lo pensé dos veces, metí un poco de ropa en un bolso y desde el aeropuerto dejé un mensaje en el contestador de la Petete. Estaba involucrado, qué duda cabía, en una muerte extraña y en un juego retorcido, y obedecer aquella orden podría ser menos estúpido que ignorarla, escapar o contratar a un investigador privado. La Petete lo llamaría «huir hacia adelante», pero no se me ocurría otro modo de llegar al fondo del asunto. Además, como ya dije, los cínicos solemos ser autosuficientes hasta el suicidio.

Me alojé en un aparthotel de la calle Lagasca porque había estado un par de veces allí y distaba casualmente pocas calles de la Fundación Amberes. Compré un par de cervezas, un poco de jamón y queso y me eché a descansar. Había llevado un libro de Escher, pero estaba francamente harto de mirar y remirar esos dibujos incomprensibles. Muy decorativos por cierto, las cosas como son, pero no veía razón alguna para matarse por

representar escaleras boca abajo con hombrecillos que subían eternamente sin llegar a ninguna parte, pajarracos que se convertían en peces o las dichosas cintas de Moebio, que por más vueltas que diesen no eran más que eso: unas cintas dibujadas por un maniático.

En cambio los dibujos de Araceli Mesquita, los pocos que vi, me gustaron. Era cierto que tenían muchos elementos copiados de Escher, pero no eran tan extraños y, además, en casi todos estaba Carelia y aquella suerte de doble suya de mirada dulce, voz de puta y Dios sabe qué intenciones. Por eso traté de relajarme recordando a la primera y olvidando por un rato a la segunda.

Cuando nos conocimos, supe de inmediato que Carelia era una mujer dura que acabaría por gustarme: es más provocadora la posible claudicación que la simple entrega. Tenía una cabellera negra y corta, muy espesa y dócil, y me gustaba esa manera suya de colocársela a cada instante detrás de las orejas, con más fastidio que coquetería. A decir verdad, nada en ella parecía tener la mínima intención de atraer, pero aun esa dejadez me cautivaba. Desnuda parecía partirse en dos, seca y delgada hasta la estrechez de la cintura, pero ampulosa de caderas, muslos gruesos y pantorrillas de atleta. Por eso me gustaba transitarla de punta a punta, yendo con besos y mordiscos desde su altura adolescente hacia las caderas de matrona, tras las cuales me esperaba el largo camino de sus piernas. Hablaba poco y nunca me miró de frente, y cuando lo hacía, aquella leve miopía que tanto la acomplejaba, esa manera de mirar sin ver, era justamente lo que me provocaba deseos de darle un par de cachetes cariñosos y pedirle que me mirase de verdad. Pero la ausencia de castigos o agresiones (salvo las verbales) formaba parte de sus condiciones.

«Ni se te ocurra», me había dicho. «Conmigo no cuelan esas cosas. Follamos y te vas. No te pido nada más».

Jamás me había contratado una mujer tan sensual y al mismo tiempo tan poco abocada al sexo. Creo que quien alquila a alguien para un trabajo como el mío es porque

tiene ganas, como mínimo, de echarse un polvo con algo más que sus propias manos, un artículo de goma o su imagen solitaria en un espejo. Las pocas veces que me acarició fue más por curiosidad anatómica que por apetito sensual, lo justo, diría, como para que en alguna parte de su cuerpo algo la invitase a que se dejase amar. Acostumbrado a la rapacidad descarada de tantos clientes, apoderándose de mi cuerpo con hambruna y sin reservas, con aquella actitud de desapego Carelia llegó a excitarme como pocas. Y más que nadie ella me hizo sentir que estaba a su servicio, por lo que mi orgullo de macho herido estuvo doblemente motivado para hacer lo que hice.

Vivía en un piso de la calle Mallorca y siempre me recibió de la misma forma, vestida de un modo discreto y elegante, como si aquel momento fuese una simple pausa en sus tareas habituales, las que obviamente fueron un misterio para mí hasta leer su necrológica.

«¡Ah!, sí... Pasa, pasa», me decía cada domingo, como si yo fuese la última persona que pudiese esperar.

La primera vez estuve algo cohibido ante la profusión de espejos y de salas. Ya en su alcoba, intenté conversar sobre el lujo de la misma, la nobleza de los muebles y hasta del tiempo y la cercanía de las vacaciones, pero Carelia se limitó a responder con frases de mera cortesía, expuso los términos del trato y después se me plantó delante, mirándome sin ver. Iba a besarla, pero me contuvo con un gesto y comenzó a quitarme la camisa. No encuentro nada más sensual que una mujer me desabroche los botones de la camisa. Sé lo que busca y también lo que va a encontrar. Siempre estuve orgulloso de mi pecho, del dibujo simétrico de mi vello, de la trabajada turgencia de mis músculos. Me sé deseable y trafico con ello, y quien diga que los halagos no excitan es porque no entiende un pepino de estas cosas. Pero Carelia acabó de abrirme la camisa y, sin tocarme aún, cogió un peine y comenzó a peinarme el vello. «Es como una palmera», murmuró, y es cierto. Sube en una sola línea de

pequeños rizos desde el ombligo hacia arriba, a la altura del esternón comienza a espesarse y se hace más tupido al centro, desde donde se abre en dirección a los lados, formando un remolino alrededor de las tetillas. Una palmera o un arabesco, lo cierto es que mi vello pareció interesarle profundamente, ya que siguió peinándolo casi sin tocar la carne, excepto cuando llegaba a las tetillas, donde lo hincaba con perversa delectación. Y siguió así un buen rato rozándome con el peine, con el que fue bajando hasta el ombligo, me desprendió el cinto y me bajó los pantalones. Contempló con algo de extrañeza mi semierección y continuó como si tal cosa, peinándome el vello del pubis con movimientos lentos y certeros, como una niña acicalando a una muñeca. Estaba de rodillas junto a mí y casi podía sentir su aliento contra mi polla que crecía y crecía buscando, como una enredadera, un lugar donde aferrarse. Dejé que mi camisa cayese hacia atrás y ella se sobresaltó, levantando sus ojos. Nos miramos, quizás como pocas veces, y sentí el deseo inaudito de pasarle el sexo sobre su cara impávida, sobre las venas del cuello que, ahora sí, parecían latir con más urgencia. Luego bajó los ojos, se colocó el cabello detrás de las orejas y sin el menor preámbulo se introdujo la polla hasta la garganta. Tuvo una pequeña arcada y traté de tomarle de la cabeza mientras le pedía: «Despacio... despacio», pero me apartó con brusquedad las manos y se dedicó a chupar y lamer con aplicación, recorriendo con la lengua el contorno del glande, presionando y tensando los labios con una experiencia desusada. Desde entonces comencé a descreer de sus poses distantes y sus frases de cimitarra. Nadie chupa una polla de ese modo si no está verdaderamente caliente y si no conoce exactamente lo que gusta a un hombre. Y eso, por más que lo digan, no se aprende en los magazines del corazón. Carelia me sorbió el sexo hasta el límite de lo imposible, se aferró a mis piernas para facilitar sus movimientos y sólo se soltaba de vez en cuando para colocarse el cabello detrás de las orejas. Quería acariciar ese oleaje oscuro que no cesaba

de moverse. No soportaría otro rechazo, así que comencé a tocárselo suavemente, conquisté su cabeza pelo a pelo hasta que se acostumbró a mi mano y pude sentir por fin la cálida densidad bajo la seda, en la que mis dedos se enredaron y desenredaron sin dificultad alguna. Hubiera seguido así hasta llenar de semen su boca hambrienta, pero me detuve justo al límite. La levanté de las axilas y me quité los pantalones. Miró mi sexo que latía apuntando al cielo, brillante y lubricado, se quitó de dos manotazos la ropa y se echó en la cama con las bragas puestas y los ojos cerrados.

Intuí sus temores, había algo de desesperado retardo en aquella mamada. No era virgen, seguro, pero se le notaba el miedo. Hice lo de siempre, le besé los senos, acaricié su vientre y la puse boca abajo con suavidad, encabalgándome sobre ella. Dejó que la masajeara sin decir una palabra, pero seguramente consciente de que con cada uno de mis movimientos el pene se deslizaba pesadamente sobre el apretado canal entre sus nalgas. Quería decirle que no temiese, que sólo haría lo que ella deseara pero callé, respetando su silencio y la quietud de su cabeza oscura, hundida en la otra oscuridad de los cojines. En la misma posición le quité las bragas y me entretuve en la potencia de sus glúteos, lamiéndole con docilidad de perro faldero la pequeña circunferencia del ano y luego más abajo, pujando con la cabeza para que se abriese más, hacia el salado inicio de los labios. Fue entonces cuando se giró, pasando una pierna sobre mi cabeza, y me ofreció la turbadora humedad de su vagina. Le separé las piernas, me puse un preservativo y me introduje en ella con toda la suavidad posible. No encontré resistencia. Su pelvis empujó hacia arriba y en la misma posición y con los ojos cerrados, inició un rato después un orgasmo apenas perceptible. Se abrazó a mi espalda, gimió con la boca algo entreabierta y se relajó casi al instante. Yo también me había corrido sofocando mis jadeos, temiendo interrumpir aquella ceremonia que Carelia consumó como en privado, con un hermetismo

cercano al sueño.

Detesto a las mujeres demasiado eficientes. Mejor dicho a las que constantemente están señalando que lo son. En los hombres eso es suficiencia, pero ellas lo disfrazan de eficiencia. Para mí, las únicas realmente eficientes son las pescaderas y las carniceras del mercado: son capaces de limpiar un lenguado o cortarte media docena de bistecs de hígado mientras hablan del tiempo o de la ciática, y eso sin que se arrugue el almidón de sus pecheras ni dejen de tintinear sus pulseras o se pierda el rebrillar de sus anillos. Eso es eficiencia sin suficiencia. Lo peor son las azafatas de cualquier cosa. Repiten tantas veces y de modo tan eficaz sus peroratas sobre el salvavidas bajo el asiento o las virtudes de un todoterreno que igual te podrían contar el origen de las especies y tú sin enterarte. Para colmo, con esos sombreritos de parvulario inglés y sus cortes «estilo paje» parecen todas iguales. El único modo de regresarlas a la tierra es preguntarles algo fuera del guión: te asestan una mirada asesina y luego responden como si te perdonaran la vida. Es cuando me las comería a besos. Pero antes, lo confieso, me parecen francamente odiables.

Digo esto porque me levanté de malhumor y en la exposición de Escher había azafatas por todos lados. En vez de una muestra retrospectiva aquello parecía la sección de cosméticos de El Corte Inglés.

—¿Prefiere una visita guiada o lo hará por su cuenta?
—me preguntó la eficiente de la entrada—. Si es guiada deberá esperar hasta las once, salvo que ya esté apuntado en esta lista.

Estaba apuntado, qué duda cabía: mi ronca extorsionadora estaba en todo, era eficiente pero demasiado inquietante para mi gusto.

De modo que entré con el selecto grupo de las diez. Nos tocó una guía rubia, muy delgada, profesional, eficiente y desabrida, que hablaba con toda rapidez a pesar de su acento nórdico. Dijo llamarse Celia, y con el inicio de su memorizado texto mi corazón dio el primero de los muchos vuelcos que tendría a lo largo de la visita. La chica se plantó ante un pequeño grabado donde se veían dos figuras muy apretadas y otras más imprecisas en el fondo, diciendo:

—Este es uno de los pocos trabajos que conservó Escher de su maestro en el arte del grabado, el profesor Samuel Jesserun de Mesquita, nacido en Portugal y desaparecido junto a su mujer y su hijo en el año 1944 en un campo de concentración nazi. Debemos justamente a Escher la recuperación de muchos trabajos de Mesquita, abandonados en el estudio después de su deportación.

Tendría que dejar para más tarde mi repentina duda de si el nombre de Araceli Mesquita era una casualidad o una impostura, porque siguiendo los pasos de la eficiente nórdica acababa de iniciar mi verdadera inmersión en el mundo de Maurits Cornelis Escher, nacido en 1898 y fallecido en 1972.

A los pocos minutos del recorrido caí en la cuenta de tres cosas: que yo era un absoluto ignorante, ya que se me perdían o no entendía la mitad de las explicaciones; que la rubita tenía el propósito de subrayar para mí ciertos aspectos, puesto que me miraba fijamente cuando repetía algunas palabras que se ajustaban perfectamente a las maquinaciones de Araceli; y finalmente que la citada azafata no llevaba bragas.

«En algunas de las litografías de Escher», dijo, por ejemplo, «hay tal extrañeza, pero al mismo tiempo tanta perfección, que no podemos hacer otra cosa que entregarnos al placer de contemplarlas, de disfrutar de ellas, sin tratar de explicarlas con las leyes de la razón. Las figuras y los mundos creados por el artista se basan en la aplicación exhaustiva de las leyes de la perspectiva, la geometría y el cálculo matemático, pero su propósito no

se limita a la perfección sino a *la sugestión y el engaño*. Esa supuesta *mentira* se produce por el simple deseo de *jugar con ella*, pero cuidado, tanto el *creador* como el *espectador conocen y se entregan conscientemente a dicho engaño*».

Poco a poco, siguiendo los pasos de aquella especie de brujita iniciática, fui pasando de la descalificación al respeto y luego a la admiración por aquel artista. En efecto: no podía quedarme en la simple postura del que dice «me gusta» o «no me gusta». Lo posible y lo imposible parecían fundirse en cada cuadro de una manera casi lógica, si no fuese porque una cascada no puede alimentarse de unas aguas que suben cuesta arriba como si tal cosa, o que unos reptiles se escapan de un dibujo plano para darse un garbeo sobre unos libros y después se sumerjan otra vez en el papel.

En la litografía *Arriba y abajo* creí descubrir a la doble de Araceli Mesquita, o la modelo que utilizó para sus cuadros. Era casi la misma: la mujer en la ventana, contemplando serena y eternamente a un niño que la mira desde abajo. Lleva el cabello recogido en un pequeño moño, igual que en sus dibujos, y también muy semejante al de un boceto de Jetta, la propia mujer de Escher. Pero ¿dónde había visto yo una casa y unas escaleras similares?

Ante la serie sobre ciclos y metamorfosis Celia me envió sus miradas más intensas. «El objeto representado», dijo más o menos (mientras yo comenzaba a pensar seriamente en el tiempo que llevaba sin follar con una nórdica), «*no necesariamente debe tener existencia en nuestro mundo real*, las figuras humanas, los peces y los pájaros tienen un lejano referente con la idea que tenemos de ellos, pero aquí son *meros elementos* de una demostración mayor». (Con la última, ya ni recordaba su nombre, había sido en un hotel de las Ramblas y recordé que tenía el pubis sedoso y casi albino). «Por ello *son utilizados* de forma reiterada y desde distintos puntos de vista, formando parte de *tramas ajenas a toda normalidad*, pero que al mismo tiempo ofrecen una *lógica interna*,

propia del juego que propone Escher». (Celia tenía las manos largas, huesudas y rojas, como las pescaderas, y señalaba los cuadros abriendo los dedos en abanico, imitando con las manos los arabescos del dibujo). «Este *hombrecillo*, por ejemplo, puede ser uno o muchos, lo importante es que cumple una *misión* en el dibujo. *Debe realizar un ciclo, una metamorfosis, someterse a cambios*, antes de volver a su estado original, como veréis en esta litografía llamada *Encuentros*, puesto que se pierde en las sombras y las brumas de arriba y de abajo. De ser un elemento *casi ornamental* pasa brevemente por una etapa en la que es *protagonista*, antes de volver a esas sombras de donde salió por un instante». (Con el mismo arabesco de sus dedos acariciaría el vientre de su amante, sujetando con finura y eficacia el sexo que se acerca hacia su boca).

Al parecer, hubo intentos de explicaciones metafísicas y matemáticas de los dibujos de Escher, incluso las interpretaciones que llegó a conocer no le provocaron más que curiosidad, escepticismo o simple fastidio, cosa que me llevó inmediatamente a simpatizar con él y a pensar que, como yo, era un cínico apasionante. No se propuso demostrar teorías, salvo la eterna dualidad de todo: lo blanco podía pasar a ser negro, lo cóncavo era *también* convexo, no existía el arriba o el abajo, la izquierda o la derecha que todos conocemos, sino la infinita compenetración de mundos dispares, la existencia simultánea de universos imposibles.

Está claro que no presté mucha atención a ciertas explicaciones, perdido en mis propios interrogantes y tratando de adivinar, al mismo tiempo, si bajo la estrecha falda azul el pubis color paja de Celia se apretaría sobre la trama oscura de sus pantis, sin el estorbo de unas braguitas color carne. No obstante, algunos temas como el del dualismo, el error consciente o los espejos que no reflejan exactamente lo que está delante, acabaron por fijarse en mi memoria gracias a la insistencia de Celia, quien repitió, una y otra vez, que «*todo dibujo es un engaño*». Los espejos mágicos o las perspectivas de vértigo

no invitan más que a la contemplación, al placer estético, *dejando de lado todo intento de explicación*».

¿De modo que no me quedaba otra salida que entregarme a aquel macabro juego?, me pregunté muchas veces, no sólo aquella mañana sino en los días sucesivos. ¿Pero acaso se puede jugar con una muerte, la de esa mujer a quién estaba seguro de no haber matado?

—... pero eran fruto de una investigación sobre las mismas —estaba diciendo uno de los del grupo—. ¿Eso no es una actitud demasiado intelectual para un artista?

Celia levantó las cejas y le endilgó una típica mirada de azafata asesina antes de contestar:

—Desde el punto de vista del artista, sí. Pero al espectador no le queda más remedio que aceptar que en la obra se contradice cualquier concepto *a priori* —me buscó con los ojos y continuó, mordiendo cada palabra—, como dijo uno de sus críticos: a nosotros nos queda sólo la *excitación pasiva* de su contemplación.

¡Excitación pasiva!, pensé sobresaltado. Vaya manera más directa y elegante de definir la condición que le impuse a Carelia para hacerle el amor. ¿Era yo el «hombrecillo» del cuadro, el espectador o el causante de la trama? «Todo», pareció contestarme la mirada de Celia, mientras explicaba las manos que salían del dibujo para dibujarse una a la otra. Era el mismo que vi en el pasillo de Carelia. (Ni oscuro, abigarrado o profuso; ni ensortijado, rebelde o desordenado; ni siquiera oloroso... el pubis de Celia sería ordenado, lacio, liso y sin tropiezos, como su larga perorata sobre Escher).

Pero a decir verdad, a lo largo de toda la visita, no dejé de encontrar paralelismos y conexiones entre las obras de Escher, las explicaciones de la guía y mis recientes experiencias. Allí estaba, por ejemplo, mi viejo y conocido «nudo» triangular, junto a otros nudos más complejos, cintas entrelazadas por las que transitaban eternamente hormigas y jinetes, y más cintas, con forma de serpientes o enredadas en un cubo, fingiendo protuberancias que bien miradas podían ser también

agujeros apuntando al infinito.

Antes de terminar, confundido y perplejo, contemplé uno de los últimos y más perfectos grabados de Escher: en una estructura circular, formada por incontables eslabones que crecen desde el centro, se agrandan y otra vez se reducen hacia el borde, tres serpientes se enroscan entre los anillos, sacando hacia fuera sus cabezas. No se miran pero se presienten, enredando con perfecta simetría, una en la otra, sus largas y escamadas colas. Odio las serpientes, pero ahí estábamos otra vez, como en diabólica trinidad, Carelia, la pintora y yo. (Definitivamente: tendría que seducir a la azafata).

—Gracias... —le dije, y ella me extendió su mano huesuda y fría—. Entendí poco pero me ha servido.

—¿Es que tenían que *servirle* mis explicaciones?

Iba a decirle que no se hiciese la mosquita muerta, puesto que para eso me habían mandado hasta ella, pero cambié de táctica.

—Digamos que me han gustado mucho, pero necesito saber más.

Me introduje los dedos entre los pelos del pecho y la miré unos segundos. Tenía los ojos muy claros y me pregunté otra vez si su pubis sería tan rubio como sus pestañas. Ella bajó la mirada y murmuró, levemente sonrojada:

—Si lo desea, puedo explicarle un poco más, pero ahora tengo otro grupo.

—¿Y en tu casa? —pregunté, sin dejar de acariciarme descuidadamente el borde de la camisa abierta. Era un recurso remanido pero aparentemente surtió efecto: Celia miró hacia los lados y me escribió una dirección.

—Te espero a las ocho.

—Allí estaré —le dije, estrechando otra vez su manita de pescado.

A esas alturas no tenía dudas sobre la relación entre mi perseguidora y la azafata nórdica, y por el momento

esta era el único modo de saber algo más sobre la otra. Pero la chica no me atraía en absoluto, era como esas chuletas de cordero: poca carne y demasiado hueso para mi gusto.

Tampoco era la primera vez que vendería mi cuerpo para conseguir algo, al fin y al cabo era mi oficio. «Si habré follado sin ganas...», me iba diciendo rumbo a la plaza del Dos de Mayo. Si bien me había hecho de cierta clientela, ni muy estable ni demasiado agradable, al menos podía darme el lujo de elegir. Debe de ser, como dice la Petete, por una cuestión de química sexual de tipo zoológica, esa que te permite aparearte con cualquiera siempre que sea de tu misma especie. Así, había logrado hacerlo con tipas pasadas de la madurez, de esas que dan ganas de darles una ducha de aguarrás para ver si hay algo debajo de tanto maquillaje, pero aún en esa decadencia tenían algo de atractivas. Con los hombres era más difícil, y por eso me ponía más exigente. «Es porque en el fondo eres maricón», insistía la Petete, y yo le contestaba que un coño es siempre un coño, pero dejarte manosear por un seboso lleno de pelos era otra cosa y además agua pasada. Lo hice alguna vez y no pensaba repetirlo, por lo que sólo aceptaba a los más jóvenes, que al menos saben lo que excita a un hombre como ellos.

Me gustó el barrio. Había entrado desde la Gran Vía y fue como volver a mi ambiente de garitos de mala muerte y puterío callejero, por cierto un sector poco elegante para una azafata estirada y experta en arte.

Esperaba encontrarla con sus gafas de miope y el sombrerito de champiñón pero me recibió una hippie de los sesenta, con un vestidito de algodón, el pelo suelto y olor a pachulí. Había mantas *patchwork* y cojines indios por todas partes y, como corresponde, un insoportable olor a incienso.

—No suelo recibir a mucha gente... —dijo, evidentemente turbada—. Es que yo...

—Tranquila... —le dije, dándole un corto apretón en los hombros—. ¿Bebemos algo?

—¿Cerveza?

—Perfecto.

Me descalcé y me acomodé como pude en un revoltijo que podía ser cama, sofá o alfombra, pero por allí no había otra cosa. Había vivido con su familia entre Berna y Estocolmo, de allí su confuso acento, aunque al parecer había pasado largas temporadas en la India antes de recalar en Valencia y finalmente en Madrid. Le pregunté por qué justamente allí, y en aquel barrio fiero y perdulario.

—¡Oh, nada de feo, nada de feo! —negó con energía—. Me lo dejó una amiga y acabó por gustarme. Me queda cerca de todo, estoy bien, sí, muy bien.

Después de un rato la noté más relajada, y cuando dudaba si sería mejor continuar la tertulia y caer en Escher o dejarlo para después de follar, Celia decidió que sería más o menos todo a la vez.

—¿De verdad te interesa Escher? —me preguntó de sopetón, acariciando uno de mis pies.

—¿Por qué no? —pregunté a mi vez, rozándole el muslo con la planta del mismo pie. Introdujo su mano dentro del pantalón y me acarició la pantorrilla.

—No sabes un pimiento de pintura. Eso se nota —dijo con una sonrisa, mientras seguía investigando dentro de mis tejanos hasta donde le daba la mano. Luego preguntó—: ¿Tienes tanto vello en todas partes?

—En todas y también en las partes —le contesté, pero no entendió el juego—. ¿Y tú?

—Soy licenciada en historia del arte. Estoy preparando justamente una tesis sobre Escher.

—Te preguntaba por el vello... —insistí, dejando caer mi pierna entre las suyas.

Levantó las cejas, sorprendida, pero se deslizó un poco hacia mí y empujó mi pie bajo su falda, justo entre sus muslos. No llevaba bragas, y sentí inmediatamente la algodonosa suavidad del vestido junto a la suavidad algodonosa de su pubis. No pude saber aún si era abundante, pero sí terriblemente suave y cálido. Celia me

aferró el pie, delicadamente envuelto en la tela, y se lo restregó en el mismo lugar.

Pero yo no estaba dispuesto a venderme tan pronto ni tan barato.

—¿Conoces a Araceli Mesquita? —pregunté, mientras insistía en rozar con mi dedo gordo su hendidura.

Pareció aceptarlo y trató de facilitarme las cosas.

—¿Quién?... ¿Mesquita?... En mi vida, salvo que... sí... —suspiró, empujando un poco más su pelvis contra mis dedos.

—No me mientas, tontita —insistí, desabrochándome la camisa hasta el ombligo.

Celia inició entonces un movimiento casi magnético hacia mí, pero la contuve con el otro pie. Palpé unas tetitas adolescentes y ella se dejó hacer, luego me lo cogió dulcemente y comenzó a lamerme los dedos, uno a uno.

—Ella me envió hasta ti, ¿no? —insistí, mientras Celia comenzaba a sorberme el dedo gordo con húmeda insistencia. Me acaricié alevosamente el pecho y el paquete—. Háblame de ella.

—No tengo ni idea de quién se trata —murmuró entre dos rápidas chupadas.

Con un pie hurgando bajo su falda y otro en su boca me quedaba poco margen de movimiento. Me acabé de quitar la camisa y me erguí de un salto. La empujé suavemente para que se tendiese y volví a meterle el pie bajo la falda.

—Sólo me mirabas a mí... Déjame ver tus tetas. ¿Por qué me mirabas así?

Se soltó un par de cintas de los hombros y me las mostró. Eran pequeñas y en punta, con los pezones claros apuntando levemente hacia arriba.

—¡Eras tú quién me miraba! —protestó—. La gente viene a que le expliquen cuadros. En cambio tú... tú no te pareces a ellos.

Tenía unas ganas inmensas de darle un par de bofetones pero por una vez traté de ser menos bestia y trabajar con la cabeza... y con el pie. Se lo hundí un poco

más, buscando su sexo.

—Te gusto, ¿eh?... Dímelo, di qué quieres que te haga.

Se agitó sobre el movimiento de mis dedos y me sostuvo la pierna con las dos manos.

—Me gustas. Me gustas mucho. Te vi y sólo pensé en follar contigo.

—Pero yo quiero hablar de Escher y de Araceli Mesquita. Desnúdate.

Celia cerró los ojos y se quitó el vestido por la cabeza. Era escuálida y tenía la escasa floración del pubis dorada y brillante de humedad. Respiró agitadamente y tiró de mis pantalones. Me desprendí el cinturón y abrí la bragueta hasta mostrarle el vello.

—Si quieres más, di lo que sabes —le dije, mientras me lo acariciaba ante su mirada expectante.

—¡No sé qué quieres!... ¡No te entiendo! —dijo nerviosamente, mientras mis dedos seguían haciendo maravillas entre sus piernas abiertas—. No conozco a esa mujer.

—¿Y por qué insistías tanto en ciertas palabras cuando me mirabas, eh? ¿De qué «juego» hablabas? ¿Por qué dijiste que hay «mentiras», «engaños» y no sé qué mierdas más, eh? ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Me afirmé en el pie que estaba entre sus piernas, me apoyé en la pared y comencé a pasarle el otro sobre los senos. Desde allí arriba parecía una larga muñequita indefensa. Pero su ansiedad era cierta. Me acarició las piernas hasta donde permitía la estrechez de los tejanos y gimió:

—Es sólo un guión. Un texto que yo misma hice y aprendí de memoria. No hay nada más. Te miraba porque me gustas. ¡Créeme!

Acabé de sacarme el sexo y se lo enseñé. Estaba pesado pero no definitivamente erecto.

—Quieres esto, ¿verdad? Sólo quieres follar, ¿no es cierto? Pero yo quiero saber mucho más. Venga... ¿así que sabes lo que es la excitación pasiva? Haz algo, entonces, aún no estoy excitado. Mírame y mastúrbate.

Retiré mi pie pero me quedé en la misma posición, con su cuerpo entre mis piernas. Comencé a acariciarme el sexo y su cuerpo se agitó, como traspasado por una descarga.

—La excitación pasiva... —suspiró, acariciándose entre las piernas—. ¡Ah!, son palabras de un crítico, es un sentimiento estético. En Escher no hay que buscar significados absolutos, todo está conectado pero todo es intercambiable...

—Como un amante que se usa y se tira, ¿verdad? Mójate los pezones, acaríciate más. Quiero verte realmente caliente.

Siguió mis órdenes y se lamió las manos, sin dejar de mirar el movimiento de las mías sobre el pene. Elevó la pelvis y se acarició los labios de la vulva, que pareció latir ante mi vista, húmeda y acaramelada.

—No... no —gimió, agitando su cabeza a un lado y al otro—. ¡Fóllame! —volvió a pedir, arañándose los tejanos.

Me los quité de un tirón. Me incliné sobre ella y dejé que me acariciase el sexo unos segundos, pero cuando lo acercó a su boca la empujé otra vez hacia atrás.

—Aún no —le dije—. ¿Por qué Araceli Mesquita me apuntó entonces en tu grupo, eh? Por algo ha de ser, ¿no?

—¡No la conozco! ¡No sé quién es! ¡Me vas a volver loca, déjame tocarte!

Comencé a creerle. Me solté las piernas de sus brazos y busqué un cigarrillo. Celia contuvo un sollozo y se cubrió los ojos con un brazo. Estuvo unos minutos así hasta que pareció relajarse.

—En mi vida me ha pasado esto —dijo con rabia—. En fin, chulo de mierda, ¿a quién buscas realmente?

—A una artista de Barcelona. Una tía que dibujó unos cuadros enormes inspirados en Escher.

—Ven... —dijo con un suspiro resignado.

Entramos en un cuarto que en nada se parecía a la sala anterior. Era un estudio largo, estrecho y ordenado. Había reproducciones de Escher en todas partes y del techo

pendían unos pequeños prismas de colores con sus motivos más conocidos: pájaros, peces, lagartos y jinetes.

—Trabajo hace años en esto. Conozco todo sobre Escher y también sobre quienes lo imitan. Dime algo más de esa...

—Mesquita, has dicho que era el apellido de...

—Ya... —me interrumpió—. ¿Qué es lo que dibujaja?

Describí como pude el par de cuadros que había visto, omití la historia de Carelia pero le insinué que me sentía «perseguido» por esa desconocida que, casualmente, me había enviado hasta la exposición por algún motivo.

Pareció meditar unos segundos y cogió una carpeta, revolió unos catálogos hasta dar con uno y me lo alargó. Estaba realmente deliciosa, con aquellas enormes gafas de profesora como única vestimenta.

—¿Es esta?

La foto era deliberadamente difusa pero no cabían dudas. Araceli (o Carelia) de medio perfil, apoyada en un brazo, me miraba con el mismo gesto indolente y estrábico con el que me veía desnudarme en su alcoba.

Celia sacó entonces otra carpeta y me enseñó unas reproducciones. No estaban los dibujos que alcancé a ver en casa de Carelia y tampoco el de la alemana, pero indudablemente provenían de la misma mano. Allí estaban las dos mujeres otra vez, repetidas hasta el cansancio, mirándose sin verse entre geografías de ensueño que, ahora sí, supe que eran una copia imperfecta de las de Escher.

—Su apellido no es Mesquita, está claro, por eso no me sonaba. Es una vulgar ladrona de ideas, una simple y habilidosa copista —dijo Celia con evidente fastidio—. Hay que reconocer que es una buena dibujante, pero sólo eso. Los recibí después de una charla en Valencia, hace dos años, luego me envió un par de catálogos de exposiciones tuyas. Sabía que yo estaba trabajando las influencias de Escher y estaba loca por aparecer en mi libro, pero ni me molesté en contestarle. Lo de ella no son versiones sino lo que yo llamo «subversiones», algo

demasiado inferior al original para tomarlo en cuenta. Además, no copia solamente a Escher: las mujeres son de Delvaux.

—¿Quién?

—Delvaux. Paul Delvaux —deletreó—. Un contemporáneo de Escher. Mira aquí.

Cogió otro libro de la estantería y comenzó a hojearlo. Me coloqué detrás de Celia y miré sobre su hombro. Me apoyé contra ella y sentí el calor de sus glúteos contra mi sexo. En efecto, salvo los rostros, eran las mujeres que dibujaba Araceli. Impávidas, inexpresivas, y sin embargo demasiado carnales e intensas como para no suponer en ellas un efluvio, una especie de magnetismo definitivamente sexual. «La excitante pasividad», murmuré contra el oído de Celia y ella asintió, dejando que apoyara mi barbilla en su hombro. Pasé un brazo alrededor de su cintura y volví un par de páginas, Celia se apretó contra la mesa y empujó sus caderas hacia atrás.

—¿Y cómo se llama, en realidad?

Giró uno de los dibujos y el nombre de Carelia fue como una bofetada. Sentí que la chica reía.

—Un anagrama lamentable, por cierto.

—¿Un qué...?

—Un anagrama. Las letras de Carelia son también las de Araceli. ¿A quién de las dos conoces? ¿A Carelia Mendes o a Araceli Mesquita?

—¿La verdad? Ahora mismo no lo sé.

Solté el catálogo y encerré entre mis dedos el temblor de sus tetitas de adolescente. Ella se giró con gesto de sorna y me acarició el pecho.

—La verdad... es que creo que estás metido en un lío que no me interesa. Sólo quería...

—¿Me darás los dibujos? —pregunté, quitándole las gafas.

—Son tuyos. Necesito hacer un poco de limpieza.

Me empujó hacia una de las sillas e hicimos el amor allí mismo, encastrados, sudorosos y, por qué no decirlo, con unas ganas largamente contenidas. Huesuda y fibrosa,

Celia se partió en dos sobre mi pelvis, moviéndose y golpeándose contra ella con tanta fuerza que yo tenía que realizar malabarismos para que no rodásemos al suelo. Sus largas piernas pivotaban en el suelo y era como si una larga y acuosa funda me sorbiese el sexo cada vez más hacia lo profundo. Me aferré a la silla y aguanté el ritmo como pude. Se elevó varias veces en el aire hasta que mi polla estuvo a punto de zafarse de su abrazo, pero se detenía en el límite para caer de nuevo, incrustándose con tal violencia que me arrancaba gritos de dolor y a ella estampidas de placer.

Arrebatada, abocada por completo a su propio goce, se arqueaba de pronto hacia atrás, hasta que las puntas de sus omóplatos se apoyaban en mis rodillas. Yo la sostenía entonces por la cintura y podía contemplar la espléndida visión de nuestros sexos ensartados, el grueso cuello del mío entre los labios del suyo, la soltaba unos segundos y palpaba con mis dedos su vello dorado contra la abundancia del mío y después la levantaba de los brazos para que siguiese cabalgando como antes, una y otra vez. No sé cómo lo hacía, pero era tan flexible que tan pronto era capaz de lamerme el pecho, mientras yo hacía esfuerzos para no descabalgarme, como de estirarse hasta dejarme al alcance unas tetitas respingonas que me cabían casi enteras en la boca. Estábamos tan excitados que temí que no acabásemos nunca. Pero Celia, dueña absoluta del momento, me cogió una mano y me indicó que le sobase el culo. Lo hice, y al momento comenzó a gemir de modo elocuente. Insistí con un dedo en el ano y después con dos, el borde cedió y los introduje hasta el fondo. Sentí su doble contracción, el sincrónico latido de dos cálidos agujeros que me chupaban hacia dentro, uno de los cuales comenzó a recibir mis chorros como una gran esponja tierna y acuosa que gemía en mis oídos, enroscada alrededor de mi cuerpo y de la silla.

Estuvimos así unos minutos, sin deseos de separarnos. La mecí como una niña hasta que mi sexo se retiró del suyo.

Se levantó con una sonrisa, se caló las gafas y comenzó a liar un porro con habilidad de veterana. Me lo alcanzó y se sentó en el suelo, con su cabeza entre mis piernas.

—Tendrías que buscarla en Valencia —me dijo después de una larga calada—. Sus cartas venían de allí.

—Valencia —repetí—. Es muy grande, no sabría por dónde comenzar.

—Te daré una dirección. Es de un anticuario y galerista de arte, siempre anduvo en el mundillo del arte, tal vez sepa algo. No puedo ayudarte más.

Le acaricié el cabello y su tacto me recordó al de Carelia. Desconocía aún de qué forma acabaría todo, por lo que aquel polvo con Celia, ajeno a mis tratos habituales, me pareció realmente agotador y magnífico como pocos. Lejos estaba de sospechar que también habría de recordarlo como uno de los últimos que consumí con verdadero placer.

—¿Sabes qué ha sido lo más erótico de todo esto? —me dijo, después de una calada.

—Ni idea —contesté.

Me alargó el porro.

—Lo que me has hecho en la sala, tu pie entre mis piernas, tu bragueta abierta. Quería hacer el amor pero aquello fue demasiado. Te odio.

Sonreí y le acaricié los hombros, como pidiéndole perdón.

—Eres erótico hasta antes de follar, después eres simplemente efectivo. El erotismo se basa en la sugerencia, en el deseo. El sexo lo destapa. Por eso detesto que descubran mis deseos de ese modo. Aun así lo haría otra vez, pero no sería lo mismo.

Tendría que pensar en ello.

—Pero allí, en la exposición —insistí—, ¿por qué me mirabas tanto? ¿Qué te gustó de mí?

Celia suspiró.

—Deliro con los hombres que tienen la mirada de abajo hacia arriba, como tú. A las mujeres nos da un aire

bobalicón, como el de Lady Di, pero en los tíos me fascina. Es un signo de frialdad, pero también de potencia.

«Más en qué pensar», me dije, aunque opinaba lo mismo de las mujeres con nariz grande.

Acabamos el porro y me dispuse a partir. Antes de hacerlo, Celia me regaló una copia del guión de su visita, donde comprobé que, tal como había dicho, no existían los «subrayados» que creí notar durante su exposición. Entre otros papeles que podían serme de utilidad, me obsequió también con una biografía de Escher escrita por Bruno Ernst (donde sí había marcado frases) y un último consejo.

—Recuerda sólo una cosa —me dijo—. Si realmente esa furcia se inspira en Escher para divertirse contigo, trata de descubrir las leyes del propio juego. Haz como él, estúdialas y luego trata de aplicarlas. No creo que se trate más que de eso, del juego de una loca, una neurótica que te eligió para olvidar sus propias frustraciones.

**Segundo giro:
Madrid-Valencia**



Cambié el billete y llamé desde Barajas a la Petete.

—¿Dónde estás? —me preguntó asustada—. ¿Estás bien?

—¿Y por qué no había de estarlo? Me voy a Valencia.

—¡Santo cielo! —chilló en el teléfono—. Creo que tendrías que volver y aclararlo todo... Te busca la policía.

—¿Cómo que *crees*? —grité, presa del pánico.

—Vinieron unos tipos con pinta de maderos. Querían hablar contigo, pero no me dijeron de qué.

—Entonces quédate tranquila y hazte la tonta. No he hablado contigo ni sabes dónde estoy. Me voy, ya te llamaré.

La Petete pareció contener un sollozo.

—Ten cuidado, cariño —dijo con voz dramática—. Cuídate, por favor. Ah, oye. Te voy a dar un teléfono que tengo por aquí. Es un viejo amigo y conoce el ambiente como nadie. Llámalo.

—Eres como una madre, muñeca. Te llevaré un traje de fallera.

Apunté el número y colgué, no sin soportar otra retahíla de recomendaciones y advertencias, muy bien matizadas con llantitos entrecortados y expresiones de temor.

Por ahora no podía arrepentirme de mi decisión de cambiar el billete. Araceli, o quien fuera, intentaba estrechar el lazo. Quizás no fuesen policías, la Petete era tan alarmista como retorcida mi perseguidora, pero aun así no quedaban dudas de que estaba detrás de aquellos hombres. Y por alguna razón tenía tanto interés en cercarme como yo de desvelar su identidad y sus

propósitos. Ella no me los diría, y por eso creí que cuanto más supiese de ella, mejor podría defenderme de sus maquinaciones. Tenía a mi favor lo aprendido en Madrid. Pero ¿por qué me envió hasta Celia si, justamente, ella la había ignorado y además la despreciaba como una «vulgar ladrona de ideas», «frustrada y neurótica» y otras lindezas por el estilo? ¿Acaso pretendió usarme para castigarla, y por algún motivo el proyecto no salió como esperaba?

Una cosa comenzaba a resultar clara: cada experiencia sexual en la que estaba involucrada aquella chiflada era también un avance en su conocimiento. La última noche con Carelia descubrí su existencia y sus cuadros (además de otras cosas, como el origen de los sobres), Erica me dio su nombre y Celia me hizo conocer mejor a Escher y los dibujos atribuidos ahora a una tal Carelia Mendes.

¿Es que tendría que seguir follando para llegar hasta la verdad? Está claro que soy un amoral, que en mi oficio hay una mezcla de necesidad y ganas, al menos en lo que a mí concierne, pero aquello era distinto. «Descubre las leyes del juego», me había recomendado Celia. Quizás había dado con la primera, además de la relativa tranquilidad de saber que también Araceli era una impostora, y por ese camino también ella podía cometer errores.

En Valencia me alojé en un hotelucho céntrico tan cutre que para usar la ducha había que avisar y pagar una hora antes para que encendiesen el termo eléctrico y me diesen una llave. Tantos prolegómenos no tenían más resultado que unos cinco minutos de agua caliente, tras lo cual comenzaba a enfriarse tanto que debía darme prisa para no acabar tiritando.

Los primeros días me sentí tan cabreado e impotente que no hice otra cosa que pasear por la ciudad y perder el tiempo en cavilaciones, acodado en alguna barra cochambrosa del barrio viejo. No tenía demasiados ahorros y desconocía cuánto tiempo me llevaría averiguar algo que me fuese útil.

En principio no quería llamar al amigo de Celia ni al conocido de la Petete. La verdad es que comencé a desconfiar hasta de mi sombra, y si en mi vida de puterío de alquiler me habían funcionado ese tipo de recomendaciones, a partir de Carelia comencé a temerlas.

Me tomé esos días el trabajo de leer los papeles de Celia y la biografía de Escher. Supe así que, entre otros viajes, había llegado hasta España cuidando niños durante una travesía, y que en el año 36 había estado en Valencia, Granada y Cartagena, datos que, ¡sorpresa!, estaban subrayados por Celia.

Los dibujos del catálogo no me aportaron demasiado. La fijación por Escher y las mujeres con el rostro de Carelia y cuerpo «Delvaux» estaba presente en todos. Incluso descubrí dos detalles notables: en uno de los dibujos, como un cuadro dentro de otro, aparecían a un costado las *Manos dibujando* de Escher, con la única diferencia de que en este caso eran femeninas. ¿Acaso el mismo que vi fugazmente en el pasillo de Carelia? El otro detalle, que también figuraba como accesorio, reproducía casi exactamente una parte de la litografía *Arriba y abajo*: el motivo del niño sentado en la escalera mirando a la mujer de la ventana. Me volví a preguntar dónde había visto algo similar, pero lo cierto es que llevaba tantos días mirando los dibujos que toda confusión era probable.

En el listín de teléfonos aparecía una vez el apellido Mesquita, y también unos Mendes de la Encina, cuya dirección correspondía a una calle cercana a los Viveros. Recordé que en la necrológica figuraba como Carelia M. de la Encina, de modo que no podía ser una simple casualidad. Pero un probable asesino rondando la casa de la víctima me pareció, en ese momento, un riesgo innecesario y una soberana tontería. Me propuse visitarla algún día, pues me preocupaban otras cosas.

Por ejemplo mi cuenta bancaria, que estaba bajando estrepitosamente y necesitaba hacer algo. Podía pedirle a la Petete que me ingresara dinero en la tarjeta pero lo consideré un recurso extremo. Me quedaba lo de siempre,

prostituirme, lo que también era peligroso: en nuestro oficio solemos respetamos las «zonas» de trabajo y yo estaba, evidentemente, en terreno extraño. El amigo de la Petete era también una posibilidad, pero no quería tener la menor relación, por ahora, con alguno de sus amigos. Lejos estaba de sospechar que lo conocería de un modo totalmente inesperado.

Estaba una mañana tomando el sol en un banco de los jardines del Turia, cerca del Auditorio. Me había abierto la camisa y comenzaba a vencerme la modorra cuando sentí que alguien se sentaba a mi lado. Entreabrí los ojos y vi que un señor más bien maduro me miraba con cierto interés. Me di el consabido apretón en el paquete y me estiré un poco más, presintiendo la posibilidad de un cliente.

—Perdón... ¿tienes fuego? —no tardó en preguntar, poniéndose un cigarrillo en la boca.

—Sí, por supuesto —contesté, con la mejor de mis sonrisas.

Me convidó a uno y mientras los encendíamos me volvió a mirar con insistencia. Dejé que se tomase el tiempo necesario, hablamos de un par de vaguedades, pero le insinué con los giros y ambigüedades de siempre que cobraba por hacer «ciertos trabajos». Pareció tranquilizarse y para el segundo cigarrillo comenzó a largar el rollo.

—Mira, antes de todo quiero que sepas que no soy homosexual —me dijo—. Pero necesito que hagas un trabajo para mí, te pagaré bien.

Al parecer, estaba perdidamente enamorado de una jovencita mucho menor que él, tan retorcida y fogosa que superaba su capacidad amatoria, cuestión en la que, aseguró, aún era bastante idóneo aunque al parecer insuficiente. «Me tiene loco», repitió varias veces, «pero nada le alcanza... y no quiero perderla».

En fin, el cuadro no era una novedad. Muchas veces

me tocó completar las apetencias de una pareja cuando el morbo de alguno de los dos tocaba fondo. No me considero un redentor sexual, pero el recurso del chico o la chica de alquiler sigue evitando el fin de muchos matrimonios, y el que no lo crea que lea en las secciones de contactos la diferencia entre la oferta y la demanda.

Lo cierto es que aquel señor maduro y nada despreciable, por cierto, me necesitaba para lo de siempre, aunque no se trataba del consabido trío. Pretendía mantenerse al margen, sólo que, siguiendo el antojo de Pichi (no era su perrita, era el nombre de la chica), quería «obsequiarle» para su cumpleaños con la consecución de un antiguo sueño: hacer el amor con un buen par de sementales, uno blanco y uno negro. Cuando acabamos de pactar se mostró francamente aliviado:

—Me llevó casi una semana conseguir un moreno que me guste, es decir, que *se* que a ella le gustará. Cuando por fin lo conseguí, me tiré a la caza del otro. Che, pensé que era más fácil, pero qué va... —rio relajado, fumando el tercer cigarrillo—. El negro organizó una especie de *casting* entre sus conocidos, pero el que no era marica estaba más depilado que una bola de billar, y a mi Pichi le gustan los blancos peludos y los negros... pelados. Caprichos de niña mimada, ya sabes.

Me dio su dirección y quedamos para la noche siguiente. «Espero que no tenga que meterme en una caja con un lazo rojo», pensé. Llegué a la hora indicada y me hizo entrar directamente a un pequeño vestidor, donde conocí al moreno de marras. La verdad es que era un mulatón formidable que me superaba un palmo en altura, con un cuerpo trabajadísimo y, obviamente, sin un pelo, ni siquiera en su lustroso cráneo. Nos dimos la mano pero noté desde el primer momento que me miraba con evidente antipatía. Intuí el origen de la misma y le dije:

—Mira, tío. Estoy sin blanca y el hombre me encontró en la calle. Lo siento, no es mi trabajo habitual pero no tengo más remedio —mentí.

Hizo una mueca incrédula y me tiró a los pies un

pequeño *slip* de cuero negro con cremallera al medio.

—Hay que usar esto... —murmuró con voz cavernosa y acabó de desvestirse. Cuando lo vi desnudo pensé rápidamente que era una suerte que no fuese yo quien debía tragarse semejante picha. ¿Qué comen estos benditos para que les crezca así?

Unos minutos después se asomó el hombre y nos hizo acomodar en una gran sala espejada que hacía las veces, supuse, de dormitorio, ya que al medio había un círculo de nivel más bajo, acolchado y lleno de cojines de distintas formas y colores. El ambiente era demasiado chillón y cursi para mi gusto, como una *garçonnière* tipo Las Vegas, de esas que aparecen en las películas porno o de serie B.

—Hay de todo, podéis tomar lo que os apetezca —dijo el hombre y desapareció.

Miramos alrededor y, efectivamente, había de todo, desde hielo y bebidas hasta preservativos, cremas y unas cuantas cajitas cuyo contenido sospeché, pero que ni yo ni el otro (recursos del oficio) osamos tocar: más de un porro me dejó con el trabajo a medias. Bebimos un par de botellines de agua y, a pesar de mis esfuerzos, al moreno no le arranqué ni el nombre.

—Hombre, joder... —le dije—. Al fin y al cabo vamos a follar a la misma tía, y Dios sabe qué guarradas tendremos que hacer. Al menos baja la guardia por un rato.

Hizo un amago de sonrisa y eructó. Ya era algo.

Unos minutos después oímos unas risas que se acercaban, al tiempo que las luces decrecían, quedando solamente las que caían sobre el círculo de la gran cama. Miré el rostro inexpresivo de mi *coéquipier* que, como yo, miraba fijamente hacia la puerta.

—Empieza la función —murmuré, y el otro no cambió el semblante pero me guiñó un ojo.

Por los chillidos y aspavientos de la Pichi sospeché que había entrado con una venda en los ojos, pero aún no podíamos verlos porque estaban en la zona en

penumbras.

—¿No lo adivinas? —repetía el hombre—. ¿Qué es lo que quieres desde hace tiempo?

—¡Una Harley-Davidson! —gritó ella, e intercambié una mirada con el negro.

—Frío... frío —dijo el otro—, algo mucho, pero mucho más caliente.

Ella cacareó algo parecido a una risa nerviosa.

—No me lo habrás conseguido al Bertín Osborne, ¿verdad?...

El hombre la acercó hacia nosotros, mientras comenzaba a quitarle la venda.

—No, cariñito, pero algo es algo... ¡Cha chán, Cha chaaan! —tarareó, empujándola hasta el borde.

Por fin la vimos y era realmente asombrosa, y no sólo porque su aspecto no coincidía en absoluto con su voz: la chica era una mezcla imposible de ciberpunkie y patinadora rusa, escapada a medias (en su parte superior) de *Mad Max* y en la parte inferior de *Holliday-on-Ice*. Llevaba las sienes rapadas, el pelo rojo y los ojos pintados tipo antifaz. Inútil decir que tenía colgada toda una ferretería de las orejas, la nariz y, luego lo supimos, aritos en el ombligo y los pezones. Vestía la consabida cazadora de piel tachonada de *pins*, pero debajo de ella emergía una falda corta, azul, totalmente hinchada como un tutu de danza clásica por una nube de volantes y puntillas almidonadas. De ella partían unas largas piernas enfundadas en mallas fucsias que acababan en unas botas de escalar, o algo así, de esas que la suela es tan alta como el zapato.

Fue tal mi asombro que no tuve que reprimir la merecida carcajada, en cambio al moreno se le partió en dos el rostro con una sonrisa que parecía un teclado.

—Feliz cumpleaños, guapísima —le dijo, con una desenvoltura estupenda.

Pichi se volvió hacia su amante con los ojos como platos.

—¿Son para mí?... —chilló—. ¿Es verdad que son *toos*

para mí?

El hombre sonrió y le dio un par de besos. Ella reiteró sus protestas y grititos, insistiendo en que fuese de la partida.

—No, cariño, me voy a descansar. Es mi regalo, haz con ellos lo que quieras, por esta noche... Os dejo tranquilos, cuidadme a la niña. Nos vemos luego...

Pichi nos miró con sus dedos entrelazados y repletos de anillos a la altura del mentón, con una expresión a medias entre el arrobo y la glotonería. Parecía una extraña niña eligiendo dulces ante una pastelería.

—Va, niña —dijo el mulato, dando unos golpecitos en los cojines—. No estarás mirándonos toda la noche, ¿no? Baja al cielo, pequeña.

Eso sí que era tener tablas. A los pocos minutos la Pichi estaba entre los dos, esnifando unas rayas tamaño paso-cebra y bebiendo champán rosado, un verdadero petardo para mi estómago pero que a ella parecía sentarle de maravillas.

Lo que sucedió después juré que no se lo contaría ni a la Petete, a pesar de que todo fue tan rematadamente ambiguo que aún hoy me pregunto si me gustó o no, así que prefiero quedarme con el beneficio de la duda.

La chica se desmadró con rapidez, haciéndose cargo de sus «muñecos» como le dio en llamarnos, bautizando al moreno como Tom y al que suscribe como Jerry. La verdad es que al principio no me sentí motivado: aquel cuadro era digno de una versión porno de *Popeye*, por lo que iniciamos con Tom la lenta tarea de despojar a la chica de toda su parafernalia. Entre mimos y carcajadas le quitamos tantas cosas que creí que nos quedaríamos con un espárrago, pero en cambio surgió una moza ancha y voluptuosa, con una capacidad erótica que justificaba los esfuerzos de su protector. Era larga y fuerte, con una abundancia de carnes que pronosticaba una lejana obesidad, pero que en ese momento estaba aún en la etapa en la que los músculos son visibles, la piel tensa y las formas redondeadas. En pocos minutos, Pichi pasó de

ser una Barbie cibernauta a una extraña muñecona antigua y apetecible, gracias al antiquísimo recurso del desnudo. Conservó, eso sí, la ristra de pendientes en las orejas y los inquietantes aritos en la cumbre de los pezones y en el borde del ombligo.

Pero aún había más. «Adoro las mariposas», dijo maliciosamente mientras le quitábamos las calzas. Y por cierto que tenía dos espléndidos ejemplares tatuados en las «zonas reservadas», como dijo ella misma. La primera extendía sus alas a ambos lados del sexo y por la cara interior de los muslos, la otra reposaba sobre la nevada redondez de sus glúteos. «Quería una más en las tetas pero papi no quiso, me conformé con los pendientes», explicó, y la verdad es que fue un acierto: aquellas redondeces no merecían más adorno que un buen mordisco en cada una.

—¿Y qué desea esta mariposilla? —preguntó el moreno, acariciando el poblado pubis de la muchacha.

Ella se echó de espaldas y abrió las piernas, haciendo aletear el tatuaje. «Tiene sed... mucha sed», murmuró, atrayendo hacia ella la cabeza de Tom, que comenzó a mojar las alas con largos lengüetazos, antes de entregarse de lleno al centro, que tomó en pocos instantes una apariencia de nácar rosado, como esas valvas marinas que recobran el color con la humedad. Entretanto comencé a lamerle las orejas, metí la punta entre cada uno de sus pendientes y después me sumergí en su boca, que conservaba aún, detrás de la coca y el champán, un sabor lejano a caramelo y chicle mentolado. La Pichi tenía una lengua tan experta y viciosa como su cuerpo. Entró en mi boca como una anguila y la recorrió con avidez, haciendo que sus chasquidos fuesen tan sonoros como los que surgían de entre sus piernas, que seguían aleteando sobre la oscura calva de Tom.

Bajé entonces hacia sus pechos, donde se repitió el contacto turbador de mis labios contra el metal, incrustado en la tibia consistencia de la carne. Le di masajes cuidadosos y mordiscos controlados, pero las

manos de Pichi me empujaron con fuerza sobre las tetas, haciendo que se me llenara la boca con su turgencia de fruta almibarada.

Desde ese momento, como un veterano director de escena, Tom se hizo cargo de los movimientos de los tres, dirigiéndonos con breves palabras y palmadas en los lugares precisos, hasta lograr que nuestros cuerpos entraran lenta pero definitivamente en una compenetración casi perfecta. No sé si fue gracias a mi experiencia o a su magnetismo, lo cierto es que comencé a intuir en su mirada cada uno de los pasos, aceptando sus órdenes y, tengo que decirlo, presa de una creciente excitación.

Giró a la chica con facilidad y le indicó que colocase su cabeza entre mis piernas. Me quitó el *slip*.

—¿Y qué quiere esta otra mariposilla? —volvió a preguntar, masajeándole las nalgas.

—También tiene sed... —contestó ella.

—Pero esta es más viciosa y creo que antes merece un castigo —dijo Tom, dándole un par de sonoras palmadas en el culo.

La chica chilló complacida y el mulato la castigó otra vez, con más sonoridad que fuerza.

—Te gusta la polla de mi amigo, ¿verdad? —preguntó, mientras la sujetaba con una mano de los cabellos—. Mira lo tiesa que está. Quieres chuparla, ¿verdad?

—¡Sí! —contestó la Pichi, excitada con el castigo.

—Pues comienza a lamerla, muy despacio... muy despacio. Y no te la meterás en la boca hasta que él no te lo pida... ¿Vale, muñeca?

—Sí —suspiró la chica y me cogió el sexo con una mano mientras con la otra me apretaba los testículos.

Las palmadas sonaron otra vez, haciendo que el dibujo temblase sobre la tensión de los glúteos, hasta parecerse de verdad a una enorme mariposa que vibraba, se apretaba y distendía al ritmo de los golpes, hasta cobrar como la vulva una tonalidad de flor silvestre, de esas que atraen a las víctimas con su carnosidad rosácea y asesina.

Entretanto, la lengua de Pichi comenzó un largo e insoportable deambular por mi sexo, desde la punta hasta el escroto, hasta no dejar un milímetro sin lubricar, ni una sola de sus engrosadas venas sin lamer. Después, mientras me mordisqueaba suavemente el glande, inició un vertiginoso masaje de los testículos, que gracias a la saliva se deslizaron entre sus dedos con gomosa facilidad. Sentí unas ganas inmensas de metérsela en la boca y así pareció entenderlo Tom, que se lo indicó con un gesto. Después, separándole las nalgas con delicadeza, sumergió su oscura y abrigada cabeza en el centro mismo de la mariposa.

Sentí que mi polla entraba con malvada lentitud entre los labios de Pichi. Aprisionó primero todo el contorno de la punta y permaneció unos segundos allí, desesperándome con la tibieza de su lengua. Después, sin ceder en la presión, comenzó a tragarla, imitando la exquisita resistencia de una vagina. «No puede, no podrá bajar más», pensé, pero mi pene siguió entrando, sorbido contra la caliente acuosidad del paladar, hasta desaparecer casi por entero en aquella boca prodigiosa. Jamás, lo juro, una chupada estuvo más cerca de lo que se siente durante una penetración. Permaneció allí un instante, como adaptándose a su forma, para iniciar después un vaivén tan exacto y placentero que tuve que apelar otra vez a toda mi experiencia para no correrme sin remedio en su garganta.

—Ya es hora de que este pobre animalito coma —dijo Tom, sacando su inconmesurable verga a través de la cremallera.

Me hizo una señal y le alcancé un preservativo y la crema. Mientras se lo colocaba, sentí otra vez una mezcla de admiración y envidia: el mulato tenía una polla tan magnífica y dura como su cuerpo. Advirtió mi mirada y, levantando a Pichi de las caderas, sonrió con orgullo mientras le daba con aquella pesada cosa un par de golpes en las nalgas. Después, sin perder la sonrisa, comenzó a penetrarla, milímetro a milímetro, entre las

alas del tatuaje.

La muchacha detuvo el movimiento de su boca con un ronco gemido. Sentí que me clavaba las uñas en los testículos y comprendí su dolor. Pero sólo unos segundos después, mientras Tom iniciaba un casi imperceptible movimiento de pelvis, Pichi retornó a su tarea con renovado vigor.

Comenzamos los tres a sudar copiosamente, Tom más que todos. Su enorme cuerpazo estaba surcado por infinidad de hilos brillantes que le daban un aspecto de inmenso dios acuático. El ritmo de sus caderas se hizo más intenso y la boca de la chica siguió el vaivén sobre mi sexo. A cada embestida, no podía apartar mi vista de aquella trompa oscura que salía y entraba en el centro mismo de la mariposa, como queriendo acabar con el temblor constante de sus alas. Multiplicada en la luna de los espejos, nuestra imagen era tan lúbrica y fascinante que comencé a sentir la acuciante sensación de que formábamos un solo cuerpo. Y en muchos momentos lo fuimos, como un extraño y aceitado molusco cuyas vibraciones se iniciaban en las caderas de Tom para acabar entre mis piernas.

Cogí entre mis manos las tetas de Pichi y empujé mi pelvis hacia su boca, justo en el momento en que Tom, tumbándose sobre la chica, la abrazó desde atrás para hacer lo mismo. Nos quedamos así, entregándonos a un cuádruple masaje en el que las manos y las mamas formaron un conjunto increíblemente ágil y sensual. El rostro transpirado de Tom quedó cerca del mío, miré sus labios enormes y carnosos y tuve el irreprimible impulso de besarlos. Se acercó aún más. No creí que lo hiciéramos pero, repito, era imposible sustraerse al clima de pesada sensualidad que se había instalado entre los tres. Empujó un poco más a la chica y, tomándome del cuello, prácticamente enterró su boca en la mía. Cerré los ojos y lo dejé hacer, reprimiendo un peligroso espasmo de mi polla. Después empujé suavemente a ambos hacia atrás.

El mulato intuyó la necesidad de un cambio y tendió a

Pichi de espaldas. Cogió dos cojines y se secó con desparpajo el torso, colocándolos después bajo las caderas de la chica. Le abrió las piernas y mientras se quitaba el *slip* de cuero señaló la otra mariposa:

—Tu turno, camarada.

Llevaba tanto tiempo deseando aquello que me encaramé rápidamente sobre la muchacha. Ella se abrazó a mi espalda y levantó sus piernas sobre mis caderas. El pene buscó los labios y penetré entre ellos suave y profundamente, hasta sentir el electrizante contacto de su pubis contra el mío. Lamí otra vez sus orejas tachonadas de pendientes, mordí su cuello grueso y resbaladizo y volvimos a besarnos y lamernos con tanta voracidad que olvidé por unos segundos a Tom. Pero él se hizo notar poco después... y del modo más inesperado. Se lubricó los dedos y me los introdujo con parsimonia en el ano. Aguanté como pude hasta que la cavidad pareció ceder a sus masajes. Me centré en la chica y la abracé con más fuerza. Supe lo que me esperaba y, cosas de la química diría la Petete, no me opuse a que ocurriera. Despacirosa, pero también de forma irrevocable, la enorme polla del mulato comenzó a penetrar en mis profundidades. Grité de dolor, pensando que aquel garrote me partiría en dos, mientras sentía que de mi piel brotaba otra vez un torrente de sudor helado. Me miré en los ojos de la chica y ella sonreía... sí, sonreía comprensivamente, con aquella boquita suya, llena de malicia y glotonería.

—Piensa en otra cosa y fóllame —murmuró, pasándome la lengua por el cuello y apretándome otra vez entre las piernas.

Oscilé con cuidado sobre su vientre y, poco a poco, sentí que mi polla se ensanchaba otra vez, mientras Tom, definitivamente enterrado en mis entrañas, comenzaba con la suya un inacabable vaivén. Fue así como los tres nos encastramos definitivamente, como si las piezas sueltas de aquel *puzzle* de cuerpos empapados hubiera cobrado por fin su forma definitiva. Imaginé entonces que una enorme polla nos traspasaba a todos y el dolor cedió

al deseo. Poco a poco, iniciamos un vibrante bamboleo, un coito tripartito tan lúbrico y desenfrenado que no tardamos en sentir al unísono que llegábamos al final. Los cuerpos se apretaron un poco más y los miembros transitaron, por última vez, sobre una sola piel caliente y resbalosa.

Lo último que vi, antes de desfallecer mientras eyaculaba, fue la magnífica imagen que se repetía en los espejos: una brillante masa de miembros blancos y morenos, un animal tricéfalo y viscoso procreándose a sí mismo, un conjunto indiviso de brazos y piernas emergiendo de un solo cuerpo, como los extraños peces y reptiles de los remolinos de Escher, como los inefables monstruos que poblaron una vez sus sueños.

Ya en la calle, acepté tomar unas cervezas con el mulato. Después de la segunda, eructó ruidosamente y me dijo con una sonrisa:

—A ver, camarada. Ahora sí que tendría que darte un par de hostias. Lo tuyo ha sido trabajo de profesional al cien por cien. No me líes la troca y suelta el rollo. No eres de aquí, ¿verdad?

Contesté que no, que en realidad buscaba al amigo de un travestí de Barcelona para que me ayudase a encontrar a alguien, pero me estaba quedando sin blanca. El moreno abrió la boca en un gesto de incredulidad.

—¿Y quién es, si puedo saberlo?

—Le dicen Charly, Charly Monsegur, por aquí tengo el teléfono...

Al otro se le atragantó la cerveza y soltó una formidable carcajada.

—Pues no busques más, che. Lo acabas de conocer...

Lo miré atónito y no pude más que reír con él, entrechocando sonoramente las botellas.

—La Petete lleva una semana llamando cada día. Parece que te estima. Está como una chota... ¿En qué lío te has metido? ¿Es cierto que te busca la pasma por lo de

esa muerta?

Maldije las tonterías de aquel travestí entrometido pero ya era tarde. Le conté más o menos la historia y Charly prometió ayudarme. Me ofreció su casa pero preferí seguir en el hotelucho de la calle San Andrés.

—Puedo comprometerte —le dije—. Pero eso sí, es probable que te acepte una buena ducha... Por si acaso cerraré la puerta del baño con llave, cuando esté en pelotas quiero tenerte a más de dos metros de distancia...

Me dio un manotazo en la espalda y rio otra vez con su enorme boca de teclado:

—Gajes del oficio, camarada. Al fin y al cabo me has encontrado.

Hice un gesto de escepticismo y pensé que hubiese sido mejor llamarlo por teléfono: aún me dolía aquel lugar que algunos finolis llamarían «salva sea la parte», expresión que en aquel momento me sonó como la más puta y malintencionada de las ironías.

La verdad es que Charly no sólo conocía al dedillo el bajo mundo de Valencia, sino el alto también. Sus favores se extendían tanto entre las turistas que rondaban el Miguelete como entre algunas señoras cultas y de vicios secretos que frecuentaban la Chocolatería Santa Catalina.

Me cedió como un caballero algunos servicios y no tardó en saber que Carelia había expuesto años atrás en una galería de la calle del Mar. Cuando me lo dijo, revolví en mi cartera y le mostré la dirección que me había dado Celia.

—No será esta, ¿verdad?

—Pues... ¡Che, si es la misma!

Volví a creer que la trama de Araceli me cercaba otra vez. Podría ser una casualidad que el dueño fuese amigo de ambas, pero tomar contacto directo con aquel galerista era un riesgo. Como antes, con cada dato me acercaba más a ella, pero de forma cada vez más peligrosa.

Resolvimos ir juntos hasta el lugar, pero yo me

quedaría esperándolo en un bar. No sé si tardó demasiado en regresar o a mí me consumía la impaciencia, lo cierto es que durante aquel tiempo comencé a preguntarme si Charly no estaría también metido en la historia. Es que, casualmente, en aquella zona abundaban las galerías, pero también los que como Charly y yo trafican con el sexo de alquiler.

Volvió con un gesto de decepción:

—Nada, majo. Cuando Valencia entra en Fallas, ya te puedes ir desesperando si tienes prisa.

—¿Y qué coño tiene que ver este asunto con las fallas?

—Verás... —me explicó Charly mientras daba largos tragos a su cerveza—. Me atendió una secretaria contratada hace poco y que no se entera de la misa la media. Revisamos unos catálogos y unos archivos del ordenador donde están todos los artistas que se relacionan con la galería. Ni Araceli Mesquita ni Carelia Mendes. La única Carelia que apareció es una Carelia de la Encina que...

—¡Es ella! —salté.

—Ya, me lo imaginé —dijo Charly—. Pero expuso hace años y en este momento no tienen nada de ella. Parece que tampoco tuvo mucho éxito.

—Entonces tendré que hablar con el dueño.

—Ahí es donde entran las fallas... —rio Charly—. El tío, además de galerista, es diseñador de fallas. Eso quiere decir que en estos días no lo encontrarás ni bajo tierra. Hasta el 16 de marzo te puedes ir despidiendo.

—¿Y por qué hasta *ese* día?

—Es la *plantà*, el día que se montan las fallas. Después comienza la fiesta y dudo mucho que lo encuentres, esto se convierte en un desmadre absoluto.

Supe así que por el momento sería imposible hablar con el amigo de Celia. El hermetismo con el que se acababan de construir las fallas era total, y todo intento de traspasar sus secretos era un desafío que no estaba en condiciones de asumir.

—Lo único que puedes saber es en cuál de ellas está

trabajando —dijo Charly, después de un silencio.

Al parecer, cada año se editaban unas revistas con los diseños de las más de quinientas fallas que se montaban en toda la ciudad. Algunas incluso traían datos como el nombre del diseñador, y al menos así podía encontrarlo con cierta facilidad.

Charly me propuso unas opciones mucho más simples pero me negué: era evidente que yo también me estaba convirtiendo en un ser sinuoso y retorcido. Nada debía, porque nada *podía* ser demasiado fácil.

—Vamos, tío, no te desanimes —me dijo Charly—. Disfrutaremos como cochinos en la fiesta, ya verás...

De regreso, compré un par de aquellas revistas y me fui a descansar al hotel, no sin recomendar por enésima vez a mi amigo que no le dijese una palabra a la Petete. Pero antes de lo previsto volví a tener noticias tuyas, por cierto nada divertidas.

Contra todo riesgo, resolví acercarme a la dirección de los Mendes de la Encina, que resultó ser un viejo caserón del barrio de Santa Ana, perdido en una espesa arboleda y cercado por un muro que impedía casi totalmente la visión. Por lo que pude entrever, tenía un aspecto de abandono desolador, pero al fondo divisé ropa colgada y un perro me ladró desde el sendero.

En el segundo día de mi visita al lugar tuve más suerte. Una anciana algo encorvada pero ágil abrió la verja y entró, arrastrando una pequeña bolsa de la compra. Tuve una crisis de pánico y no me atreví a llamarla, pero comencé a elaborar una estrategia para hablar con ella. Era probable que en aquella zona, cercado por construcciones modernas, ese solar hubiera despertado la codicia de más de uno... y por alguna razón la casona seguía en pie. Quizás, si la tentase con el cuento de que estaba haciendo un trabajo sobre mansiones antiguas...

¿Y por qué no recurrir a Escher?, pensé. ¿Qué pasaría

si, como dijo Celia, entraba en el juego con las mismas armas? Si alguna vez aquella fue la casa de Carelia (o de Araceli), allí sabrían algo de ellas, y en una de esas descubriría algo más.

Resolví arriesgarme y una mañana llamé a la puerta. Tras mucho insistir, y supongo que gracias a los enloquecidos ladridos del perro, la anciana de negro salió al sendero y se acercó lentamente hasta la verja.

—Dígame —dijo secamente, pero antes de que le contestase continuó, con un acento vagamente extranjero —: No compro nada, ni doy limosnas, ni la casa está en venta. Dígame ahora qué desea.

—Verá... —mentí—. Soy licenciado en arte y estoy haciendo un trabajo sobre Escher...

—¡Oh, sí!... Escher... —dijo rápidamente la anciana, pronunciando el nombre de un modo diferente al mío.

—Es que me dijeron que aquí vivió una pintora que se inspiró en él y me gustaría saber más sobre ella. Mire, no voy a tardar mucho. Sólo quiero hacerle unas preguntas, un par de datos, nada más. Es que con esto acabo mi doctorado, ¿sabe?

La mujer me miró largamente, repitiendo como en una letanía: «Escher... Escher...». Traté de poner cara de súplica y la anciana finalmente suspiró e hizo una mueca parecida a una sonrisa, sacó una llave del bolsillo y comenzó a abrir la verja. Se cogió de mi brazo y caminamos hacia la casa, mientras repetía otra vez: «Escher, vaya hombre... Creí que no volvería a saber de él».

Entramos por una puerta lateral y me condujo a una sala con grandes ventanales que daban a un patio de aire morisco. Se veía bastante ruinoso, como todo el resto, incluso la fuente del centro parecía seca desde hacía años. Sacó unos vasitos de cristal y un botellón de licor.

—Mandarinas —explicó—. Lo hago yo misma y aprovecho las pocas visitas para darme el gusto. Sírvanos, jovencito, y no se prive, quizás hasta le regale una botellita.

Se lo agradecí: para alguien que hacía mucho que superó la treintena lo de «jovencito» era todo un cumplido.

—Es que aquí donde me ve, estoy pisando los ochenta. Por lo tanto usted es un jovencito... —aclaró, entre sorbo y sorbo.

Reclinó la cabeza en el respaldo y miró hacia el patio. La sala estaba llena de cuadros pero la luz no llegaba hasta ellos.

—Nunca pensé que volverían a preguntarme sobre Escher. ¿Cómo llegó hasta aquí?

Me sentía absolutamente aterrado pero no había otra salida que seguir la farsa del mejor modo posible.

—Como le dije, conocí a una dibujante que...

—¡Oh, sí, sí! —me interrumpió la anciana y después meneó la cabeza—. Estas muchachas... cómo son. Me juraron que jamás hablarían de él, pero en fin... ¿qué quiere saber?

Suspiré y me lancé de lleno:

—¿Cómo lo conoció?

Cuando volví al hotel, algo más de dos horas después, estaba demasiado confundido para sentirme furioso. La historia de la anciana me había aclarado casi todo, pero aun en ese margen que se mantenía en la penumbra, encontré nuevos interrogantes, cuya solución podía llevarme otra vez a callejones sin salida. Los detalles se engarzaban a la perfección y en las palabras de la mujer no encontré un asomo de malicia. En cambio, si le hubiese contado la continuación de la historia, la que yo conocía, habría pensado que era una absoluta patraña, no sólo por incomprensible sino por la feroz diferencia con la imagen de aquellas «muchachas» suyas, de las que habló con tanta ternura. La maldad, para ella, no estaba incluida en «La cinta de Escher».

Y sobre todo podía tranquilizarme: ahora estaba seguro de que Carelia no estaba muerta.

Pero me quedaba una gran duda: ¿por qué yo? ¿Qué papel me tocó en aquella farsa e, incluso, en qué terminaría?

Tenía unas ganas enormes de gritar. Y lo hice: en la plaza del Ayuntamiento acababa de comenzar una *mascletá*, y en medio de aquel terremoto de bombas y petardos nadie me escuchó, nadie se asombró de que gritase tantas veces «¡Putá!», mientras se me llenaban los ojos de lágrimas, probablemente por el humo de la pólvora.

Comí algo y me tumbé a dormir durante horas. Cuando alguien llamó a mi puerta ya era de noche, y en el fondo deseé que fuese la policía para acabar con todo de una buena vez. Pero era Charly, aquella suerte de sombra oscura que no se me despegó durante mis días en Valencia.

—Arriba, camarada —dijo con su sonrisa de teclado—. Tenemos trabajo.

Entre la gente de mi oficio todo es ambiguo. Las amistades inquebrantables se quiebran por una simple tontería, y en cambio puedes encontrar la solidaridad más conmovedora en una prostituta a la que acabas de conocer. Nos respetamos por simple sentido de supervivencia, como los perros que orinan marcando el terreno, pero al menor descuido nos damos el tarascón. Entretanto, nos movemos en un mundillo de apariencias y simulaciones que nos permite soportar el mundo verdadero, trasladando a lo cotidiano los mismos recursos que nos dan de comer. Como la Petete (a quien creía conocer tanto y ahora menos), que podía andar por casa hecha un guiñapo con el mismo porte de chica Playboy con el que transitaba las calles de la Zona Franca, repitiendo ante los espejos sus guiños de cortesana y sus mohines de putarraca.

Con Charly sentía lo mismo, no podía negar que su ayuda era enorme, pero aun así no podía evitar una

sensación de desconfianza, una luz de alerta que definitivamente se instaló en mi cerebro después de aquel domingo con Carelia.

—¿Has hecho fotos porno alguna vez? —me preguntó, mientras tomábamos un café.

—En mi vida —le contesté—. Pero sé que pagan una mierda.

—Y un churro —replicó—. Depende de adonde vayan. Estos buscan gente selecta para revistas buenas. Se compran poco por aquí, pero en el centro de Europa y en Asia se venden como rosquillas. Pagan un pastón, tío. Y no requiere tanto esfuerzo como un polvo. Sólo hay que mantener la picha tiesa cuando hace falta y punto... y tú sabes mantenerla, qué joder.

Me dijo lo que pagaban y me animé. «Es porno del raro», aclaró, mientras caminábamos hacia el estudio. En el elenco figuraban tres mujeres, Charly y yo, y se trataba de fotografías para sadomasoquistas siguiendo un guión más o menos prefijado, pero que daba amplio margen a las improvisaciones.

—Lo pasaremos pipa con tres tías fenomenales y además cobraremos. ¿Qué más quieres, eh?

Me encogí de hombros. La vida sexual se limitaba en mi caso a un par de polvos diarios, como mucho, y en más de una ocasión ni siquiera llegaba a correrme. Me había metido en ello por simple placer y por la facilidad con la que se me daba, y acabó siendo mi oficio, de modo que tenía una noción poco menos que tradicional del sexo. Tampoco mis clientes buscaban otra cosa que pasárselo bien con un tío que les hacía lo que esperaban y por alguna razón no lo obtenían de otra forma que pagando. Pero lo que se dice rarezas no, y aunque entre nosotros circulaban anécdotas increíbles (mucho más entre mujeres, travestidos y transexuales), las mías se limitaban a un par de historias con *voyeurs* y algunas palmadas en el culo, pero nada más. Los vibradores y las esposas están tan extendidos que son como el champú y el kleenex: siempre están ahí para cuando uno los necesita.

De allí mi desconcierto inicial en aquella memorable sesión de fotos.

El estudio era pequeño, poco ventilado y hacía un calor de mil demonios. Entre reflectores, trípodes y cables, contra una pared que simulaba los azulejos de un hospital o algo así, había un arsenal de instrumentos de tortura, de esos que sólo se ven en algunos *sex-shops* y en las películas de Boris Karloff. A un lado, charlotteando mientras fumaban, estaban listas las tres mujeres con antifaces y capuchas de verdugo.

Al parecer yo era el único novato, puesto que el director, un sujeto bajito y con una enorme mala leche, me hizo desnudar sin más preámbulos y a la vista de todos. Las chicas silbaron y el hombre las miró con odio.

—Bien —dijo después de revisarme hasta los sobacos—, ni granos en la espalda ni cicatrices de apendicitis, ve a vestirme que comenzamos en dos minutos.

Me bastó con eso: mi «vestuario» consistía en el consabido *slip* con la cremallera, dos muñequeras y otras tantas tobilleras también de cuero negro con anillas a los lados. Mientras lo hacía, el director me endilgó un discurso que vendría repitiendo desde la infancia puesto que lo largó casi sin respirar.

—Las fotos son para revistas sadomaso —dijo—, específicamente para gente que disfruta con la visión de mujeres sodomizando hombres. Recuérdalo bien: eres un esclavo y *sólo ellas* gozan con tu tortura. El máximo dolor tuyo constituye su mayor placer, me refiero al placer de los clientes de la revista. Nosotros lo simulamos y se lo ponemos al alcance de sus ojos. Por lo tanto quiero mucho músculo en tensión y cara de sufrimiento. Habrás de excitarte, pero eso es también parte de la tortura. ¿Está claro?

Asentí y me dirigí hacia el grupo de artistas, donde Charly se dejaba untar entre risas con un aceite espeso que le dejó el cuerpo charolado y brillante.

—Ahora le toca a Jerry —dijo.

—¡Va! —nos urgió el director.

—Tiene mucho vello —soltó una.

—Tú en la espalda y yo delante —dijo otra, ahuecando la voz bajo la máscara. No le pude ver el rostro, pero me pasó el aceite con demasiado regodeo, hasta quedar pringado desde el cuello hasta las piernas.

—¡Ahora está hecho un pegote! —rio una—. Tiene los pelos pegados al cuerpo.

—Ya lo sé —dijo la de la máscara.

Trajo un peine y me reacomodó el vello con rapidez, pero cuando acabó me lo hincó brevemente en las tetillas y murmuró como para sí unas palabras que me pusieron en alerta. Eran las mismas que dijo una vez Carelia:

—Ya está. Vuelve a parecerse a una palmera...

La miré cuando se alejó hacia las luces: podía ser ella o no. Las tres vestían versiones diferentes de esos trajes de charol negro muy ajustados, típicos del ambiente sadomasoquista. Mostrando más de lo que ocultaban, los arneses sujetaban anillas por donde emergían los pezones, en tanto que sus sexos se enmarcaban en ojales recubiertos de puntas de metal. Las chicas tenían un aspecto verdaderamente imponente, con aquellas botas hasta el muslo y unos tacones de acero que daban frío tan sólo con mirarlos.

El director ordenó silencio y dispuso las primeras tomas. Como un perfecto principiante sentí un asomo de pánico: aquel ambiente de látigos, correas y mujeres enmascaradas imponía una atmósfera de amenaza y crispación desconocidas. Aquello no podía formar parte de la trama, pero Carelia *podía ser* una de ellas, y la sola idea de pensarlo me producía un sentimiento ambiguo de excitación y miedo. «No me tremparé», pensé mientras me colocaban unas cadenas en las manos y los tobillos, «no se me empinará ni aunque me la menee la Meneítos», una puta que se anuncia como «especialista en masaje glanderiano».

Pero aquel equipo tenía tablas de sobra, y si bien no puedo decir que me haya sentido humillado o dolorido por los supuestos «castigos» de las amas, la excitación

llegó por otras vías. Fue como una larga seducción, un alternarse de momentos de violencia detenida y estáticas caricias, de cercanías que no llegaban al contacto, puro deseo postergado una y otra vez, como el que sentirían los *voyeurs* de la revista. Mas mi compañero y yo sentíamos de verdad, mientras duraban las tomas, el contacto amenazante de los tacones como agujas hincándose en las tetillas, el amago de un látigo blandiendo sobre la espalda pero que, tras el resplandor del flash, caía blandamente sobre el estremecimiento de la piel.

El director nos pedía unos segundos de músculos contraídos por la tensión y el dolor. Obedecíamos, el mulato y yo, hinchándonos como pavos, orgullosos de sentirnos fuertes y deseables, mientras las cámaras buscaban ángulos y claroscuros, plasmando para futuros placeres aquella exaltación del macho derrotado. Y también exigía de las amas los gestos más feroces, las poses más retorcidas e insinuantes. Ellas *debían* sentir placer sexual con el castigo y con la humillación de los esclavos. Y mientras alguien nos pintaba un rastro sanguinolento atravesándonos el pecho, las luces se centraban en una vulva acariciada por uñas rojas y feroces, en una lengua lamiendo el borde de sus labios, antes de que el mango de una porra se incrustase en ella poco a poco. Nos castigaban con el dolor, pero también con el deseo retenido. Nos masajeaban con aceites hasta tremparnos, pero sólo para que el fogonazo dejase testimonio de dos sexos que no llegaban a tocarse, de una boca que recorría el borde de una anilla sin llegar a los pezones. El vello de las amas, encerrado entre cueros y metales, rozaba apenas el extremo de nuestras bocas y después se retiraba, para dar paso a otro castigo, al tensarse de las cadenas y correajes, mientras ellas se besaban y acariciaban la una a la otra, dejando que los esclavos nos limitásemos a mirarlas, retorcidos de dolor y ansia reprimida.

—Falta poco, un esfuerzo más —exigía el director,

desoyendo nuestras protestas—. No quiero perder el clima.

Pero el clima era agobiante. Ensopados de sudor, pegajosos de aceites y sangre simulada, nos entregábamos a repetir las poses una y otra vez, fingiendo sumisiones y castigos que no por falsos tenían el inconveniente del roce verdadero. Una de las muchachas, montada sobre mi cuerpo encadenado a una mesa, tuvo que dejar que hiciesen decenas de tomas de su coño a escasos milímetros de mi boca, tan cerca que podía sentir en las narices su turbador aliento de ultramar. He dicho que soy un profesional del sexo, pero también, como cualquier hombre, hay cosas que me excitan. Y jamás, lo juro, experimenté la acuciante proximidad de un coño al alcance de mi boca sólo para que le sacasen una foto, descansase un momento sobre mi pecho antes de acercarse otra vez para que, enfocado desde otro ángulo, ofertase sin cederme la carnosa hinchazón de sus labios, la jugosa presunción del interior donde ingresaba, sólo para el instantáneo resplandor, la fina garra de sus dedos.

Después le cedió el lugar a la mujer de la capucha, que se instaló sobre mis caderas con unas pinzas en las manos. Debía simular que me apretaba las tetillas mientras se retorció sobre mi cuerpo, que se sacudía contra su vulva. Repitió los balanceos tantas veces como lo pidió el director, aún más. Yo sentía el roce de las puntas sobre mi pecho, la presión inaguantable de sus carnes sobre mi polla. «Sigue así, muy bien, no te detengas», decía el director. Y ella bajaba, subía, se restregaba y volvía a elevarse, mientras el tableteo de la cámara captaba la copiosidad de su pubis aplastando la vana dureza de mi sexo. Sudábamos. Sudábamos mucho, y todo movimiento era lubricado y fácil, los roces y el resbalar de un sexo sobre el otro nos indujo primero a la cadencia y después a la progresiva audacia. No supe hasta qué punto yo *quería* que apretase las pinzas sólo para que se restregase un poco más, que prolongase unos instantes el contacto de los sexos. Y no sé si ella, anhelosa y ardiente como un

ama de verdad, no encontraba placentera aquella fricción sobre mi cuerpo, sobre la frondosidad de mi pubis, sobre la rudeza de mis muslos, que golpeaban inútilmente en medio de los suyos. «¡Para!... ¡Para un momento!», tuve que suplicar, sintiendo que un solo movimiento más me precipitaría en la humillación de la derrota. Vi un destello de malicia detrás de la máscara y se sentó sobre sus talones, mirando divertida los latidos de mi sexo, como esperando la estampida. Cerré los ojos, en medio de un silencio expectante. «Está bien... seguimos con otra toma», dijo el director y ambos resoplamos, yo con alivio y creo que ella con disgusto. No se molestó en quitarme las correas, pero entrelazó sus dedos entre el vello de mi pecho y me dio un par de palmaditas comprensivas en la cara, como quien premia los esfuerzos de un perrillo amaestrado.

Mientras las tomas se reanudaban con Charly, entré a refrescarme al lavabo. Me eché un poco de agua en la cara y me pasé una toalla húmeda por el cuerpo, que no perdió su fuerte olor a aceites y sudores. Tenía unas ganas tremendas de masturbarme y comencé a hacerlo allí mismo, untándome la polla con la grasa que me brotaba de los poros. Bajé la tapa del inodoro y me apoyé en la frescura de los azulejos. Entonces se abrió la puerta y la mujer de las pinzas se plantó ante mí, indicando que callara con un dedo sobre los labios de la máscara. Miró el sexo entre mis manos y murmuró: «Yo también lo necesito».

Se sentó sobre mí e hicimos el amor allí mismo. Esta vez me dejó morder con rabia sus pezones apresados en las anillas, penetré como un animal hambriento entre los bordes de la hendidura, sin que me importaran las puntas de metal que se clavaban en mis ingles. Cabalgamos uno en el otro con furia, con deseo y sin ternura, besé rabioso su máscara callada, lamí sus arneses y empujé hacia arriba, hasta que ambos, al borde del ahogo, acabamos de vaciarnos mutuamente. Se levantó y no abrí los ojos, sintiendo haber traspuesto uno de aquellos extremos que,

a la vez de tocarse, son decididamente peligrosos.

Supongo que follamos sobre la tapa del inodoro porque la otra solución era matarnos, y eso, francamente, era una verdadera indecencia, especialmente durante las Fallas.

Cuando salí del lavabo las luces ya estaban apagadas y los demás terminaban de vestirse. Ella ya no estaba. Llamé aparte al director y le pedí un favor.

—Oye... —le dije—, no quiero ver las fotos...

—Tampoco te las daría —me interrumpió el enano—. Pero puedo conseguirte la revista.

—Sólo te pido algunas, las de las pruebas. Son para mi *Book*, ya me entiendes.

Quedamos en vemos unos días después. Mientras buscábamos un taxi, le pregunté a Charly dónde se habían ido las chicas y si podríamos encontrarlas.

Al mulato le brillaron los dientes en la penumbra.

—Tranquilo, colega. No te darán ni la hora, te lo dice un amigo. Además, las tres son lesbianas.

Tuve un presentimiento y, otra vez, intenté saber si los extremos se tocaban.

—A ti también te tienen cogido en su jodido juego, ¿no?

—¿En qué juego? —preguntó Charly.

—Nada... Olvídalo.

Pero cómo explicarle que el cuerpo tiene también su propia memoria, como la de las plantas y los animales, una memoria que no está en la cabeza sino en la piel. Cómo decirle que ahora tenía la seguridad de no haber estado con Carelia sino con su imagen deformada, con aquella suerte de copia en negativo que la miraba desde los rincones de sus cuadros.

Pero Araceli se había esfumado otra vez, y en las calles flotaba el mismo olor a pólvora quemada. Valencia seguía en Fallas.

«Mi padre era capitán en la Compagnia Adria, de Fiume», había dicho la anciana. «Hacía cruceros por el Mediterráneo y cuando mi madre conoció esta ciudad decidieron que viviríamos aquí y compraron esta casa. Un día le presentaron en la empresa a un dibujante holandés que había hecho una extraña oferta: pagaría su billete con dibujos y grabados que realizaría durante el viaje. Algún romántico de la dirección dijo que sí y de ese modo comenzó a realizar travesías en los barcos de mi padre. Era el año 36, si mal no recuerdo, y como supondrá, el artista no era otro que Maurits Cornelis Escher. En uno de los viajes de Génova a Valencia se embarcó también Jetta, su mujer, y mi padre los invitó a pasar unos días en la ciudad antes de retomar a Génova. Yo tenía entonces dieciocho años y mi hermano doce, y todos nos enamoramos de aquella pareja encantadora, especialmente de Maurits, que nos dejaba espiar mientras hacía veloces bocetos de todo lo que veía. No los volvimos a ver, pero desde entonces, y en años sucesivos, seguimos recibiendo un par de veces al año los dibujos y grabados que conservamos aquí. Si quiere verlos, acompáñeme, pero no se haga ilusiones: mientras yo viva jamás saldrán de esta casa».

Encendió las luces y en efecto, en las paredes de la sala, sobre las consolas y repisas, conté más de treinta cuadros, entre dibujos, bocetos, litografías y grabados. Algunos eran conocidos, pero en cambio otros, casi la mayoría, eran auténticos y valiosísimos originales. Por ejemplo descubrí una inédita vista de Sagunto, un grabado oscuro y misterioso del Turia, reflejando una luna traspasada de aves, y hasta una perspectiva de las Torres de Serrano plasmada en el espejo curvo sostenido

por una joven.

«Soy yo», dijo la anciana con una sonrisa arrebolada.

«¿Y estos?», pregunté, señalando una larga serie de bocetos imprecisos pero muy conocidos para mí, al final de los cuales, como si se tratara de la obra terminada, había una copia de la litografía que repetía obsesivamente Araceli. Pero no me inquietaron tanto como lo que había después: tres fotografías que produjeron en mi cerebro una suerte de explosión.

«¡Ah!», exclamó la anciana. «Es mi preferida. Debe de conocerla, porque es muy famosa».

«Sí», contesté. «Se llama *Arriba y abajo...*».

«... y llegó a nosotros alrededor del... lo pone allí», se acercó al cuadro y leyó: «Del 47, claro, lo había olvidado».

«Verá usted», continuó la anciana, «que hay dos niños en el cuadro. Dijo Escher que somos yo y mi hermano José, que en paz descanse, y si me acompaña a la galería le mostraré la misma escalera que aparece allí: es la que conducía al cuarto de las niñas. El arco y la ventana enrejada de arriba también existen, el resto es de la imaginación de Escher, que acostumbraba a tomar bocetos de todo y ensamblar después los paisajes y las casas como un rompecabezas».

Como Araceli, o Carelia, qué importaba ya, pensé.

«¿Y estas fotografías?», pregunté.

«¡Oh, sí! Todo a su tiempo... No las entendería si no le explico su historia. Acompáñeme».

Fuimos entonces a conocer la dichosa escalera, aunque no era preciso: yo *sabía* cómo era, acababa de recordarla. Sólo que quería saber por qué motivo, tantos años después, la misma escena pero con los personajes cambiados estaba reproducida en una fotografía del cuarto de la Petete.

«La palmera del cuadro también estaba allí, en el lugar de la fuente», señaló la anciana. «La destrozó una tormenta y nos dio tanta tristeza que no quisimos plantar otra. Mis nietos estaban tan desolados que Mauricio hizo

traer esa fuente de Sicilia y allí está, la pobre, sin agua ni pájaros, pero en fin... así es la vida... Entremos». La mujer volvió a servirme una copa de licor y trajo una jarra de agua fresca. «Pero usted querrá saber algo de mis nietas, supongo. De las artistas de la familia».

«Sí, por supuesto», asentí, tratando de dominar mi impaciencia.

«Escher murió en el 72, pero su espíritu siguió para siempre en esta casa. Yo me casé y tuve dos hijos, a quienes llamé, naturalmente, Jetta y Mauricio, en honor a los Escher. Mi hermano tuvo también un hijo pero murió, como su madre, durante el parto, y José los siguió unos años después, destrozado por la pena. Jetta tuvo dos hijos y se hizo pintora, como yo, y creo que el mismo fuego se transmitió a las muchachas, a quienes supongo que usted conoce».

Asentí. La anciana calló unos instantes, sumida en sus recuerdos.

«Fuimos una familia feliz y al mismo tiempo desgraciada», continuó tras un suspiro. «Los hombres murieron jóvenes: mi marido, mi hermano José y su hijo, y finalmente Mauricio, mi propio hijo. Supongo que eso habrá influido para que las muchachas no quieran casarse y se hayan hecho agrias y solteronas. Los hijos de Jetta son Carla, que se hizo pintora y galerista, y José Luis, un vago que se mudó a Barcelona y no volvió más, aunque me envía dinero y unas cartas que me hacen morir de risa. Es el único varón de la familia que aún vive, porque Mauricio tuvo una sola niña, Annelise, que también dibuja».

Supuse que, evidentemente, no sabía que su amado nieto era un varón a medias, un travestí con pene de caballo y tetas de silicona.

«Después de separarse, Jetta se fue a vivir a Venecia y trabaja allí de restauradora. De modo que me tocó criar a mis tres nietos y, que Dios me perdone, fue la época más feliz de mi vida. Crecieron en libertad, llenando esta casa inmensa con sus juegos y sus gritos». La mujer dejó salir

un hondo suspiro y continuó. «Los echo en falta pero así es la vida, se hicieron mayores y querían volar...».

«¿Y las fotos?...», insistí. «Las que reproducen la escena de *Arriba y abajo*...».

«Sí... sí, lo olvidaba», rio la anciana. «Fue una travesura que hicimos con mi hermano y después se convirtió en una tradición. Reproducen la parte inferior del cuadro original y habrá visto que hay tres. En la primera estamos José y yo. En la segunda están mis hijos, Jetta y Mauricio. La tercera corresponde a José Luis mirando a su hermana Carla. Había otra, tomada desde una escalera apoyada en la pared, en la que se reproducía la parte superior del dibujo de Escher. En ella estaba otra vez José Luis mirando a mi nieta Annelise. Jamás supe quién de los tres se la llevó».

Era inútil decirle que aún colgaba como un fetiche en el piso de la Petete.

«Hábleme de las muchachas», pedí, «las artistas de la familia».

«¡Oh, por supuesto! Olvidaba que para eso se ha molestado en venir hasta aquí... y yo lo estoy mareando con mis historias».

«Al contrario...», le dije. «Son muy interesantes, me agrada conocer todo lo que rodea la vida de los artistas y Annelise es una de las pocas que...».

«¡Ay, qué muchacha!», interrumpió la anciana. «Si quiere que le diga la verdad, sus últimos trabajos no me gustaron demasiado. Antes era más... más libre, eso es, más espontánea. Esa muchacha se obsesionó con Escher, como todos nosotros, pero creo que llevó demasiado lejos el juego. Ha perdido originalidad, se repite a sí misma, a Escher, e incluso a...».

«Delvaux...», dije, con un tono de suficiencia.

«¡Diablos!», exclamó la mujer. «Sí que la conoce, es usted un buen observador... Excelente, excelente...».

Sonreí con humildad pero envié un beso mental a Celia, la azafata de Madrid, gracias a quien podía afrontar aquella visita con cierta solvencia.

«¿A qué juego se refería usted?», pregunté.

«Fue uno de los tantos que inventaron aquellos diablillos», siguió la anciana, después de beber un sorbo de agua. «Le dije antes que en esta casa quedó para siempre el espíritu de Escher. Eduqué a Jetta y a mis nietos para que fuesen artistas, aunque al fin y al cabo lo hubiesen sido sin mí. Aprendieron a dibujar antes que a leer. Primero yo, luego mi hija y las muchachas, hacíamos bocetos y dibujos de todo, siguiendo la técnica de Escher. Era un hombre realmente hermoso y fascinante, no me avergüenza decir que me enamoré perdidamente de él, pero yo tenía dieciocho años y cuando se fue me quedó un vacío tan grande que sólo atiné a dibujar y dibujar, como él... En fin, hablábamos de las niñas. Como había hecho con Jetta, las envié a una academia, pero cuando aprendieron un poco de técnica la dejaron y siguieron por su cuenta. La más constante fue Jetta, que estudió mucho, se dedicó a la restauración y con ello se ganó buena fama en Italia. En cuanto a las niñas, no me preocupó tanto que dejaran la academia como que comenzaran a meter a Escher en todo. No me refiero a su técnica, sino a su modo de pensar, a lo que ellas *suponían* que estaba detrás de sus obras: el juego, el engaño, la extrañeza. En fin, una búsqueda de la sugestión y lo anormal, cuestión que en un artista está justificada, pero que es algo demasiado... diría que demasiado intelectual para unas niñas. Comenzaron por abusar del parecido entre ambas, incluso a exagerarlo: la misma ropa, el mismo corte de pelo, las poses repetidas. Pero después incluyeron en el juego a José Luis, que se llevaba fatal con su hermana pero adoraba a Annelise. Era ella, justamente, quien estaba siempre detrás de todo, el verdadero cerebro. Era complicada y agresiva, los otros vivían dominados por ella. Jugaban permanentemente con acertijos, enigmas, historietas que duraban días, incluso semanas, trastocando la vida de todos. Eran travesuras, simples travesuras, como confabularse para actuar con los nombres cambiados, de modo que cuando preguntaba

algo a Carla, contestaba José Luis, o Annelise. Todo consistía en descubrir pronto la clave o nos volvían locos, así que acabábamos entrando en el juego para que volviesen de una buena vez a la normalidad. Pero la calma duraba el tiempo que tardaban en madurar otra idea al estilo Escher: algo que tuviese que ver con espejos invisibles, metamorfosis, repetición de esquemas y cosas por el estilo, leyes que había que descubrir pronto para comprender el juego y acabar con sus payasadas. Eran realmente unos diablillos, pero tan divertidos, tan vivos, tan diferentes a los otros niños... Su juego predilecto se llamaba “La cinta de Escher”, y consistía en algo en lo que siempre intervenían tres cosas, ya fuesen personas, objetos o ideas... pero siempre tres, como ellos. Si algo se perdía, por ejemplo, yo debía encontrarlo a través del reflejo de tres espejos, o con la resolución de tres claves. Los cuentos y acertijos se componían de tres partes, de tal modo que la tercera significaba un retorno a la primera, y así. No me costaba resolverlos, incluso le diré que aquello me divertía mucho, pero hubo momentos en que tuve que darles una tunda y prohibirles el juego por un tiempo. Por ejemplo cuando metieron una gata en algún lugar y no pude darle de comer hasta no dar con tres claves. Estuve una semana desesperada y no hubo extorsión posible. Finalmente la encontré casi famélica dentro de una lavadora en desuso. Los encerré a los tres en un cuarto, comiendo sólo arroz con leche durante tres días, cosa que siempre les repugnó. Fue un buen escarmiento, pero al poco tiempo andaban otra vez haciendo barrabasadas con la dichosa “cinta”...».

«Pero entonces», pregunté, «¿qué es “La cinta de Escher”?».

«Nada...», replicó la mujer. «El hilo, la cinta invisible que une sus actos y sus vidas, la relación oculta que ellos encuentran entre las partes de un todo. A veces pienso que al fin y al cabo es una ventaja, un modo de unión extraña pero inquebrantable entre los tres. Yo puedo morirme, Jetta también, pero ellos se tienen entre sí, y

eso me tranquiliza...».

No podía decir lo mismo, ahora que acababa de descubrir que yo no había participado jamás en ese juego, siendo más bien una figura de relleno, un comparsa, pero nunca el protagonista. «La cinta de Escher» me había utilizado en una de sus piruetas, pero los jugadores eran ellos: Carla–Carelia, Annelise–Araceli y José Luis–la Petete.

Me quedaba mucho por saber y preguntar a todos ellos, incluso a la anciana solitaria. Pero quizás había llegado el momento de manifestarme como protagonista de mi propia historia.

Hablamos alrededor de una hora más y, antes de irme, le pregunté:

«¿Sabe usted dónde puedo encontrar a Annelise o a Carla? Es muy importante para mí y no doy con ellas. Incluso me gustaría hablar con su hija Jetta».

«Es que las cartas, los giros y regalos me llegaron siempre a través del hombre de confianza de la familia, un abogado de la ciudad. No sé si es parte de sus juegos, pero al menos es un medio seguro, a veces no puedo moverme por la artritis, ¿sabe? Carla me llamó hace un tiempo diciéndome que pensaba irse a vivir a Italia. En cuanto a la otra no tengo idea, sólo puedo decirle que vive en algo así como... la Alhambra de Barcelona».

La miré extrañado.

«¿No querrá decir usted de... Granada?».

«No, no. En Barcelona, lo sé porque Annelise siempre tuvo tendencia a lo morisco, como cierta etapa de Escher, y una vez me habló de ese lugar. Probablemente se trate de un barrio, una calle o un edificio».

«Un acertijo de tres», opiné.

«¡Oh, no!», sonrió la anciana. «Puede estar seguro de que si tuviese la dirección se la daría gustosamente. Ha sido una charla encantadora. Vuelva usted cuando quiera».

Me regaló un pequeño botellín con licor de mandarinas y después me acompañó hasta la verja. Me

despedí de ella y la vi perderse por el sendero de grava, en dirección a la casa. Algo después el perro volvió a ladrarme.

Una de aquellas noches, después de la sesión de fotos, decidí visitar con Charly las fallas más alejadas del centro. Me interesaba especialmente una, la que había diseñado el dueño de la galería donde expuso Araceli. A pesar de lo que ya sabía, las «muchachas» seguían llamándose como yo las conocí. «Mis nietas se han cambiado los nombres toda la vida, cosa de locos y de artistas», había dicho la anciana. No le dije que ambas eran las dos cosas.

Había quedado tan fascinado con el espectáculo que olvidé por un rato mi búsqueda, borracho de cervezas y olor a pólvora. Aquellos mamotretos de cartón-piedra me parecieron la quintaesencia del juego y la alegría. En cada una de las fallas se sintetizan las críticas, las afecciones y rechazos de cuanto ocurre en el mundo, desde la política al arte, de la miseria al fasto, de todo lo que terminará, fatalmente, consumido por las llamas del tiempo. Valencia acaba siendo por unos días el paradigma de la época, una particular visión del mundo a la vez burlona y ácida, como si antes de quemarse para dar paso a la regeneración, fuese necesario que todo, incluso la misma ciudad, vuelva a contemplarse por última vez en el espejo de las fallas.

Era la noche anterior a la *cremà*, el gran incendio final, el comienzo del nuevo ciclo. Charly había intentado con rodeos alejarme del barrio de Mislata, donde estaba la falla diseñada por el galerista de la calle del Mar. Yo había visto un pequeño dibujo de la misma en una de las revistas, y mi curiosidad estaba plenamente justificada. Cuando fue inútil toda excusa, acabó encogiéndose de hombros con una frase que hacía tiempo debía haber hecho mía:

—Tú mismo..., pero ten cuidado.

Hacía un calor inusual para la época, por lo que a la mezcla habitual de pólvora y salchicha asada se añadía un olor a sobaquina y cuerpos apiñados. La fiesta llegaba a su fin, y a medida que crecía el entusiasmo menos importaban la cordura y los reparos. Entre falleras algo despeinadas y peñas de muchachotes hartos de cerveza, nos abrimos paso hasta el cruce de dos calles, en cuyo centro se alzaba la gran falla cuyo tema era algo así como «Ángeles y diablos». Un círculo compacto de curiosos y vecinos rodeaba las vallas, caminando en un doble anillo entremezclado que dificultaba todo intento de hacerlo en orden. Me abrí paso entre codazos y empujones hasta llegar a sus pies. Era tan imponente como todas, pero además de hermosa y sugerente, tuvo para mí un significado especial. No podía decir que fuese una imagen tridimensional de las visiones de Escher, pero indudablemente él estaba allí. Eran suyos aquellos dragones rabiosos mordiéndose su propia cola, esos ángeles hieráticos confundiendo la blancura de sus alas con aletas de murciélagos, y también los reptiles y serpientes, asomando sus ojos de codicia entre pájaros serenos y peces voladores. Subiendo alegremente a la cima de la Fama y el Dinero (una torre inverosímil con aire de *Belvedere*), una larga procesión de políticos, artistas y personajes notorios reía bajo una lluvia de cheques y monedas, sin percatarse de que la escalera era una sola e infinita, que bajaban y ascendían contando un dinero que de nada serviría, porque allá arriba, más allá de la Fama y el Dinero, un Ojo inmenso los contemplaba, impasible y frío, con una calavera eufórica en el centro mismo de la pupila.

Por fin, a pesar de él, la obra de Maurits Cornelis Escher se volvía sobre sí misma para reproducir, como en un espejo mágico, no la estudiada deformación de los objetos sino la de toda la existencia, la de este cochino mundo en el que los ángeles convivían con los demonios, donde todo ciclo era parte de una gran *Metamorfosis*, un

paseo circular que por más vueltas que diese, como en las *cintas de Moebio*, volvería al origen antes de extinguirse con el fuego.

Di vueltas y vueltas alrededor de la falla, magnetizado por la perfección de sus detalles, por esa mezcla tan lograda de ironía y amenaza, como si yo también diese un rodeo alrededor de mi propia vida.

Cuando por fin me detuve, acodado en la valla, descendí por última vez desde el ojo de la cúspide a los reptiles de la base. Fue entonces cuando recobré la noción del estrépito y el bullicio, del olor y el griterío. En ese momento, más allá de la falla, al otro lado del círculo de gente, un pequeño grupo me llamó la atención.

Eran tres: una chica, ataviada con el traje típico, escoltada por dos falleros demasiado guapos, diría que engalanados en exceso, con un lujo de detalles que llamaba la atención de todos. Ajenos a las miradas de curiosidad y reproche, se acariciaban y mimaban con un desparpajo poco habitual, como si disfrutasen con la provocación y el escándalo. La muchacha, alta y hermosa, se dejaba besar apasionadamente por uno y otro, pero ellos también lo hacían entre sí, intercambiando bromas y caricias. Los miré con más atención: había algo extraño en los dos hombres, más allá de la procacidad de sus gestos. Descubrirlo y abalanzarme hacia el grupo fue instantáneo. Eran tres mujeres: sin los antifaces y los trajes de charol, transformadas otra vez para el engaño, las tres chicas de la sesión de fotos miraron al unísono hacia donde yo estaba. Y una de ellas, oculto el pelo bajo un pañuelo de seda, disimulados sus rasgos bajo el experto maquillaje, no podía ser otra que Araceli... o Carelia.

Una mano me sujetó con fuerza.

—Por favor, no las sigas —dijo el mulato con un gesto de terror que lo delataba—. Yo también...

Me solté e intenté llegar hasta ellas pero se perdieron con rapidez entre la gente. Me abrí paso otra vez, a codazos y trompicones, superé como pude la muralla de

cuerpos apiñados y arribé al otro lado. Miré a todas partes y era imposible divisarlas, empujé a un borracho, subí a un barril de cerveza y sólo alcancé a ver, por un segundo, las tres figuras que doblaban la esquina. Me abalancé otra vez hacia allí. Había menos gente, pero aun así aparté a los viandantes sin reparos, haciendo piruetas entre puestos de buñuelos fritos, tablones con bocadillos y cajas de bebidas. Cuando desemboqué en la esquina volví a perderlas, pero eché a correr otra vez hacia una calle oscura. La última en entrar fue la fallera, y me ayudó el brillo fugaz de sus peinetas, perdiéndose en la entrada de un portalón en sombras.

Llegué jadeante hasta la puerta. Tomé una bocanada de aire y entré. Lo último que alcancé a percibir fue el olor picante de un grueso paño que se apretaba en mis narices.

A partir de allí todo estuvo envuelto en una pesada neblina, y lo ocurrido pudo estar entre el sueño y la realidad. Sólo recuerdo que desperté desnudo sobre una cama, en un cuarto impreciso y poco iluminado, y que tenía la boca seca y pastosa. No estaba atado pero tampoco podía moverme, alguien me levantó la cabeza y me hizo beber un poco de café caliente y amarguísimo. Caí sobre la almohada y oí risas y susurros a mi alrededor. Podía verlas con dificultad, todo el tiempo a mi lado, incluso en algún momento encima, pero era tal la pesadez de mis miembros que no podía mover un solo dedo. Estaban las tres desnudas, y tengo la imagen de una lenta ceremonia de besos y caricias, probablemente menos pausada y más concreta de lo que alcancé a percibir, pero en aquella bruma narcótica perdí muchas veces la conciencia y la noción del tiempo. Alternaban sus bocas y sus manos, tan pronto dedicadas a recorrerse unas a otras como a dejar que fuese una la que recibía el homenaje de las otras. No había prisas, o al menos tengo la sensación de haber pasado horas y horas asistiendo

pasivamente a la confusión de frotos y mordiscos, de bocas rojas lamidas por otras bocas rojas, de senos apretados contra otros, de vulvas que se unían a otras vulvas. Estuve allí, pero no puedo recordarlo en todos sus detalles, salvo el picante aroma que emanaba de aquel trío, mezcla de sal marina y rosas maceradas.

Cerraba los ojos y era peor: esperaba dormirme y despertar en mi mundo conocido, pero un enjambre viscoso de peces y serpientes se enroscaba entre mis piernas, impidiendo con sus colas que yo me levantara. Los abría otra vez y la ceremonia continuaba. Una de las mujeres apoyó su cabeza sobre mi pecho, otra cayó encima de ella y la tercera también se inclinó a besarlas, de modo que sus cabezas se juntaron a un palmo de la mía. Pude oír los chasquidos de sus bocas, pude ver el hilo de saliva transitando entre las lenguas, pude oler el hálito a tabaco y flores secas... pero no pude tocarlas. Juntaron sus sexos sobre el mío, inerte como un pájaro sin vida, restregaron sus vellos contra el mío, arañaron mi cuerpo con sus uñas y unas nalgas poderosas se incrustaron sobre mi boca, pero sólo para que viese de cerca aquel tatuaje infame que adornaba los sobros de Carelia. Después se tumbaron a mi costado y reiniciaron lenta, infinitamente, la ronda de besos y caricias. Antes de caer otra vez en la pesadilla de *ninots* en movimiento, de murciélagos y ángeles, oí cómo los jadeos de las mujeres se mezclaban con el lejano retumbar de cohetes y petardos.

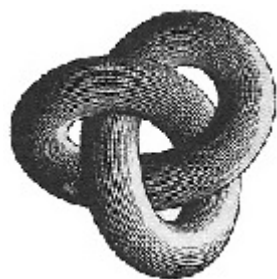
No sé cuánto tiempo transcurrió. Me desperté lentamente, pero esta vez pude recobrar enseguida la lucidez. Estaba en la oscuridad más absoluta, desnudo y encerrado dentro de algo así como una caja de cartón. Oí otra vez los petardos, la gente que gritaba, reía y silbaba, mientras una voz solicitaba a través de la megafonía que diesen paso a los bomberos. Intenté moverme poco a poco hasta comprobar que no estaba atado, y que aquella caja

no podía ser muy sólida. «¡Dos minutos para las doce!», gritó la voz y le siguió una algarabía infernal. Me sentí desfallecer de terror: ¿no estaría yo dentro de una falla? «No puede ser», me dije, «esto no me puede suceder a mí». Volvieron a mi mente las imágenes de la falla, la persecución y después, como en un sueño, aquella voluptuosa ceremonia. «¡Un minuto!», y la multitud rugió casi en mi oreja. El pánico me hizo recobrar las fuerzas y comencé a dar gritos y patadas a la caja. Di puñetazos al cartón y me destrocé las uñas y los pies tratando de salir de aquel encierro. «¡Treinta segundos!», chilló la voz, apenas audible entre la algarabía y la rechifla. Grité cada vez más aterrorizado, mientras mis piernas comenzaban a abrirse paso. «¡Tienen que verme!... ¡Tienen que oírme!», rogué desesperadamente. Junté todas mis fuerzas y logré hacer estallar la caja.

Me encontré de pronto en una habitación desierta y abandonada, junto a una ventana abierta y al lado mismo de un altavoz, justo en el momento en que se oía «¡Las doce!». Me asomé a la calle, descompuesto de terror. Allí, cinco pisos más abajo, comenzaba a incendiarse la Torre de la Fama y el Dinero. Ardieron en minutos los ángeles y los demonios, los *ninots* de políticos y artistas, los peces y los pájaros. Saltaron hacia lo alto miríadas de chispas y bengalas, mientras la multitud rugía, mirando sin ver que más arriba del Ojo con la calavera, otros ojos lloraban de furia e impotencia, definitivamente humillados por el final de una venganza.

Bajé las escaleras como un sonámbulo. Ya en la calle, nadie prestó atención a un borracho que se alejaba de espaldas a las llamas y a los fuegos de artificio. Era inútil buscar a Charly o al dueño de la galería, seguramente eran como yo, víctimas de «La cinta». También era vano permanecer un día más en Valencia: la Fiesta había terminado.

**Tercer giro:
Barcelona–Venecia**



Me llevaría mucho tiempo reorganizar mi vida pero lo tenía todo decidido. La noche siguiente a mi regreso, antes de dar los primeros pasos, me armé de la paciencia necesaria y esperé que la Petete estuviese fuera de su casa. Sería la última vez que yo entrase allí, aunque estaba seguro de que después de mi visita ella también huiría como una rata: la conozco bien.

No cometí desorden alguno, pero mi requisa fue absoluta. No dejé rincón sin revisar ni cajón sin revolver. Al fin conseguí lo que buscaba: algunas fotos que mostraban claramente la transformación de José Luis en la Petete; con ellas me llevé otra, mucho más antigua, donde imitaba con Araceli la escena de *Arriba y abajo*. Pero también, por casualidad, di con algo que no estaba en mis planes aunque tampoco resultó muy sorprendente: el dibujo que arranqué de su marco, aquella noche infame en el piso de Carelia.

Puse las llaves dentro de uno de los sobres con el nudo de Escher, lo dejé en un lugar visible y salí, no sin pensar otra vez que debía de existir algo, un motivo demasiado fuerte como para que la Petete me hubiese traicionado de esa forma. Era evidente que estuvo al tanto de todo desde el principio y, salvo en un momento muy puntual, sabía que su hermana no estaba muerta.

Pero me propuse dejar el rencor y la precipitación para más adelante, quizás para siempre. Antes quería llegar al final, dar con la clave del último juego de «La cinta». Más que una revancha, necesitaba saber el motivo de tanto encono, de tanta crueldad. Y para ello debía mantener la cabeza fría y el cuerpo caliente, como siempre.

Dediqué muchos días a mudarme de casa y de barrio,

a cambiar el teléfono y reiniciar el contacto sólo con aquellas personas que consideré absolutamente ajenas a mi historia reciente. Necesitaba tiempo, mucho tiempo, todo el necesario para que los conjurados recobrasen su tranquilidad, el ritmo de sus vidas, hasta que finalmente acabasen por bajar la guardia. Sólo entonces volvería a actuar.

Reorganicé mi agenda y comencé a tachar nombres. Algunos ni siquiera recordaba a quién pertenecían, a pesar del pequeño dato que acostumbraba a escribir junto a sus direcciones para poder identificarlos. Así, por ejemplo, apuntaba «Sra. M.: ¡ponerme desodorante!»; «Amalia S.: ropa suelta y pañuelo»; «Ferrán, dentista: ir por urgencias». Y así sucesivamente. Pero también buscaba entre tantos nombres alguien con quien pudiese aclarar algunas dudas, una persona que supiese algo más que yo sobre ciertas conductas, aunque entre mis clientes no recordaba haberlo hecho con ninguna psicóloga, o algo así. Por fin, casi al final de la agenda, encontré la persona que buscaba. ¿Cómo no pensé en ella? Era la única que podía estar allí, el único nombre en esa letra: Xenia Fagundes, parapsicóloga: Videncia, Tarot, Quiromancia, Carta astral, Horóscopo chino.

La había conocido gracias a Solange, una brasileña como ella, que me llamó por recomendación de no sé quién, ofreciendo una buena suma por mis servicios siempre que pasara antes por la consulta de «la Fagundes», como solía llamarla. Aquellos tiempos no estaban para andar con vueltas, así que fui a ver a Xenia, quien ya estaba al corriente de mi visita.

La pitonisa respondió a todos los *clichés* posibles, incluso para echarse un polvo conmigo a cambio de una «lectura» antes de que lo hiciera con la señorita Solange. Era una mulatona maravillosa, obesa, desmesurada en todo, tan intuitiva y sabia como carente de cualquier estudio. Casi analfabeta, suplía sus carencias chupando

tele como una obsesa, de modo que era capaz de citar de corrido una frase de Luther King o los libros de Cela sin otro recurso que su prodigiosa memoria. Supe así que no sólo la consultaba la nata de Pedralbes, algún facha asustado con la democracia y buena parte del cuerpo diplomático, sino que en otros tiempos habían caído entre sus piernas muchos de esos cuerpos, cosa que, decía, le iba tan bien al cuerpo como a la *butxaca*, una de las primeras palabras que aprendió en un catalán bárbaro y dulce, cuyo uso justificaba diciendo: «*Sóc catalanheira i prou*».

En fin, cuando tuve que dejarme «leer» por Xenia antes de visitar a la señorita Solange, ella me miró las manos pero después me acarició el brazo. «Los hombres con un antebrazo como el tuyo tienen la mitad de mi confianza», dijo.

«¿Y la otra mitad?», le pregunté, divertido con lo insólito de la situación.

Me miró pensativamente las palmas y concluyó:

«Podríamos averiguarlo en la cama. En cuanto a Solange no hay problemas, *menino*, está en buenas manos y en mejores brazos... Pero tú volverás aquí, sé que volverás, después de mucho tiempo. Veo a tres mujeres que aún no conoces pero que te traerán muchos líos».

Me llamó un par de veces más, no para «leerme» sino por hacer el amor. Era teatral en todo, incluso para follar como una diosa. Me rociaba con ramas empapadas en no sé qué mejunjes aromáticos, encendía velas ante imágenes vudú y después se santiguaba ante una Virgen. «¿Por qué lo haces?», le preguntaba, pero sólo para que me contestara lo de siempre: «No les pido nada, sólo les agradezco que estés aquí».

Una vez, tras la algarada de su orgasmo, le pregunté por la causa de su éxito. Hizo un guiño de confianza y me contestó:

«Pura psicología, *menino*. El santerío me ayuda, pero hay que saber escuchar y observar. Tengo mucha intuición y soy bastante bruja, pero lo demás lo aprendí

mirando. Me gano la confianza de la gente acertando cosas en las que jamás me equivoco. A cierta edad todos hemos tenido pérdidas, desamores y más de una amargura. La gente viene porque tiene una duda seria, no acuden a Xenia por *xorraítas*. Hay que ir largando cosas y observando los ojos, la temperatura de las manos y hasta el pulso de las venas. Las personas son como laberintos, hay que buscarles el centro poco a poco, no es fácil pero tampoco imposible».

«¿Y qué has visto en mí?», le pregunté.

Ella sonrió y me acarició largamente, desde el cuello a las piernas.

«Tú eres demasiado por fuera, *menino*, y vives de lo que eres por fuera. ¿Por qué te interesa lo que tienes dentro?».

«Algo habrás visto», insistí.

«Es que no hay nada», suspiró, después de una larga pausa. «Ni siquiera sé si alguna vez has amado a alguien. Pero no te preocupes, lo tuyo es dejarte amar. ¿Para qué quieres más?».

La encontré tan gorda como siempre, pero como tantas de su raza, varada en una madurez esplendorosa. Llevaba el pelo largo y suelto de tal modo que parecía brotar como una fuente, creando alrededor de su cabeza una nube oscura surcada por relámpagos de plata.

—¡*Menino*! —chilló al verme, antes de asfixiarme contra sus tetas, riendo a carcajadas—. ¡*Deus de la minha vida*!... ¡No puedo creerlo!

Conocía sus desbordes, así que me dejé achuchar y apretar todo lo que quiso, mientras renovaba sus grititos de asombro en medio del perenne tintinear de sus pulseras, amuletos y cadenas, que la perseguían como un enjambre de grillos enloquecidos.

Más tranquilos, frente a una botella de ron de caña que reservaba para los amigos, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—No estarías aquí si no tupieses un problema.

Asentí y me largué al cuerpo el primer vaso de una vez, tal como ella me enseñó. Quemaba hasta el alma, pero los otros entraban a gusto.

—Una vez me dijiste que tendría líos con tres mujeres...

—¡Bah! —exclamó riendo—. Fue una simple deducción. Un hombre como tú podría tenerlos hasta con una docena.

—Pero esta vez va en serio y no me aclaro —le dije, para después contarle paso a paso lo ocurrido.

Cuando acabé la historia nos habíamos despachado media botella. Xenia cruzó sus dedos bajo el mentón y se apoyó en ellos.

—*Menino*... —me dijo—, estás cosas sólo se hacen por amor. Y el problema está en que no has sabido lo que es eso en tu puñetera vida. Vives haciendo el amor, pero no lo sientes.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté—. ¿Qué me ponga de novio? Claro que me enamoré...

—... a los quince o dieciséis, ¿verdad? —rio ella—. Pero ¿alguna vez te ocurrió desde que estás en esto?

No tuve que pensar demasiado para contestar que no. Pero cómo explicar a Xenia lo que ella sabía: que en este oficio, especialmente los hombres, estamos más solos que la una. Ya dije que soy un tipo práctico, un cínico de mierda, por lo que me resulta imposible alquilarme para follar y al mismo tiempo estar enamorado. He visto, eso sí, a más de una prostituta hacer horas extra para sacar a su chulo de la cárcel, sólo porque lo amaba. Pero yo voy por libre y esas cosas no entran en mi vida. ¿Amor? ¿Hijos? Quizás cuando sea viejo y no se me levante ni con gingseng.

—Alguna de las tres se habrá enamorado de ti... —insistió ella—. Alguna vez habrás estado deseoso de verla, y las mujeres percibimos esas cosas, están más allá del pago. Sólo esa mínima ansiedad puede despertar en nosotras los sueños más descabellados. Piénsalo, *menino*,

vuelve atrás y medita. En el modo como las conociste puede estar el comienzo de tus líos.

Dije que sí y la miré. Xenia se echó la cascada de pelos hacia atrás y entre el campanileo de sus pendientes apuró el resto de caña y dijo:

—... Pero mientras lo piensas vamos a la cama. Quiero saber si sigues siendo el mismo.

No supe si lo era, pero Xenia estaba mejor que nunca. Se quitó de un tirón la túnica y me ofreció su cuerpazo de ballena ensortijada.

Porque la Fagundes no se quitaba las joyas ni para hacer el amor, lo que no era un impedimento sino un atractivo: toda ella se convertía en una fiesta, en una celebración del cuerpo llena de brillo y estridencias. Creo que hasta cantaba mientras me poseía.

Y es que no se trataba de amarla, sino de seguir como podía un larguísimo ritual en el que ella era la oficiante y yo su monaguillo. Transitaba sobre mí con ligereza de gacela, chupando, mordiendo y acariciando, no sólo con sus manos sino con sus tetas de matrona, con sus ancas de yeguariza, suaves y rotundas, y especialmente con el pubis, de pelo duro y ensortijado como su cabellera, como si una esponja oscura se le hubiese pegado al vientre sin haber perdido el olor a sales y marismas. Yo hacía lo que podía, lamiendo lo que me acercaba a la boca, estrujando lo que cazaban mis manos. Xenia imponía lo que le demandaba el cuerpo, y tan pronto me elevaba sobre ella y me abrazaba entre sus piernas para que la penetrase, como se deshacía de mí como un pelele para volver a morderme las tetillas, a meterme el sexo entre sus mamas y acunarlo como un muñeco, hasta que su vagina clamaba por una nueva tanda. Se encaramaba entonces sobre mi vientre, separaba los labios de la vulva y descendía sobre la polla con un largo suspiro, se acomodaba a ella como un guante y se mecía, elevaba y caía otra vez, hecha un carillón de metales y cadenas.

Yo la dejaba hacer, admirado por aquella lujosa celebración de sí misma. Hacía el amor consigo,

apretándose las tetas, mojándome los dedos en su boca de mulata para que le lubricase el sexo, o para que le buscase el secreto latir entre sus nalgas. Ese fue siempre el inicio del final.

Xenia me daba la espalda y levantaba hacia mí sus grupas redondas y tostadas. Desde la primera vez quiso que la posición final fuese aquella, penetrándola por el culo y abrazado a su vientre: decía que para correrse quería ver un brazo como el mío sujetándola desde atrás. Así, con mis dedos inmersos en su vagina, terminaba la ceremonia entre bufidos de marsopa mientras yo le lamía la piel de la espalda, de la que brotaban gotas perfumadas como granos de café.

La Fagundes podría haber dado en el clavo, pero su éxito se basaba justamente en que pocas veces sugería algo concreto. Jamás decía «haz esto o aquello», simplemente largaba un comentario, el germen de una pregunta, a partir de lo cual todo crecía y se ramificaba, las respuestas daban paso a otras opciones, hasta llegar, si se podía, a lo que llamaba «el centro del laberinto». No me hallaba tan perdido, y casi diría que estaba muy cercano al mismo, pero después había que recordar cómo salir de él.

Tendría que pensar, por ejemplo, en qué momento de mi vida fui capaz de amar. Estudié poco, leí mucho y en vez de trabajar hacía gimnasia. Todo había sido tan impensado que cuando me di cuenta era dueño de un cuerpo deseable y un sexo que funcionaba incluso a espaldas de mi voluntad. Ponerlos en acción resultaba tan sencillo que no hacerlo por dinero hubiera sido un simple desperdicio. Como en cualquier oficio, sólo debía tener la maquinaria a punto y disposición para el trabajo. Por eso me mataba en el gimnasio y elegía la ropa con cuidado. Según cada cliente, era tan importante una camisa de seda como un tejano desgastado, pero debajo de ellos debía estar siempre en forma, con las ideas cortas, el

cuerpo firme y el sexo fácil.

¿Amor? No sé. Ya dije que en este oficio somos puro remedo. Lo nuestro es como el teatro: lo mejor es fingir las emociones para poder repetirlas. En cada función no muere una Julieta, pero cada noche, muchas Julietas y algunos Romeos me pagaron para creer que los amaba, y siempre supe que, durante ese tiempo, estaban menos solos. Algún rico profesor llegó a pagarme el doble sólo para que me quedase a dormir con él, para desayunar una mañana de domingo con algo más que el gato y el periódico. Y yo decía: ¿por qué no? ¿Acaso es más difícil esto que un polvo apresurado en un despacho a oscuras? Todos, ellos y yo, volvíamos después a la inercia de los días, a la soledad acompañada.

¿Pero dónde estuvo el amor? ¿En los domingos con Carelia, en la rabia de Araceli o en el remedo de amistad con la Petete? Un funesto juego de errores y reemplazos nos envolvió a los cuatro en un nudo más retorcido que los de Escher, y también más ilógico y oscuro. El otro inventó las leyes de su mundo y así lo dibujó, nosotros ni siquiera llegamos a entender las que regían en el nuestro, formado por algo más que espejos mentirosos y visiones retorcidas.

Podía suponer que Carelia estaba en Italia, Araceli en una Alhambra desconocida y la Petete mudándose de casa, aterrada por mi visita y furiosa por mi robo. De las tres, era la que menos me costaría encontrar, y probablemente comprender y perdonar. Carelia seguía tan dura e impenetrable como siempre, más lejana aún, después de su inventada muerte. Pero el misterio seguía en Araceli, en aquella Annelise sádica y artera, promotora de acertijos y venganzas por quién sabe qué motivos.

También tuve que reconocer que mi inmersión en el mundo de las lesbianas había sido más bien una caída libre, un accidente. Entré en él por culpa de Carelia, la Petete me dio un paseo entregándome a la señora Erica y Araceli me sacó del mismo con una patada. Pero el coto seguía clausurado. En ese entonces comencé a pensar que

en el sexo estábamos tan lejanos como un centollo de un beduino. Mi entendimiento con las mujeres era una simple tendencia física, y mis garbeos entre homosexuales podrían catalogarse como accidentes laborales o «gajes del oficio», como dijo Charly. La experiencia con José Luis, antes de transformarse en la Petete, no fue la excepción sino la reválida: me excitó su androginia antes que su masculinidad, a pesar de su insistencia en que yo era un gay tapado, cosa que me sonaba a simple expresión de sus deseos.

Así que mientras reorganizaba mi vida, entre citas y sesiones de gimnasia, intenté conocer de un modo menos arduo el sentir de una lesbiana: tenía que desmontar pieza a pieza el *puzzle* de Araceli.

Xenia me hizo hablar con algunas clientas y un buen amigo me presentó otras. «Son muy solidarias», me había dicho la Petete, y supongo que lo son porque no hay otra manera de resistir ante la incomprensión de muchos y el machismo de la mayoría. Una mujer puede llegar a entender a un gay, siempre que no se meta con su marido. Y si a muchos hombres se les acaba la tolerancia cuando una mujer les roba el puesto, me imagino lo que deben de decir cuando esa mujer es lesbiana. Y es que uno siempre tiene ideas prefijadas, y las mías consistían en creer que ellas sólo fuman tabaco negro y se visten de mecánico. Pero comprendí que son más las excepciones que la regla, del mismo modo que los gays no se sintetizan en un marica de plumero, siendo este tan caricaturesco como una «bollera» con ademanes de Gary Cooper. Entre los extremos de un protomacho y una chica Playboy caben tantas variantes como entre un murciélago y un gato persa, pero todos no son, no somos, más que mamíferos que pueden provocar alguna alergia. Lo raro es encontrar las excepciones, como una jirafa con mochila o un elefante con tacones. Al fin y al cabo uno señala lo que quiere como le da la gana, y si a mí me gusta enseñar el paquete y andar con la camisa abierta, algunas lesbianas no se afeitan el sobaco porque están contra el machismo.

Allá ellas... y yo y el resto.

Así que cuando pregunté a una lesbiana si podía llegar a ser más mala que un gorila con hemorroides me respondió como Xenia: el amor y el desengaño son iguales para todos. Si una mujer se va con otra y abandona a su marido, este debe de sentir el mismo desconcierto, la misma furia que una lesbiana cuya amada se enamoró de un gigoló.

Pero aquellas mujeres no eran como Araceli. Respondieron a mis preguntas con un asombro teñido de indulgencia, supongo que por las mismas razones del centollo y el beduino: como mucho podríamos llegar a comprendemos, pero jamás a compartir el lecho, lo que nos daba un margen infinito para el diálogo. Lo excepcional fue entonces lo ocurrido con Carelia y Araceli, por lo que debía admitir, aunque me costara, que si en una no presentí el amor, en la otra no sospeché el odio, siendo incapaz de discernir qué correspondía a cada una.

«¿Y ahora qué quieres?», me había preguntado Xenia. «Esta historia se acabó, has metido la pata y ellas se vengaron. ¿Para qué seguir?».

Era una verdad a medias. Al fin y al cabo todo se reducía a que fui contratado para un trabajo, Carelia y yo nos pasamos de la raya y eso enfureció al trío, especialmente a Araceli. Lo que no entendía Xenia es que la batalla se había trasladado al campo del orgullo: pude haber lastimado el de ellas, pero la respuesta fue tan desmesurada que ahora yo necesitaba resarcirme, al menos, con una simple explicación. Había estado implicado en una muerte que no fue tal, me metieron en las maquinaciones de una chiflada que llegó a simular otro asesinato, el mío, y entretanto tuve que conocer a tropmicones el mundo mágico de Escher y el real de las lesbianas, mundos que podía haber seguido ignorando sin hacer daño alguno.

Probablemente, me dije, yo mismo abrí sus puertas cuando, en una misma noche, violé el nudo de tres

vueltas que representaba a ambos.

Dejé que pasaran las semanas y los meses, mientras recuperaba las fuerzas y renovaba mi clientela. Me hice muchas preguntas y recordé algunas noches a Celia y su pequeña lección sobre el erotismo. Nunca había pensado en ello, puesto que me había limitado a ser siempre «efectivo», palabra que también era de ella. Los juegos, las miradas y las sugerencias fueron simples prolegómenos, una suerte de antesala del trabajo que consistía en esperar el momento justo para provocar un orgasmo, cobrar y aguardar otra llamada. Digamos que nunca pensé en el erotismo de los otros, seguro de que sus deseos se acababan con el trabajo de mi sexo. En otras palabras y volviendo a lo del teatro: jamás me involucré en sus emociones, un poco por cinismo y también por sentido de supervivencia. Pero Carelia rompió el molde y ahí estaban las consecuencias.

No creía, por ejemplo, que los gimnasios fuesen lugares muy eróticos, probablemente porque me propuse que jamás buscaría clientes en ese lugar. Iba allí para trabajar mi cuerpo, como todos, con la diferencia de que lo hacía porque también trabajaba *con* él, y de ningún modo quería mezclar una cosa con la otra, siguiendo el genial consejo de «no defecar donde se come».

Pero no se trata del erotismo de las películas pornográficas, esas que se ruedan en gimnasios donde jovencitos anabolizados hacen cabriolas imposibles mientras follan sobre aparatos de musculación. Es un erotismo más soterrado, disimulado en el mismo culto al cuerpo y desarrollado en lugares que parecen contruidos al efecto. Encerrados entre espejos, reflejados en todas direcciones, los músculos se tensan ante la mirada de los otros, el sudor brilla y se desliza, se pegotea con

provocación en las nuca y en las piernas, en los pechos y los pelos, la piel se transparenta bajo las telas y emite vahos animales, mezcla de esfuerzo y de llamada. Hombres y mujeres se aman a sí mismos, desvergonzados y satisfechos ante su imagen, admiran sin tapujos el cuerpo de los demás, comparan músculos y pesos con una libertad que se acaba en la puerta de salida, cuando retoman sus disfraces de abogados, dependientes y maestros.

Hasta entonces me había mantenido en los límites de aquella camaradería algo superflua y transitoria, tan típica de los que se encuentran un par de horas, tres días a la semana y en un lugar preciso. Hablas del tiempo, del fútbol y los precios mientras subes pesos y estiras las poleas, aguantas un par de chistes malos en las duchas, te exhibes un poco y después te vas. La diferencia está en que muchos van allí para poder ligar con más recursos, en tanto que yo tenía el ligue asegurado, aunque abandonase la gimnasia.

No sé si fue porque atravesaba una época de interrogantes y averiguaciones, lo cierto es que comencé a entrar también en el juego de la provocación. Quise sentir el erotismo de los otros, observé gestos y posturas y comencé a buscar no la imagen de los cuerpos sino la dirección de las miradas. Y de entre todas elegí una.

Era la de una mujer común, ni demasiado atractiva ni muy entregada al fragor del culturismo. No intervenía en los corrillos ni en los grupos de aeróbic, transitaba solitaria y desganadamente de aparato en aparato, en los que tampoco parecía esforzarse demasiado. Recordaba haberle explicado el mecanismo de algunos, y desde entonces nos saludábamos con un escueto movimiento de cabeza. Su rostro fue siempre tan serio e impávido, y su actividad tan lenta y mesurada que su presencia podría haber pasado inadvertida, perdida entre el chirriar de las poleas, los bufidos de los gimnastas y el sempiterno cotorrear de las muchachas.

Pero no tardé en saber que el hielo se terminaba en su

mirada. No porque brillase de un modo diferente, sino justamente por ser como un cuchillo silencioso: allí donde se clavaba permanecía un tiempo prolongado. Negros, distantes, sus ojos ardían sin llama detrás de las pupilas, como un fuego helado, seco, y sin embargo extrañamente vivo. Hacía sus ejercicios con deliberada lentitud, con una calma pensativa que no despertaba sospecha alguna, pero desplazaba sus ojos con cautela y se detenía en unos pectorales agarrotados por el esfuerzo, en el vaivén de una cintura, permanecía allí ensimismada, imperturbable, hasta que el gimnasta cambiaba de postura.

No sólo me dediqué a observarla sino que comencé a realizar alardes ante ella, poniéndome descaradamente al alcance de sus ojos. Trataba de no mirarla, pero me sentaba de tal modo que me viese, me acomodaba rotundamente los genitales y me entregaba al más puro de los exhibicionismos, al fin y al cabo lo hacían todos. Me esforzaba más que nunca, pero también ensayaba gestos que jamás había hecho, imitando a esos gimnastas cuyas muecas y resoplidos se parecen tanto a los que acompañan al coito. Al final de cada serie, me contemplaba en los espejos a unos centímetros de su imagen, como si no existiese, probaba la dureza de mis brazos o me secaba con las manos el sudor del pecho con la lentitud de una caricia. Después, durante unas milésimas de segundo, mis ojos se encontraban con los suyos sólo para comprobar que estaban exactamente donde yo quería que estuviesen.

Poco a poco comenzamos a cercamos. Usé la ropa más provocativa, combinando la elasticidad de ciertas telas con la suave libertad de otras, ajustando lo necesario y dejando a la vista el resto. A su vez, ella también comenzó a experimentar una suerte de metamorfosis, cambiando los colores de sus mallas y realzando lo poco de agraciado que tenía su figura: unos senos redondos y apretados, unas caderas anchas y una cabellera espesa. Pero por lo demás era una mujer casi vulgar, si no fuese por la estudiada elegancia de sus movimientos.

Llegábamos los mismos días y más o menos a la misma hora. A veces ya estaba trabajando cuando la veía emerger de los vestuarios con su toalla al cuello, avanzando lentamente hacia los espejos. Me gustaba verla caminar porque iba casi de puntillas, colocando siempre un pie delante del otro, como si en vez de calzado deportivo llevase zapatos de tacón. Lo hacía con el torso quieto, la espalda recta y los brazos caídos a los lados, mientras todo el movimiento se centraba en las caderas. Un día descubrí que su andar era tan atractivo porque se parecía al de esas mujeres acostumbradas a transportar grandes bultos en la cabeza, meneando la cintura y las nalgas con una elegancia inimitable. Se situaba frente a un espejo, se aferraba a la barra y hacía unos breves estiramientos. Desde allí su daga oscura me buscaba hasta encontrarme en la selva de cuerpos y metales, después se dedicaba a hacer ejercicios con un par de pesas o en la más sencilla de las poleas. Esperaba, simplemente dejaba que yo encontrase el modo de ponerme a tiro de sus ojos. Yo repetía entonces el saludo silencioso y me entregaba a su mirada, estirando y contrayendo cada músculo, inflando el torso como un gorila en celo, exagerando las posturas sólo para que ella, ensimismada en apariencia, recorriese a gusto cada palmo de mi piel.

Lo más excitante sucedía cuando se sentaba en la bicicleta. Se alineaban a un costado, y ella solía ser la única porque casi todos las usaban al comienzo de las sesiones. Frente a ellas había un banco con una barra fija. Yo me llevaba hasta allí un par de pesas y le ofrecía un recital de torsiones y sudores, mientras ella pedaleaba como sin ganas, centrando todos sus movimientos en la pelvis, que iniciaba al poco tiempo un imperceptible movimiento sobre el sillín. Era nuestro sitio preferido, el lugar donde nos provocábamos durante un tiempo interminable y del modo más imprudente. Incluso llegué una vez a dejar como al descuido que mis genitales se escapasen por un lado del *slip*, de modo que sólo ella pudiese verlos cuando yo levantaba las piernas. Ella

detuvo entonces el pedaleo, sus muslos se contrajeron varias veces hacia el centro y, por primera vez, se secó la frente con la toalla.

El juego continuó de igual modo durante semanas, pero mientras ella parecía seguir tan serena como siempre, yo comencé a esperarla con una ansiedad irreprimible. Cuando tardaba más de la cuenta, hacía mis ejercicios con desgana y malhumor, como si me faltase su respuesta muda, esa mirada opaca que daba fundamento a mis esfuerzos. Cuando por fin aparecía, un secreto bullicio me nacía en el estómago, y era capaz de reiniciar toda la faena sólo para el instante supremo en que ella, apretada contra el sillín de la bicicleta, enredaba unos segundos sus pestañas entre el vello de mis muslos. Deseaba poseerla, y podía haber extremado cualquiera de mis tretas, pero algo en ella cortaba en seco toda posibilidad de acercamiento.

Creí que lo conseguiría cuando una de las muchachas comenzó a ofrecer en el gimnasio las entradas para una fiesta que se daría junto a la piscina. Iba a decir que no pero levanté la vista y ella estaba de espaldas, con las manos en la barra y mirándome a través del espejo. Hizo un gesto imperceptible y compré dos. Cuando la chica se fue, ella se alejó unos pasos y dejó su toalla sobre el manillar de la bicicleta, puse la tarjeta entre sus pliegues y me fui.

Aquella noche desordené la mitad de mi ropero, excitado como un jovencito ante su primera cita. Elegí finalmente lo que me pareció más idóneo, ya que tenía casi la certeza de que follaríamos allí mismo, en uno de los infinitos rincones del club. La busqué en todos los corrillos, junto a las mesas de comidas y en la barra del bar. Pero pasó la medianoche y ella seguía sin aparecer.

De pronto pensé en algo y tuve deseos de darme un cabezazo contra la pared. Me deslicé con disimulo hacia las escaleras del gimnasio y subí. Todo estaba a oscuras, pero la claridad de la calle entraba por las grandes cristaleras. Me dirigí directamente al sector de las

bicicletas y allí estaba, como siempre, con un sencillo vestido negro y unas sandalias de charol, pedaleando distraídamente y aguardando, como cada día, que me sentase frente a ella. Me planté ante la bicicleta y me miró directamente a los ojos, iba a decirle algo pero su mentón se elevó unos centímetros, señalándome el banco. Me senté algo confundido, con el corazón latiéndome con fuerza. Ella comenzó entonces a desabrocharse uno a uno los botones del vestido, la tela negra se abrió a los lados y pude ver que debajo estaba totalmente desnuda, luego comenzó a pedalear otra vez. Supe entonces que el juego continuaría sin espejos, al abrigo de las sombras, los dos solos y en la posición de siempre. Yo llevaba un pantalón claro y una camisa blanca, y tampoco me había puesto ropa interior. Me abrí la camisa y la bragueta, cogí una pequeña pesa y comencé a trabajar con ella, apoyando un codo sobre las piernas. Ella asintió, sus muslos se abrieron un poco y pude ver que su torso se estiraba hacia delante para replegarse otra vez. La zona oscura se apretó contra el sillín. Seguimos así unos minutos, ella con su pausado pedaleo y yo accionando sin mucho esfuerzo sobre el banco. Comencé a sudar y me quité la camisa. Ella soltó el manillar y se acarició el cuello. Yo me eché un poco hacia atrás e hice lo mismo sobre el sexo. Las manos bajaron a los senos y se detuvieron allí, se apretaron sobre las esferas y entre los dedos asomó el oscuro redondel de los pezones. Abandoné las pesas en el suelo y también me acaricié el pecho, transité sin prisas sobre la comba de los pectorales, probé la dureza del estómago y seguí hacia el vientre, hasta palpar la progresiva turgencia de mi polla. Se la enseñé entre mis manos y ella también bajó desde los senos hasta el pubis, se enredó entre el vello y siguió más abajo. Quería poseerla allí mismo, tumbarla sobre el suelo, morderla y penetrarla, pero sabía que no era posible, que seguiría obedeciendo sus deseos. Los dedos subieron a su boca, los lamió uno a uno y otra vez se perdieron en las sombras. Yo hice lo mismo, me escupí las manos y me lubiqué el sexo. Apoyé

la nuca contra la barra y abrí las piernas para que me contemplase a gusto. La bicicleta siseó entre sus piernas y ella suspiró, se levantó unos centímetros y volvió a caer. Cuanto más quería poseerla, cuanto más dura sentía mi erección, mayor deseo tenía de exhibirla, de sentir sobre mi piel ardida la fría garra de sus ojos. Pero ella seguía allí, a menos de dos metros, lejana como siempre, diría que imposible si no fuese porque de pronto, como atravesado por corrientes subterráneas, su cuerpo se tensaba, se curvaba brevemente hacia atrás mientras sus manos se incrustaban entre el pubis y el asiento. Luego volvía a su turbador vaivén, al desesperante pedaleo, mientras yo, entregado a su juego, me quitaba el pantalón y seguía con los masajes y caricias, moviéndome sobre el banco de tal modo que me viese en todas las posturas, que gozase por fin con aquello que siempre había deseado: un hombre desnudo, mostrándose ante ella en la plenitud de la virilidad y el esfuerzo. Soy un cínico, lo sé, y probablemente aquella noche esa mujer me obligó a serlo más que nunca. Me excité a mí mismo, mirándola mientras se masturbaba ante mi vista, gozando ambos con lo que ella espió tantas mañanas, perdida en un mar de espejos e imágenes veladas. Elevó sus piernas y ajustó los tacones sobre el manillar, se abrió la vulva y volvió a friccionarla con los dedos. Sentí que el final estaba próximo y me acerqué, quería que tuviese ante sus ojos la enorme turgencia de mi sexo. Lo lubiqué con mi sudor y lo apreté sobre el metal, casi tocando sus sandalias, y en esa posición volví a moverme. Sus dedos trabajaron afanosos entre sus piernas y comenzó a quejarse, primero suavemente, pero después de forma cada vez más entrecortada. Fijó sus ojos entre mis piernas y por primera vez vi que su rostro perdía toda la dureza, sus labios se abrieron y un ronco suspiro pareció nacerle desde el vientre. Me eché hacia delante, deslicé una vez más la polla entre mis manos y tras unos segundos infinitos los chorros salieron disparados hacia ella, me apreté otra vez y las descargas se estrellaron entre sus

senos, contra su vientre y entre sus manos, detenidas por fin sobre su sexo. Ella bajó la cabeza, después de unos segundos tocó el esperma con la punta de sus dedos y lo esparció delicadamente sobre su piel, haciendo lentos círculos alrededor del ombligo, con una expresión a medias entre el asombro y la impudicia. Sentí que las piernas no me sostenían, di unos dos pasos atrás y caí otra vez sobre el banco.

Tras unos minutos se puso de pie, se abrochó otra vez el vestido y me miró largamente. No dijo una palabra y comenzó a irse, con los brazos caídos y el torso quieto, un pie delante del otro, cimbreado las caderas como quien lleva sobre la cabeza un gran cántaro de agua.

Me vestí, fumé un cigarrillo y me fui. Aquella noche aprendí algo más sobre el deseo: había estado en la mirada de una mujer de negro que montaba en bicicleta y de la que nunca conocí su voz.

Xenia Fagundes, la Petete o cualquier persona con más lógica que yo me hubiesen aconsejado la búsqueda de Araceli de otro modo, pero hasta las amas de casa conocen algo que se llama el síndrome de Estocolmo. No sé exactamente qué significa, salvo que las víctimas de un secuestro o de una persecución (y yo lo era de ambas cosas) acaban pensando como sus verdugos. Por eso me dediqué a seguir su pista del mismo modo enrevesado y confuso con el que Araceli siguió la mía, acaso porque tampoco tenía muy claro si quería encontrarla o huir de ella.

Pensé que descubrir su escondite me daría cierta ventaja, y con esa sensación ambigua de buscar a una presa que también podía atacarme, comencé un cauteloso rastreo de los sitios donde pudiese haber algo relacionado con aquella «Alhambra» que mencionó la abuela.

Una tarde recorrí de punta a punta la calle Ciudad de Granada, pero se trata de una zona más bien fea de Poblé Nou, llena de naves abandonadas y almacenes de

transportistas. Al final, la oscuridad un poco agorera de un cementerio me hizo desistir: aquel no era un barrio adecuado para la sofisticación de Araceli.

En cambio la calle Alfambra alimentó durante unos días mi creencia de que podía estar cerca, simplemente porque se encuentra algo escondida y en un barrio de solera como el de Pedralbes. Es una calle corta, detrás de las facultades, con varios cafés y restaurantes frecuentados por estudiantes durante el día y por pijillos en las noches. Hice amistad con algunos camareros y llegué a interesar a las muchachas de una pastelería enseñándoles la foto del catálogo que me había dado Celia.

Pero a medida que observaba a la gente, más me convencía de que tampoco encontraría en esa calle la «Alhambra» de Araceli, quizás porque yo tampoco viviría allí. Era casi el extremo de la anterior: demasiado bulliciosa, demasiado clara y juvenil como para dar cobijo a unos seres tan oscuros y retorcidos como nosotros dos. La simple deducción de que al fin y al cabo ella y yo éramos iguales me llevó a descartar también ese sitio, sin sospechar que cada día, de ida y vuelta, el autobús que me llevaba hasta la calle Alfambra estuvo pasando por la misma puerta de Araceli. Si una sola vez hubiese levantado la vista hacia el lugar adecuado, habría visto un edificio singularmente hermoso, de aire innegablemente granadino, en cuyo frente se lee desde muy lejos «Edificio Alhambra». Pero, como ya dije, en mi doble condición de verdugo y presa seguí su rastro a la manera de las bestias, con más intuición que inteligencia.

Pero una mañana me llamó Braulio, un colega de los pocos con quienes seguía en contacto.

—Oye —me dijo—, tu amiga la Petete lleva tiempo preguntándome por ti. Dice que si no le devuelves unas fotos va a presentar una denuncia.

—Si la vuelves a ver —respondí—, dile que entonces tendrá que irlas a buscar a Valencia, a casa de su abuela. Gracias, de todos modos.

No pude menos que sonreír, aunque tuve el amargo presentimiento de que la tregua había concluido.

Unos días después se repitió la llamada.

—Soy Braulio otra vez. La Petete quiere verte, me ha dicho que es muy urgente. ¿Qué hago?

Pensé un momento, no podía dar un solo paso en falso.

—Dile que te dé su dirección. Yo mismo iré a verla, pero que ni se le ocurra hacer tonterías porque esta vez la estrangulo.

El otro río.

—Estamos bien... ¿Tan grave es la historia?

—Más o menos —contesté—. Gracias, te debo una cerveza.

—Que sea pronto. Adiós.

Cuando Braulio me dejó en el contestador la dirección supe que no se había ido muy lejos, apenas unas calles más allá, casi tocando la Ronda de Sant Antoni. Era un edificio bastante más sórdido que el anterior, de esos que tienen una escalera tan estrecha que si te topas con una mujer con un carrito tienes que volver hasta el rellano. La espíé varias veces, y cuando estuve seguro que estaba sola subí hasta su piso, no quería darle tiempo a efectuar una sola llamada peligrosa: la Petete se había ganado a pulso toda mi desconfianza.

Llamé a la puerta y tapé con un dedo la mirilla. Entreabrió la puerta y la empujé con firmeza pero sin violencia. Llevaba una bata espantosa de guatín deshilachado aunque ya estaba perfectamente maquillada para salir. Se tapó las tetas, ensayando un gesto de sorpresa.

—Tranquila —le dije—. Vengo en son de paz, pero por esta noche olvídate del trabajo. ¿Puedo pasar?

—Ya lo has hecho... —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Me señaló una pequeña salita e hizo ademán de irse. La sujeté rápidamente de un brazo.

—¿Dónde vas?

—¡A quitarme esto! —dijo con rabia, señalando la bata.

—Estás tan horrible como siempre, así que siéntate y no me hagas perder el tiempo.

Hizo una mueca de reina agraviada, encendió un cigarrillo y lo chupó con avidez. Llevaba mucho tiempo sin verla, y la verdad es que así, maquillada como una Barbie, con los pómulos hinchados de silicona y el cuerpo inconcebiblemente obeso, volví a preguntarme dónde había ido a parar aquel jovencito andrógino que alguna vez llegué a desear.

—Quiero mis fotos —dijo.

—Las tendrás. Todo a su tiempo —contesté—. Pero antes desembucha lo que sabes... y sin mentiras. Sé más de lo que imaginas. De ti y de tu deliciosa familia.

—¡No tenías derecho a meterte con ella! —gritó, golpeando la mesa—. ¿No te das cuenta del daño que puedes hacerme?

—¡Menos derecho teníais vosotras a meteros en mi vida! —repliqué—. Pero no temas, sólo hablé con tu abuela y todavía no sabe en lo que te has convertido...

Sus hombros cayeron y bajó la vista. Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Cómo está... mi abuela?

—Formidable y encantadora, pero absolutamente ignorante de vuestras vidas. Aunque no sé cuánto tiempo voy a aguantar. Lo entiendes, ¿no?

Sus ojos se humedecieron de verdad y traté de no compadecerla.

—¿Desde cuándo te extorsiona Annelise? —pregunté.

Levantó sus ojos con verdadero asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Simple deducción... —contesté—. De otro modo no hubieses hecho lo que sabemos.

—Putas desgraciadas... —murmuró, meneando la cabeza.

—Desde cuándo... —insistí.

Se encogió de hombros.

—Yo qué sé —dijo—. De toda la vida.

—¿Y por qué se lo permites?

La Petete se echó a llorar con los brazos sobre la mesa. Esperé unos minutos y le alcancé unos kleenex. La dificultosa máscara de altivez se derrumbó de golpe, dando paso a su verdadero rostro, quemado en largos años de miseria y marginación. Se secó con rabia los manchones de rímel y se sonó la nariz.

—Es que la quiero..., fue siempre mi preferida.

Me reí con amargura. La Petete podía pasar de la desvergüenza al patetismo como nadie, pero nadie como yo sabía a qué fondos de humillación y sacrificios tuvo que llegar. Estaba seguro de haberle dado un poco más de comprensión que su adorada prima, por lo que ahora me sentía lo suficientemente traicionado como para dejar de lado todo atisbo de piedad.

—Y ella te quiere tanto como a mí —le dije—. Entiéndelo, Petete, «La cinta de Escher» se acabó, ¿me entiendes? Eso se acabó. Ya no es un juego.

—De modo que lo sabes todo —murmuró.

—Conozco la versión de tu abuela. Ahora quiero la tuya, si es que quieres las fotos.

Hizo un gesto de fastidio.

—De todos modos Annelise tiene otras... Ahora sí que me tienen jodida.

—Tendrás que decidirte. Me importan un carajo tus fotos. Sólo quiero saber qué coño quería Annelise y por qué te obligó a esto.

Miró sin ver el techo con los ojos vidriosos y después recorrió las paredes, el viejo empapelado roto y de mal gusto, tan lejano al de la casona de Valencia. Se puso de pie con un suspiro trabajoso y trajo una botella de whisky y dos vasos, sus gestos me recordaron los de la abuela. Se echó un trago, carraspeó, y continuó con la historia que no me contó la anciana.

Me llevaría algún tiempo el poder armar una historia coherente con los recuerdos de la Petete. Creo que incluso fue deliberado el mismo desorden con el que me los

contó, dejando en las sombras los detalles más oscuros y perversos, probablemente porque le resultaban tan humillantes que al removerlos caería sin remedio en la desesperación. Y una reinona como la Petete no podía permitirse esos deslices.

—Pero dime —pregunté—: ¿Cuándo supiste que Carelia, digo, que Carla no estaba muerta?

—Inmediatamente. Cuando bajé a comprar otro periódico en realidad llamé a su casa. Me respondió Annelise.

Se explicaba así su verdadero pánico y el alivio posterior, cuando entró gritando que «estábamos» salvados. Está claro que se refería al trío, no a mí. Un poco después, cuando Annelise llamó para que me enviase a la casa de la señorita Erica, le contó rápidamente el nuevo rumbo del juego, no sin reiterar de algún modo el consabido chantaje.

—¿Y el funeral?

La Petete volvió a encogerse de hombros.

—Formó parte del *marketing* final de Carelia Mendes. Todo el mundo sabía que pensaba retirarse con gran pompa del mundillo del arte. Había fracasado.

—¿Y me utilizaron para eso? —pregunté, sintiendo otra vez que el odio me cerraba la garganta.

—No lo sé, la verdad. Por mí puedes creerme o no, pero traté de meterme lo menos posible en los tejemanejes de ese par de locas. Hice lo que me pidieron y les pedí que me dejaran en paz. Incluso te rogué que no fueses a Valencia, ¿lo recuerdas? No pensé que te atreverías a ir a mi casa.

Claro que lo recordaba, pero ya dije que esta es la historia de alguien que ignoró que los extremos, además de tocarse, son peligrosos. Saqué de un bolsillo las fotos y las arrojé sobre la mesa. Las cogió con nerviosismo y comprobó si estaba la más antigua, aquella que imitaba la litografía de Escher y en la que, ahora sí, yo sabía lo que esperaba el muchacho sentado en la escalera.

—¡Falta una! —dijo, con un gesto de desolación.

Me sentí tan hijo de puta como Araceli, pero recordé la última noche de las Fallas y me encogí de hombros.

—La tengo —contesté—. Pero antes me harás un favor...

La Petete iba a ensayar una justificada protesta pero no la dejé.

—¡Eres tú quién me metió en esto, ahora te jodes! De modo que escucha bien lo que voy a decirte. No me importa esperar, pero la próxima vez que esa loca te llame dile que *necesitas* verla.

—No querrá.

—Eso déjalo por mi cuenta. Dile que una amiga tuya vio la lámina que le robé y un catálogo de los dibujos y le interesa exponerlos en un bar de lesbianas. Siempre vivió a la sombra de Carelia, no podrá resistirse.

—No querrá —insistió la Petete.

—Muéstrale esto —dije, y dejé sobre la mesa el catálogo que me dio Celia en Madrid—. Arregla un encuentro en cualquier parte, irá a verla una mujer. El resto es cosa mía, ya te iré llamando.

La Petete suspiró con resignación.

—No te lo recomiendo —insistió varias veces—. Mi prima es peligrosa y está como una chota. Puede llegar a matarte, no la conoces.

—La conozco de sobra —le dije, y omití que incluso tuve sus nalgas a un palmo de mis narices. En cambio, para que me creyese, le dije que sabía que llevaba aquel tatuaje.

—¿Has estado... con ella? —preguntó asombrada.

—Más o menos —respondí. Y no mentía.

Los días sucesivos me ocupé de distribuir las más de mil copias de la tarjeta que me llevaría hasta Araceli. Hice reproducir aquel detalle en el que Carelia imitó las *Manos dibujando* de Escher, transformándola en una versión femenina, y sólo hice poner debajo dos palabras: Próxima exposición.

Dejé un sobre lleno de tarjetas en el buzón de la señorita Erica y el resto lo distribuí entre las amigas de la Fagundes, para que lo dejaran en los bares que frecuentaban. Si tan solidarias eran, el rumor acabaría llegando hasta Araceli. Por enfado, por orgullo, o simplemente por el deseo nunca satisfecho de apropiarse de la vida de Carelia, ella acabaría por aceptar la cita.

Además, como me había aconsejado Celia, había que jugar con sus mismas armas. Y no se puede abusar de las identidades falsas porque las imágenes en los espejos, a menos que sean las de Escher, acabarán volviéndose tus enemigas.

No tuve que llamar muchas veces a la Petete. Unos días después de poner en circulación las tarjetas, me dijo que Araceli estaba realmente furiosa, y que quería hablar inmediatamente con la misteriosa mujer que pensaba exponer «sus» cuadros.

—¿Y ahora qué le digo? —gimió la Petete—. Dios mío, me matará.

—Que te dé su dirección, o un lugar para el encuentro, nada más.

Tras una larga pausa, dijo por fin lo que yo esperaba hacía tiempo.

—Hay un bar con terraza cerca de su casa, en la plaza de Boston, al final de la calle Berlín.

—¿Se llama «Alhambra», o algo así?

La Petete carraspeó.

—Bueno, no exactamente. Pero es probable que se encuentre allí. Y ahora déjame en paz y devuélveme la foto. Ya cumplí mi parte.

Supe que volvía a ocultarme algo, pero ya estaba más cerca.

—Mañana, pues —le dije—, en el bar de la plaza de Boston, a las once. Le daré a Braulio tu fotografía.

Esa tarde recorrí palmo a palmo la dichosa calle que me indicó la Petete y no encontré un solo indicio de algo que pudiese relacionarse con la Alhambra. Pregunté a un par de porteras y llegué a la conclusión de que en las grandes ciudades hay mucha gente que no conoce bien la calle donde vive. Pero no podía ser, pensaba, que en aquella, de no más de trescientos metros, nadie hubiese visto un bar, un cartel o algo que se relacionase con lo que yo buscaba. Me parecía francamente imposible haber sido engañado otra vez por la Petete. Llegué al final de la calle Berlinés y cuando ya me volvía, a punto de claudicar, unas grandes escaleras me llamaron la atención al otro lado de la avenida General Mitre. Fue cuando caí en la cuenta de que no había mirado la numeración de los edificios ya que, en efecto, el tramo que había revisado comenzaba desde los números 9 y 14, ¿dónde estaban los restantes?

Crucé al otro lado y comprobé que las escaleras salvaban la altura entre la acera de abajo y la ladera de una pequeña colina, el Turó de Monterols, pero la calle, en efecto, seguía llamándose Berlinés, sólo que allí comenzaba y no se trataba del «final», como dijo la Petete. El número 5 correspondía a una bella casa de fachada morisca, en la que podía leerse perfectamente «Edificio Alhambra». Un poco más allá, una espesa arboleda daba sombra a las mesas de un café, a un lado de la Plaza de Boston. Seguramente Araceli vivía allí, pero debía contener mi impaciencia y esperar.

Al otro día, poco antes de las diez, me senté en una de las mesas más apartadas. Había sol, y por fortuna la terraza se llenó rápidamente, de modo que mi presencia podía pasar inadvertida.

Una hora después había bebido dos cafés y fumado media cajetilla de tabaco, rogando que a las once estuviese libre alguna mesa no muy cercana a la mía. Pasaron unos minutos y la figura inconfundible de Araceli, tan parecida a la de Carelia, se acercó al bar, miró alrededor unos segundos que me parecieron eternos

y finalmente se sentó, poniendo a un lado el catálogo que había dejado a la Petete. Pidió un café, consultó el reloj varias veces y comenzó a leer un periódico.

Estaba evidentemente alterada, quizás tanto como yo, con la diferencia de que me sentía, además, aterrorizado y confuso. El objeto de mi búsqueda estaba allí, a pocos metros de mi mesa, y aún me era difícil discernir de qué modo su figura me resultaba tan atractiva como odiosa, probablemente porque durante el tiempo transcurrido su imagen había acabado por superponerse a la de Carelia. Era suya aquella cabellera espesa y lacia, la blancura pétrea de su rostro, el mentón beligerante. Pero esos gestos nerviosos y elegantes no eran los de la mujer de los domingos, tan lenta de ademanes, lejana y densa, envuelta en la niebla mortecina de su alcoba.

Una hora después se levantó, colocándose con furia el cabello detrás de las orejas, como Carelia. Dejó el dinero de la consumición en la mesa y se alejó en dirección opuesta al Edificio Alhambra.

Tuve un acceso de pánico, pensando que otra vez la perdería, pero me resistí a seguirla. En cambio esperé unos minutos, me acerqué a la casa, pulsé varios timbres y me anuncié como «correo comercial». Entré y miré los nombres en los buzones. Unos minutos después estaba frente a la puerta de Araceli.

Me senté unos peldaños más abajo y esperé, fumando un cigarrillo tras otro, meditando cada uno de los pasos que me guiaron hasta ese momento. Me sentía como alguien que sube por primera vez a una montaña rusa, metido en un vagón que lo remonta lentamente hacia la cúspide, tras la cual sabe que caerá indefectiblemente, dando vueltas tan vertiginosas que lo único que se atreve a pensar es que el menor de los fallos significaría el final. Pero a la vez, presionado entre las barras de seguridad, sabe que no hay vuelta atrás posible porque el engranaje ya está en marcha, y que el tiempo de su vida puede acabarse dentro de dos segundos, cuando el carro llegue hasta la punta y caiga cuesta abajo, empujado por la

fuerza de su propia inercia.

Aquello me parecía tan irreal y absurdo que estuve tentado de dejarlo todo e irme. Pero mi abandono significaría también el definitivo adiós a Carelia, el mensaje implícito de que reconocía mi error, aceptaba el castigo y dejaba a salvo el orgullo de Araceli. Y no me sentía dispuesto a esa renuncia.

No sé cuánto esperé, saltando como un resorte cada vez que oía el zumbido del ascensor. Por fin, cuando ya sentía la boca como un estropajo de tanto fumar, el chasquido de la puerta me indicó que alguien bajaba en el piso de arriba. Subí en cuatro zancadas. Araceli había dejado en el suelo un par de bolsas mientras abría la puerta. Estaba levantándolas cuando me abalancé sobre ella con tal violencia que rodó hacia el interior, esparciendo latas, verduras y botellas por todas partes. Cerré la puerta de una patada y sin darle tiempo a reaccionar descargué mi furia con un par de bofetadas. Iba a gritar pero la empujé contra el suelo y le tapé la boca.

—¡Cómo grites juro que esta vez te estrangulo! ¡Hija de puta! ¿Lo entiendes? Un solo movimiento y te mato, aunque me pudra en la cárcel. ¿Está claro?

Estaba pálida, y en mis dedos comencé a sentir el chorro caliente que le salía de la nariz. Presioné otra vez sobre su boca y la cogí del cabello.

—¿Has entendido? —volví a preguntar.

Asintió y pareció aflojarse, pero cuando iba a levantarla me dio una patada en el estómago y se abalanzó hacia una de las botellas rotas. Me eché otra vez sobre ella pero sentí un golpe en un hombro, seguido de un dolor ardiente. Rodamos otra vez en el suelo, entre latas y tomates aplastados. El combate fue corto y feroz, consiguió arañarme otra vez pero logré inmovilizarla contra un sillón, doblándole un brazo hacia atrás. Estaba de rodillas y le dije claramente al oído:

—Voy a romperte el brazo si hace falta, muñeca. Esta es una simple pelea entre un chulo y una puta. Tengo un

montón de fotos para probarlo. Así que conviene que te tranquilices. ¿Está claro?

No contestó. Lívida y temblorosa, respiraba dificultosamente con la boca abierta.

—¿Está claro? —volví a gritarle al oído, mientras aumentaba la presión sobre su brazo.

—Sí... Suéltame —dijo por fin, con aquella voz nasal y ronca.

Aflojé el brazo y se sentó en el sillón. Miré alrededor y vi la puerta de una pequeña cocina. Moje dos trapos, le alcancé uno y con el otro traté de limpiarme el hombro. El corte no parecía muy profundo, así que me apreté el lugar con fuerza y esperé que ella tomase aire.

—¿Estás contento ahora? —preguntó por fin, aún agitada y con los ojos vidriosos de rabia—. Lo tuyo es apalear mujeres, ¿no?

Encendí un cigarrillo y le tiré el paquete. Se limpió la sangre con el trapo, mordiéndose otra vez los labios.

Era indudablemente hermosa, incluso más que Carelia, probablemente porque la misma rabia la hacía diferente de la otra, siempre tan impávida y altiva. Pero además, sin los recursos con los que buscaban las semejanzas, las diferencias entre ambas se volvían más notorias. Aun así, y después de tanto tiempo, el recuerdo lejano de una se fundía en el rostro desencajado que tenía por fin ante mis ojos.

Acerqué una silla y me senté frente a ella. Encendió un cigarrillo con dificultad e hizo ademán de levantarse.

—¡Ni se te ocurra! —le dije.

—Necesito... —comenzó a decir.

—¡No te muevas! —volví a amenazarle—. Después traeré agua, si eso es lo que quieres. Pero antes me vas a contestar unas preguntas.

Se encogió de hombros y chupó el cigarrillo, igual que la Petete.

—¿Qué fotos tienes? —preguntó, al borde de las lágrimas.

—Las de Valencia —le dije—. No sé de qué manera

montaste aquello, pero yo sé de qué manera las conseguí. Tengo un montón de copias metidas en distintos sobres, una palabra mía y media Valencia, incluida tu abuela, tu madre y tus amigos, te reconocerán vestida de sádica y trempándole la polla a un mulato. Algo demasiado burdo para una artista como Araceli Mesquita, ¿verdad? Pero supongo que chantajear con fotos no es nuevo para ti. Los galeristas de Barcelona también estarán encantados de saber hasta dónde ha llegado tu frustración como pintora. De modo que ten cuidado con lo que dices. No pienso detenerme. Se acabó.

Miró hacia la ventana y tragó saliva.

—Trae agua... —pidió después—. Por favor...

—Así está mejor —contesté.

Dejé que bebiese un par de vasos y se lo quité. Esperé unos minutos antes de preguntar:

—¿Tanto amabas a Carla?

Los ojos se le desbordaron pero no lloró. Se secó la cara y volvió a repetir un gesto de desprecio.

—Tú qué sabes.

—No mucho —le dije—. Salvo que eres lesbiana y la sigues amando, en cambio ella decidió que lo vuestro había terminado y quería hacerlo con un hombre. Y con otras mujeres. No me equivoco, ¿verdad? La Petete...

—¡Se llama José Luis! —saltó ella—. ¡Mierda!

—... O Dorina, y tú, Araceli, la otra Carelia y así hasta el infinito. Todas vais con más «alias» que una banda de ladrones. Pero en fin, José Luis hizo de madama y me tocó la china. Había que darle el gusto a Carla mientras tú espiabas y pagabas, y con eso creías que seguía siendo tuya. Hasta allí era el negocio. ¿Puedo saber ahora en qué momento se jodió el asunto?

Aplastó el cigarrillo en el suelo, me miró a los ojos y comenzó a vomitar los motivos de su odio:

—En el momento en que comenzó a amarte, imbécil. ¿O es que no te habías dado cuenta? ¿Por qué crees que lo aceptó todo, tus chulerías, tus marranadas, la pasividad, las pastillas...? ¡A ti qué te importaba eso!

¡Pero ella comenzó a amarte!

Calló un momento y sacudió la cabeza con rabia, como negando lo que aún le costaba reconocer.

—¡Pequeña estúpida! —siguió—. Terca como una mula. No hubo Dios que la hiciera retroceder. Pero tú seguías tan ciego como siempre. Hasta un chulo de tres al cuarto se da cuenta cuando una mujer está enamorada. Cualquiera menos tú. Tuvo que comprobar lo que hiciste la última noche para darse cuenta. Violaste a una mujer drogada, violaste nuestro secreto, destrozaste los cuadros... ¡Ah! ¡Por qué no te habré matado aquella noche!

—Porque aún podía servirte... —contesté—. Yo no tuve la culpa de que ella se pirase por mí, no estaba en el trato.

—¿Y qué querías? —gritó—. ¿Qué la matase a ella? Has follado con tantas que ya no distingues el amor del sexo. ¡Pero yo sí! Alguien tenía que pagar lo que me ocurrió a mí.

No podía explicarle que yo también, en algún momento, comencé a quererla, pero para un cínico como yo es fácil confundir el amor con el deseo. Iba a decirle que hubiese bastado una palabra, un gesto de Carelia y todo hubiese sido diferente, pero se sonó la nariz y volvió a la carga.

—Nos has hecho demasiado daño, demasiado... A mí, a ella, a José Luis. Porque también eres culpable de que esté así...

—¡Un momento! —salté, interrumpiéndola—. ¡Eso no! Traté de evitar que se metiera en esto, intenté que no se inyectara silicona. Pero lo hizo, y bien que te has aprovechado de su nuevo estado, ¿verdad?

—¡El también te amaba, estúpido! ¡José Luis también te quería! Si habré soportado sus llanteras, sus depresiones... Jamás creíste que se metió a puta por ti, ¿verdad? ¡Hasta te hubiera hecho su macarra! Pero tú, ¡qué va! El señor va por libre y no ama a nadie. Lo del chantaje, como tú dices, fue un juego de siempre entre los

tres. Hemos estado toda la vida juntos, tenías que aparecer para joderlo todo...

—Si se jodió, lo siento —dije—. Pero podías suponer que no lo quise hacer de ese modo...

—¡Pero lo has hecho! ¿Crees que no supe que estabas celoso de mí? Es eso lo que no estaba en el trato. Carla y tú comenzasteis a gustaros. Era suficiente motivo como para matarte, da gracias que no lo hice cuando te tuve tantas veces al alcance.

—¿Y qué? A ver si ahora debo estarte agradecido.

Negó con la cabeza y cerró los ojos.

—No entiendes nada. Nunca podrás comprenderlo. Ni tú ni nadie.

—Probablemente —le dije con fastidio—. Eres tú quien se cree demasiado especial, tanto como para apropiarte de lo ajeno, sean cuadros o amantes. ¿Sabes una cosa? Me alegra saber que ahora sí que no la tienes, ni a ella ni a José Luis. Tampoco ellos te quieren. Has follado conmigo para tener lo mismo que Carla, pero sigues siendo una ladrona sin botín. Puedes exponer los cuadros de ella, pero jamás volverás a tenerla sujeta a tus antojos.

Hizo el mismo gesto amargo de la Petete.

—¿Crees que no lo sé? —murmuró como para sí—. Usé mi odio para olvidarla, pero no puedo.

No le dije que el odio puede ser eterno, depende del tiempo y de cada uno, pero todo juego tiene un final. El de «La cinta» se acabó aquella noche de domingo. Lo demás fue una revancha, algo que también suele pactarse, por más odio que se guarde al enemigo. Araceli ofició de juez y parte, condenándome a una serie de sinsentidos que me llevaría tiempo desentrañar. Pero ahora, despojada de su máscara habitual, abandonada por aquella Carla que se prestó a ser Carelia para encubrir sus frustraciones, odiada por José Luis, convertido en la Petete porque también quería parecerse a ellas, reaparecía por fin la auténtica Annelise. Era esa mujer hermosa y derrotada que lloraba sin pudor ante mi vista, mordiendo

un trapo de cocina. Supuse que ella también acabaría por entender que los extremos se tocan y que, con el último giro, «La cinta de Escher» había llegado otra vez al punto de partida.

Era inútil seguir el juego porque, al fin de cuentas, todos salimos perdiendo. Mi rencor se deshizo y me encontré como un globo sin aire, repleto de preguntas que se contestaban por sí solas, dueño de un par de certezas que aclaraban sus actos y envilecían los míos. Los inexplicables desórdenes en mis citas, la visita a la señora Erica, el viaje a Madrid, Charly, la sesión de fotos y hasta aquella falla siniestra fueron las etapas de una venganza tan rebuscada como imperfecta. No todo resultó como esperaba, y tampoco fui capaz de percibir con claridad sus objetivos. Las meticulosas venganzas, de final tan perfecto como impune, son materia de libros y películas; las verdaderas son como la de Araceli, en la que agraviados y agraviantes quedamos tan frustrados como siempre. Seguíamos siendo, al fin y al cabo, como el centollo y el beduino.

La dejé en su falsa Alhambra, en aquel palacete dentro del cual había construido otro a su manera, intelectual, laberíntico y lujoso, pero donde no quedaban más que salas vacías pobladas de recuerdos.

Al final de la escalera hay una habitación. La puerta está cerrada, pero a través de la ventana se oyen gritos ahogados y palabras incomprensibles. El niño está mirando hacia arriba, sentado en un peldaño mientras espera, como siempre, la señal para subir. Dentro están dos muchachitas, revolviendo un gran baúl de ropa antigua. Se prueban sombreros y vestidos, y el aroma de lavanda y alcanfor se mezcla con el que emana de sus cuerpos, pregonando una adolescencia que aún no ha mancillado sus pieles de albaricoque ni sus sueños de epopeya. Se quitan un corsé asaetado de ballenas para probarse un camisón de raso, se desploma una falda de terciopelo pero ya desciende por el cuello una nube de puntillas. Y en cada gesto, entre pruebas y rechazos, las manos no desprecian la ocasión para acariciarse, para comprobar como ayer y como anoche si el brote de los senos ha crecido un poco más. Cualquier excusa es válida para descargar esa emoción enredada entre los dedos, esa alteración inexplicable que les ronronea de la nuca a los tobillos y las empuja a tocarse la una a la otra, sofocando el miedo y la ternura. Chillan y ruedan por el suelo, dubitativas entre la pelea y el abrazo, pues sólo saben que necesitan estar juntas, que no pueden esperar un minuto más sin ensayar qué siente una boca contra otra, un sexo sobre el otro, repitiendo gestos espiados a sus padres. Se miran y comparan el musgo mortecino que les nace entre las piernas, simulan castigos de la abuela sobre el albor de sus nalgas de gacela, se hincan de rodillas y estudian otra vez el temblor de los pezones, el hueco del ombligo, el suavísimo esplendor de las axilas. El niño grita en la escalera y ellas saltan otra vez hacia el baúl. Otro vestido, el sombrero con un velo y una pluma, unos botines con

hebilla. Se miran y sonríen. «¡Ahora!», gritan al unísono, y esperan, ahogadas de excitación, que el niño suba y adivine quién de ellas se esconde bajo gasas y brocados. Le vendan los ojos y repite la ronda de caricias. Palpa las formas y compara las alturas, se pierde entre encajes perfumados y llega hasta los cuerpos. Los tres saben que jamás acertará pero eso qué importa, lo que vale es ese andar a ciegas por la piel de las muchachas, ese reptar envidioso y vengativo por sus piernas y sus pechos, renovando la desdicha de no ser como ellas son. Al niño se le antoja una eternidad, pero sólo han pasado unos meses desde que comenzaron a encerrarse a solas. «¡No eres como nosotras!», le grita una y la otra asiente, como siempre. Desde entonces los juegos han cambiado. Debe esperar, como hoy, aquella suerte de dádiva, de breve conmutación de una pena demasiado dura. Ellas se disfrazan para que el niño descubra quién es quién bajo las faldas, para que abuse de su rabia y las excite con sus manos, que quieren apoderarse de sus cuerpos a fuerza de cosquillas y pellizcos. Ellas gimen y aguantan la risa como pueden, sintiendo los dedos fríos como ranas que reptan bajo las telas, se hincan en las costillas y se asombran ante la temblorosa gelatina de los pechos. Al final, cuando se harta de tocarlas, cuando no puede más con el agrio olor que les nota hace unos meses, dice al azar cualquiera de los nombres y se quita la venda con fastidio. No suele equivocarse, pero sabe que si finge no saberlo mañana podrá subir de nuevo. «Quiero ser como vosotras», pide. Y la prima revuelve otra vez el baúl mientras la otra lo desnuda. «No eres como nosotras», canturrea una, tocándose las medias naranjitas de sus pechos. «Pero meáis sentadas y yo de pie», dice el niño. Y entonces ellas lo visten con faldas anticuadas, tacones y sombrero, lo pintan como una muñeca y bajan entre gritos y aspavientos a mostrárselo a la abuela. Pero en muchas tardes y noches posteriores, el muchacho esperará en vano en la escalera, oyendo cómo se escapan por la ventana otras risas mezcladas de suspiros, chasquidos de

besos y reptar de cuerpos que ruedan por el suelo. Tardará años en saber qué hacían, y más años en decidir que al fin sería como ellas (que ya es como ellas), aunque no deseen, como él, el abrazo de otro hombre.

En qué otra ciudad sino en esta, pensé, podría aspirar a reencontrarme con Carelia. Solemne y enigmática, ella también se esconde tras la fachada teatral que bordea sus canales. La intimidad no existe, y el viajero serpentea entre sus aguas, se rinde ante el lujo escenográfico de plazas y palacios, rebusca esencias y recuerdos que no le pertenecen, está en ella, pero no se entrega. Todo es reflejo, testimonio de grandezas, reiteración de historias, mas uno no sabe, no comprende dónde acaba la ficción y comienza lo real. Es muda y perfecta, como una mujer dormida que espera siempre allí, dispuesta al amor del pasajero pero habiendo encerrado para sí sus sentimientos. Poco importa que uno la transite, la admire e incluso la viole, porque siempre será igual, reservada desde hace siglos para orgullo de sí misma y envidia del foráneo.

Debía buscar una mujer en una ciudad que era su reflejo: tácita y provocadora, brindando un espectáculo que no sabe si le aburre o regocija porque la emoción, para un buen artista, es cosa de los otros.

«No sé dónde vive Jetta», me había dicho la anciana, «pero en su última carta me contó que estaba restaurando unas pinturas en La Fenice». Parecía un defecto de familia, todos se conocían y se amaban, pero aparentaban no saber dónde vivían, y hallarlos era uno más de sus enigmas; daban pistas y sembraban sospechas, no sé si deliberadas o por simple instinto de protección. Como un mecanismo genético, el juego y la simulación se habían instaurado en ellos, y su afección al arte parecía mantenerse en un rebullir sin floración, en un marasmo sin salida que cualquiera calificaría de morbosos. Porque no podía decir que faltase arte en las imposturas de la

Petete, en los cuadros de Carla o Annelise y quizás en los trabajos de Jetta. Pero, como en aquella muchachita que se enamoró de Escher, la frustración se había extendido a sus descendientes, que heredaron del artista nada más que un soplo, una tendencia, una afición que jamás cuajó en genialidad.

Aun así, la familia conservaba el necesario fondo de locura, ese germinar de ideas que buscaban la expresión de forma extravagante y por senderos inusuales. Un aliento diabólico y sensual flotaba en aquellos dibujos y en el diseño de la falla, donde la obra era de otros pero el espíritu de Araceli, plasmado finalmente en un retorcido proyecto de venganza.

No me extrañó que Carla hubiese elegido Venecia para olvidarse de Annelise y de Carelia: es el lugar perfecto para el eclipse, para las imágenes que se difuminan entre esta niebla de invierno que cubre los canales.

Pregunté por ella y me dijeron que estaba a punto de salir. No sabía cómo, pero estaba seguro de que la reconocería: no se puede tener un par de hijos como los suyos sin tener un aire que los una. Y ahí estaba, sin lugar a dudas. La piel de José Luis, la belleza distante de Carla y hasta el cabello de la abuela, recogido en un desordenado moño. Todas en una, y ella resumiendo lo mejor de todos. Charló con otras dos mujeres y después se separó de ellas, caminando hacia un embarcadero de *vapporetti*. La seguí con cierto terror y, cuando por fin me decidí, estaba levantándose con un escalofrío el cuello del abrigo.

—Jetta... —musité a sus espaldas, como en un ruego.

—¿Sí? —contestó rápidamente, girando la cabeza con una sonrisa. Me miró de cabo a rabo y sin perder el gesto continuó—: No eres de aquí porque nadie me llama Jetta, salvo que vengas de Valencia.

—De allí vengo —mentí, y comencé a explicarle más o menos mi necesidad de hablar con ella.

Su sonrisa se heló, después las comisuras de los labios cayeron hacia abajo, y al final de mi cortísimo discurso su belleza era tan pétrea como la de su hija, pero con un surco de perplejidad que le arrugaba el entrecejo.

—Esto es tan extraño —murmuró, tras un momento de silencio—. Por supuesto que podemos tomar un café y hablar. Pero ahora debo irme, vivo en Burano, ¿sabes?

—No sé cómo pedirselo —le dije—. Puedo esperar, pero le ruego que no mencione este encuentro a su hija. Al menos hasta que hayamos hablado, por favor.

Supongo que puse una cara de verdadera lástima porque me estrechó las manos con cordialidad y volvió a sonreír.

—Estas muchachas... —dijo, meneando la cabeza como su madre—. Descuida, si me has seguido desde el teatro debes saber que acabas de estar a dos pasos de ella.

—¿Acaso una de las que habló con usted era...?

—Carla, por supuesto. Mi hija es un camaleón, además supongo que la viste de espaldas. Ella está aquí, en casa de una amiga. Pero descuida, callaré. Hasta mañana, pues. ¿Conoces el Café Florian?

—No, pero lo encontraré.

—Nos veremos mañana, a las seis. Entretanto pasea por Venecia, aunque con este frío no resulta muy acogedora.

No lo era, pero últimamente estaba acostumbrado a las gélidas recepciones de los Mendes de la Encina. Estaba tan impaciente que deambulé durante horas por una ciudad penumbrosa y desierta, tan apresada en su propio misterio que uno acaba sintiéndose cómodo, a pesar de su hermetismo. Porque en Valencia, Madrid o Barcelona, yo mismo hubiese temido estos recodos sin salida, la amenazante soledad de los *sottoporteghi*, el silencio lunar de las aceras, apenas roto por el tenue oleaje golpeando en las orillas. Pero acaba dando una seguridad como de útero esta omnisciencia del agua que condiciona desde hace siglos la vida, el espacio y las labores. En Venecia todo crece desde el agua, desde la niebla nocturna a los

primeros transeúntes que bostezan, surgiendo de la nada al alba sobre la ceja levantada de los puentes, emergiendo cual muñecos repentinamente vivos de huecos y portales, repoblando una ciudad en la que sólo parecíamos andar el agua y yo.

Desayuné en una cafetería cercana al hotel y dormí hasta el mediodía, un poco después de las cinco de la tarde estaba caminando rumbo a mi cita. Las últimas bandadas de palomas pasaron rasantes sobre San Marcos, antes de cobijarse en las altas balaustradas de la Librería, que ya perdían su albor amarillento con la llegada de las sombras.

Pocas cosas me provocan tanto regocijo como aguardar a una mujer hermosa. Y creo que pocos hombres no se sentirían tan estúpidamente orgullosos como yo cuando una mujer como Jetta avanza hacia nosotros, sorteando las mesas con estudiada parsimonia, segura de la callada admiración que suscita entre hombres y mujeres. Se había quitado el abrigo en la entrada y después contempló el salón, entrecerrando los ojos con ese gesto entre miope y defensivo con el que Carelia me miró sin ver durante tantas tardes de domingo. Estaba realmente espléndida, con un ajustado traje como de serpiente, con reflejos azules y grises, en el que las solapas algo masculinas bordeaban un escote vertiginoso bajo el cual, con algo más que alevosía, dejaba emerger como al descuido el inquietante encaje del sostén.

Levanté la cabeza sobre la gente y me vio, entregó el abrigo al camarero y vino hacia mí, levitando sobre unos tacones de equilibrista, avanzando de tal modo que todos tuvieron tiempo de mirarla, de comprobar con qué rotunda gracia las medias oscuras eran del mismo color que las escamas, con qué perfección la falda se ceñía a sus caderas, lo suficientemente corta como para excitar a los varones y lo necesariamente larga como para evitar la censura femenina. Me levanté y no pude menos que

besarle la mano. Iba a decirle que estaba muy hermosa y se adelantó con una sonrisa:

—También tú eres guapo... —dijo, antes de sentarse junto a mí. Se secó la imperceptible humedad sobre los labios, barrió con sus ojos las mesas del café y murmuró como para sí—: ¡Ah!, pocas veces he estado aquí con un hombre como tú. Me ha salido la vena hispana y tengo muchas ganas de lucirme y de lucirte, qué joder... Demos envidia a estas viejas estiradas.

Me reí sorprendido y admiré otra vez la calculada gracia con la que conducía sus movimientos. Acortó distancias con un directo «tutéame», pidió un *capuccino* y un whisky con agua, entregándose después a un encantador monólogo sobre las similitudes entre Valencia y Venecia. Habló de sus rechazos y añoranzas y pasó de la nostalgia a la ironía con una mordacidad que me recordó a lo mejor de la Petete. Como dije, era la quintaesencia de la familia, sin la dureza de Annelise, sin las reservas de Carelia, y por supuesto a salvo de la burda decadencia de su hijo.

—Me has dicho que estuviste con mi madre. ¿Es cierto?

—Tan cierto como este salvoconducto —contesté, sacando de un bolsillo el botellín de licor.

Quitó el corcho y aspiró con fruición.

—Mandarinas... el licor de mi madre. Gracias, ahora sí que te creo —dijo emocionada, guardó el pequeño envase en su bolso y levantó sus ojos húmedos hacia mí —: Bien, tú dirás...

Le expliqué lo justo, callé lo necesario y mentí lo indispensable. Me presenté como una víctima de «La cinta de Escher», no oculté la verdad de mi oficio y juré que solamente quería hablar con Carla y hacerme perdonar.

—Estoy seguro —le dije— de que ambos metimos la pata, yo más que ella. Sé que la ofendí, pero usted también sabrá que su hija...

—Tutéame... —volvió a decir, apoyando una mano en mi pierna.

—... que tu hija es, como mínimo, bastante impredecible. Creo que llegamos a desearnos de verdad, pero jamás nos lo dijimos con franqueza.

Jetta sacó un cigarrillo y esperó que se lo encendiese. Envió el humo hacia arriba con un gesto pensativo, pero su mano volvió a rozarme bajo la mesa.

—Franqueza... claridad... sencillez... son palabras que desconocemos en la familia. ¿Por qué crees que vine a vivir aquí? Realmente me llegaron a cansar con sus complicaciones. Sólo mi madre fue capaz de soportarlos. ¿Conoces a José Luis?

Asentí. Iba a inventar una mentira convincente pero Jetta dijo con amargura:

—Presentí su homosexualidad desde que era un niño, creció entre mujeres dominantes y no serlo hubiese sido una incongruencia. Annelise es lesbiana y Carla una bisexual insatisfecha. Un cuadro que da para todo...

Habló de cosas que sabía o sospechaba, pero en cuanto a los cuadros fue tajante: fueron siempre de Carla, aunque movida por su feroz autocrítica y por la envidia de Annelise, le cedió a esta la autoría.

—Se intercambiaban seudónimos como si fuesen cromos, o bragas. Annelise se apropió toda su vida de las cosas de mis hijos. Se escudó en su orfandad y abusó de su inteligencia para conseguir siempre lo que quiso, incluso para hacerse amante de mi hija y dominarla a su antojo. No sé si has estado al tanto, pero entre las dos se inventaron una suerte de funeral de circo para acabar a lo grande con la carrera de Carla y con su propia relación. Si has tenido algo que ver con ello, te aseguro que me pareció detestable pero muy propio de Annelise. Pobrecilla, busca la originalidad incluso para ser patética.

Callé otra vez. Jetta no sabría de qué manera me impliqué en la «muerte» de Carelia, ni hasta qué punto Annelise folló conmigo en un lavabo, sólo por tener lo mismo que su prima.

—¿Crees que Carla me dejará hablar con ella? —volví a preguntarle.

La mano de Jetta volvió a posarse sobre mi pierna pero no se retiró. Sentí su tibia vitalidad subiendo en remolinos hacia mi vientre. Me miró y entrecerró los ojos.

—Haré lo posible, te lo aseguro. Sigue tan dura como siempre, aunque por primera vez puedo decir que me siento más cerca de ella. —Hizo una breve presión con sus dedos y continuó, sin dejar de mirarme—: Desde ayer me pregunto qué pudo haber visto Carla en ti. Hago mal en decirlo pero estás tan lejos de ella como...

—... como un centollo de un beduino —completé.

Jetta soltó una carcajada.

—Vale, es una buena diferencia. Es que mi hija es tan... inasible, y en cambio tú tan... real, tan corpóreo. —Hizo una pausa antes de seguir—. Iba a decir vulgar, pero no es cierto, eres sólo un hombre atractivo. Sabes que gustas y no te molestas en ocultarlo. No me negarás que desde que estamos aquí has hecho todo lo posible para seducirme.

Hubiese podido aclararle que hacerme desear formaba parte de mi oficio, pero debía reconocer que aquella mujer también me atraía, probablemente porque era una imagen mejorada de Carelia, tan directa como ella y probablemente más hermosa, pero infinitamente más libre, a salvo de ideas prefijadas, espontánea y ajena a los tratos que condicionaron los encuentros. Puse mi mano sobre la suya y no apartó sus ojos de los míos.

—Tenemos dos opciones —me dijo.

—¿Sí? —pregunté, sospechando a qué se refería.

—Tu hotel o el piso de una amiga.

Le dije que ella no merecía aquel cuartucho, y sonrió, poniéndose de pie.

—Entonces deja que haga una llamada.

Me levanté y caminé detrás de ella, suponiendo lo que todos sospechaban: aquella no podía ser más que una señora rica y elegante, lo suficientemente segura como para hacerse acompañar por un tipo como aquel, basto y atractivo, probablemente un gigoló.

Mas en la discreta alcoba de aquella casa, nuestro

encuentro estuvo muy lejos de todo trato comercial. Yo llevaba mucho tiempo sin hacer el amor de aquella manera, sin prisas, sin extravagancias. Y Jetta era una mujer exquisita hasta para eso, sabia en las demoras, dúctil y sensual para la entrega. Dejó que la besara, que la apretara contra mí, envuelta aún en aquella funda de escamas azuladas, dejó que investigase el suave contorno de sus muslos, cercados por la línea sedosa de las medias, y luego más arriba, bajo la cinta elástica que rodeaba la comba poderosa de las nalgas. La busqué bajo la falda, perseguí su piel entre la turbadora rugosidad de los encajes y ansié la libertad para sus senos, que resistieron con firmeza al acoso de mis manos. Me abrió la camisa y me besó el pecho, me acarició la espalda y se apretó otra vez contra mí, haciéndome sentir el tacto frío de aquella tela extraña. Le quité la chaqueta y me quitó la camisa, cayó la falda sobre la alfombra y mi pantalón sobre ella. La conduje a la cama y se dejó acariciar, aceptando el homenaje de mis manos, transitando otra vez desde la tensión sedosa de las telas al tacto tembloroso de su piel.

Amé en ella lo que amé en sus hijos, la piel agitanada del muchacho sobre las formas rotundas de Carelia. Era la boca de su hija, pero esta me besó y lamió con sabiduría, y también con gozo y sin reparos. Era la misma brevedad de la cintura, antes de la curva brutal de las caderas, pero esta no esperaba: se pegó a mi vientre, se acomodó a mis huesos y me envolvió en una nube cálida y magnética. Nos excitamos con lo justo y nos acoplamos sin rodeos, a plena luz, lejos de las penumbras de Carelia. Entré en ella hasta lo más profundo, se empujó hacia mí y así, con sus piernas en mis nalgas, nos entregamos concienzudamente a damos placer el uno al otro. Fuimos durante un tiempo infinito una mujer y un hombre, nada más, encastrados, sudorosos, gozando de una plenitud y una sinceridad que estuvo al borde del amor. No quisimos cambiar de posición y acabamos como empezamos, ella abajo y yo encima, saliendo y entrando uno en el otro hasta que el orgasmo nos nació al unísono y sin preámbulos. Sentí la

insoponible crispación de su vulva, empujé hacia lo hondo y me deshice en su interior. Cuando abrí los ojos ella sonreía, fresca y lozana como después de un baño.

La ayudé a enfundarse otra vez en la piel de serpiente. Ella me abrochó la camisa en silencio, cómplice y madura, elegante hasta en la forma de reacomodarse el pelo sin mirarse en el espejo.

Estiramos otra vez las sábanas y colocamos encima el cobertor y los cojines. Después apagó las luces y me cogió del brazo para guiarme hasta la puerta. Atravesamos pasillos en sombras y salas que despedían un olor penetrante a vejez y moho. Me estremecí al recordar fugazmente el pasillo que me condujo tantas tardes hasta el lecho de Carelia. Jetta me apretó el brazo y rio, pero me hizo una pregunta que no tenía gracia alguna.

—¿Alguna vez las viste... juntas?

Iba a contestarle que no, pero ya estábamos junto a la puerta y Jetta no esperó mi respuesta.

—¿Sabrás orientarte para volver?

—Desde el centro, el laberinto se vuelve más fácil.

—Me refiero al hotel —dijo ella con una sonrisa.

—Creo que sí —contesté, aunque me preocupaba otra cosa.

—No temas, te llamaré mañana al hotel o te dejaré un mensaje... Ahora sí creo que Carla debe volver a verte.

La miré y me guiñó un ojo. Me besó en las mejillas y cerró la puerta. Cuando di unos pasos y miré hacia arriba, descubrí que la casa donde habíamos estado era un antiguo *palazzo*, con un parecido más que inquietante con la «Alhambra» de Araceli. Pero recordé también que era 28 de enero, y los domingos recobraban el aroma de Carelia.

Es que todo en ellas está necesariamente unido, pensé, mientras caminaba hacia el hotel. Mi relación con la familia había dado quizás el último giro, tras el cual sólo faltaba el reencuentro con Carelia.

Nunca conocí la magnitud de su ofensa ni el alcance verdadero de mi agravio. Todo en ella fue como un reflejo en espejos deformantes, una búsqueda a tientas entre las absurdas maquinaciones de su prima, ayudada por una corte de locas como ella. Había transitado por la humillación y el horror gracias a la acción de otros, no de Carelia. Todo encajaba, a pesar de la arbitraria ligazón entre las partes. ¿Acaso eso no es Escher?, me pregunté. ¿Acaso él también, con más genialidad que todos, no jugó a tergiversar las perspectivas, a buscar puntos de fuga que estaban siempre más allá del marco, en la imprecisa zona entre lo real y lo ficticio? Presentí que quizás ahora llegaría por fin hasta Carelia, a la verdadera Carla, ignorado zenit de aquella trama, obligado nadir de mis andanzas, siempre lejos, siempre ajena a los límites del cuadro. Como dijo Celia, me había precipitado finalmente en el enigma porque era la única forma de entenderlo. Araceli me empujó al mundo mágico de Escher sólo para que entendiese las leyes de su juego, un juego pleno de engaños y dualismos, donde nada respondía a su apariencia porque se basaba en la simple sugestión, en la copia de algo imaginado.

Antes de dormirme, recordé el último grabado de Escher, aquel entramado de anillos donde se enroscaban tres serpientes; habían reaparecido en la falla y más tarde las sentí reptar entre mis piernas, mientras yacía casi inconsciente en la bruma del narcótico. Siempre hubo serpientes. El traje de Jetta... ¿Alguna vez las vi... juntas? Soñé que estaba sentado en una escalera, mirando hacia una ventana y esperando con impaciencia la llamada de Carelia.

Sonó el teléfono. «Carla trabajará hasta la noche en La Fenice. Te esperará en el vestíbulo hacia las ocho, junto a la puerta por donde nos viste salir».

Le di las gracias y respiré con alivio, pensando otra vez que en esta historia abundan los paralelismos y las trilogías. Mi desdicha se inició con el incendio de un teatro y acabaría con el resurgir de otro. La venganza de

Araceli comenzó a gestarse la misma mañana en que ardió el Liceo, y su último acto también estuvo signado por las llamas de una falla. Fue entonces cuando volví a nacer, desnudo y solo, tras romper una matriz de cartón-piedra.

Los nudos de Escher dan tres vueltas antes de volver al origen, pero como un ciclón en perpetuo movimiento, en su vorágine nos tragaba a uno y soltaba al otro, para luego volver sobre el terreno y encerramos otra vez entre sus redes. Según el capricho de sus giros, pasé de protagonista a figura secundaria, para retomar más tarde del fondo al primer plano, comprobando en carne propia la peligrosa unión de los extremos. Pero ahora, en una fría noche de finales de enero, mientras cruzo por el Rialto el Canal Grande, creo que ha llegado el momento en que, acabados los fuegos y los juegos de «La cinta», debemos sellar entre ella y yo el final de la partida.

NOTICIA FINAL

«El incendio de La Fenice, el mítico teatro de la ópera de Venecia, ha causado profunda consternación en el mundo de la lírica, justo cuando se conmemora el segundo aniversario del gran desastre del Liceu de Barcelona, devorado por las llamas el 31 de enero de 1994. El gran coliseo veneciano, construido en 1972, fue destruido por un incendio que tan sólo dejó en pie los muros externos, amén de una parte de las oficinas y los camerinos, en un siniestro de características muy similares al del Liceu (...).

»El fuego comenzó hacia las nueve de la noche en uno de los pisos del bello edificio neoclásico (...).

»Todas estas coincidencias han inducido a pensar que el incendio pueda haber sido provocado».

La Vanguardia, miércoles 31 de enero de 1996

